FRAY MOCHO



"Su única joya"

N.° 739



BELLEZAS DE CINE



Mabel Ballín





Dorothy Phillips



Laura La Plante

FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 22 de junio de 1926 — N.° 739

LA ANTIPATÍA

Por Eduardo Barrios

—Señor... Señor...

Sentí la mano del muchacho remecerme por una cadera. Me había dormido sobre la cama, vestido.

—¿Qué quieres?

—Dice la señorita Melania que si es tiempo de ponerle a don Samuel otra inyección.

Me incorporé.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—Sí; ya es hora.

—¿Prendo luz?

—No; no hay necesidad.

Por la ventana, abierta al campo, se vertía en la pieza la luna. El menguante iniciaba su ascensión en la noche callada y caliente. Y atrajo mi vista. Clavé los ojos en el trozo dorado, que fulgía como una almendra sobre la felpa profunda de un cielo sin estrellas. Lo miraba, lo miraba, fascinado, vacío de pensamiento después de aquel sueño sin soñar. Por momentos, era la almendra; por momentos, una medalla de oro asomando por un ojal.

El sirviente, un muchacho rústico, permanecía inmóvil al pie de la ventana. Yo veía su busto exiguo de adolescente preso en la chaqueta de mezclilla; lo veía en negro, ribeteado de claridad lunar; y sus manos desproporcionadas colgando fuera de unas mangas muy cortas; y sus pies desnudos...

—¡Lástima grande! ¿no? — me dijo tan pronto como advirtió mis ojos puestos en sus pies. — ¡Que no me dentren, patrón, sus zapatos!

Sonreí. La preocupación constante, la idea fija, el ensueño afiebrado del pobre chico, desde que alguien le previno que había crecido ya mucho para andar descalzo, era ponerse los primeros botines.

—Los de don Samuel sí me quedan al justo — añadió, como en un suspiro, como en una esperanza.

—Pronto vas a tener zapatos, Andrés.

—¿Se morirá pronto? Diga...

—¡Chit! Calla. Está moribundo; pero... anda, lárgate ahora. Que preparen la jeringa para la inyección, que hagan hervir las agujas.

Me levanté y me lavé la cara, con calma.

Por la ventana venía un aire vivo, fragante al riego de las hortalizas. Oí explicar al rapaz en la habitación contigua: "Se había dormido, el caballero. Se había dormido encima de la cama, y hasta con espuelas..."

En efecto, apenas terminó la comida, los nervios me habían urgido a huir, pronto, aun cuando fuese por algunos minutos, de aquella familia.

No soy huraño, mucho menos un misántropo. Alguien confiesa por ahí no conocer más flechazo que el de la antipatía. No lo concibo. Sin embargo, esos Manzanares, esos amarillos, fofos, aceitosos, absurdos Manzanares rebotaron siempre hostilmente sobre mi sensibilidad. Sin remedio, desde la infancia. Muchas razones y esfuerzos muy tenaces gastó mi madre para prender en mí siquiera una llamita de afecto hacia las cuatro criaturas. Con ellas, hasta no sé qué rebuscado parentesco nos unía. Pero los niños, cabalmente porque no razonan, yerran pocas veces en la percepción de sus afinidades.

No congenié yo, pues, un solo día ni con Samuel, aquel zanguango procaz y estúpido, cuyas pupilas color de aguas encharcadas parecían anegar su cara de estudiante falto de sueño, ni con las tres hermanas, que salían siempre a mi encuentro desde la profundidad lóbrega del salón, en fila, muy divertidos y llenos de asombro inmotivado los semblantes y claveteándome a preguntas insulsas con sus voces estridentes de gallinetas.

Mis diez años de estudios en Santiago me alejaron luego en definitiva de los Manzanares, dieron perspectiva a su pesadez; y aun llegué a evocarlos con regocijo, con ese regocijo que enciende en el recuerdo la reaparición de las imágenes caricaturescas habidas en nuestra infancia.

Pero aquella noche, de nuevo frente a ellos, la antipatía resurgió: es decir, concluyó por resurgir, porque me hallaba en la tercera visita de esa temporada. Y tan luego bebimos el café, me fué ineludible pretextar el cansancio del viaje a caballo y retirarme un rato a la pieza que me dispusieron para hospedar.

Allí, ya lo he dicho, insospechadamente me dormí.

Así fué.

Estudiaba yo entonces mi cuarto año de medicina. Pasaba las vacaciones en nuestro fundo, junto a mi madre. Los cuatro Manzanares seguían viviendo en el pueblo. Habían quedado huérfanos y habitaban el mismo caserón donde nacieron. Y allí estaban, solteros... y unidos. ¿Habéis observado la unión firmísima y querendona, especie de reducto defensivo, en que se encierran los hermanos huérfanos y solterones? ¿Verdad que este lazo de amor, en las familias antipáticas, suele resultaros incomprensible, absurdo? Así vivían en su solar los Manzanares. Yo me veía entre ellos desde horas atrás—y por vez tercera—porque toda la última semana Samuel agonizaba, hinchado como en preñez, hidrópico por una cirrosis de la mucha bebida.

Sí. Hacía ocho días que el borrachón había entrado en coma. Tres punciones llevábale yo hechas para sacar el agua al odre de su vientre monstruoso; y se inflaba de nuevo, con una pertinacia... "¡Qué duro pa morir!", decía el pequeño Andrés en su simpleza. Y es que todos estaban ya rendidos. Se vivía en el vacío, como en un hueco abierto al tiempo. Era la casa del cadáver que no se va. Todo permanecía, pues, suspenso y revuelto, y la gente sufría cansada, impaciente.

Yo, por mi antipatía y por saber como nadie que ya sólo se trataba de suavizar, a fuerza de morfina, los últimos rezagos de una existencia deshecha, tenía que ser el más abrumado.

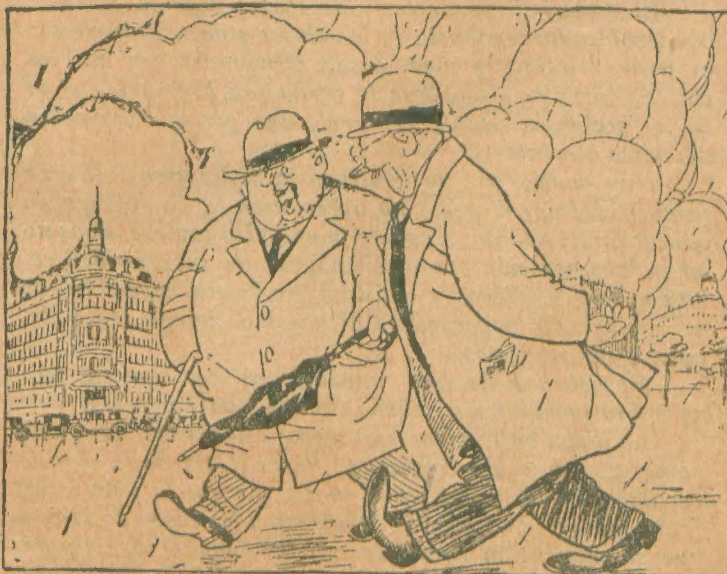
¡Ah! Fué penoso penetrar aquella noche una vez más en la penumbra del dormitorio donde Samuel yacía, el pobre majadero, con el grotesco cuerpazo hinchado como un bombo y la cabezota descolgada y el cabello húmedo sobre las cejas. Una penumbra temblante por los aleteos de sombra que lanzaba la vela sobre las paredes empapeladas color café. Aun la vela movía con agitación de tormente su lengua filuda y ardiente. Y luego, aquel calor, aquel aire denso, mal oliente a sudores viejos, a medicamentos amargos, a las aguas de olor desabrido extraídas en las punciones... Mis nervios se constriñeron insoportablemente. Como en un ímpetu de fuga, volví a todos lados la cara.

Y me topé con las tres hermanas que, en fila, ¡siempre en fila!, me pasaban los utensilios. Toda la antipatía de la casa me rodeó, como una ola circular que me estrechase.

—A ver, Melania—dije entonces a prisa—deme usted las ampolletas. La jeringa, Herminia. ¿Este es el alcohol? Usted, Liduvina, levante la colcha.

Me cogió una vehemencia nerviosa, un vértigo activísimo. Y una idea, única, súbita y ciega, culpable profesionalmente, pero que en breves segundos mi buen corazón disfrazó de piedad, me condujo. Sí; piadoso el acelerar, piadoso el concluir con... Me temblaban las manos. Pero me había hecho presa la demencia extraordinariamente imperativa de los impulsos antipáticos. Sí; triple dosis, triple dosis y caería Samuel en el sueño, y sueño

UNA EXPOSICION SIN EXPOSICION



—¡Vengo encantado de la Exposición de Vialidad!
—Se puede ir a ella, ¿eh?
—¡Y tanto! ¡Figúrate! ¡Estar uno entre cientos de automóviles y no ser atropellado!



y abismo se resolverían en un solo descanso definitivo y dulce. ¡Infeliz! Ocho días de coma, sin reconocer a nadie ya, y sufriendo en tanto su carne en un dolor turbulento y oscuro. No, no...

—¡Ya está!

Al oprimir el émbolo de la jeringa, no obstante, sufrí la sensación trémula y desfalleciente de cuando se palidece. Porque a un médico le está vedado ultimar. La conciencia, si bien sin concepto definido, me habló de un rasgo de verdugo. Temblé. Y una transpiración helada, que brotó violenta, me enfrió la espalda; mientras por mi mente pasaron, con la celeridad inverosímil del pensamiento en el susto, evocaciones aflictivas: ciertas viejas ultimadoras profesionales que en la Edad Media mataban a los moribundos hundiéndoles las uñas en la garganta. Alcanzaron a diseñarse en mis retinas unas uñas corvas, verdes, gruesas y duras como patas de cabra. Se me representó aún cierta escena cruel de mi niñez: cuando inducido por la cocinera maté a un manso e indefenso pichón, apretando su corazoncito entre los dedos y haciéndole crugir los huesos dentro de mi garra enfurecida por la emoción.

Fué la angustia de fatiga, de crimen.

Pero duró un instante; pues a poco de inyectada la triple dosis de morfina, sobrevino un efecto extraño. Por inesperada reacción de su organismo contra el veneno excesivo, Samuel tornó a la lucidez, salió del coma, alzó los párpados, me vió, me reconoció. Y con una mirada cariñosa, llena de miedo y esperanza, me dijo:

—Ah, tú, aquí. Sálvame. Tú eres bueno. A pesar de todo, tú me quieres. Sálvame; no quiero, no me quiero morir.

—S...í—musité, desconcertado.

Sus ojos se apoyaban en los míos, larga, extrañamente fijos, ávidos de leer en mi conciencia y en mi voluntad.

—¿O no me quieres? Jugamos juntos...

—Sí...

Sentí un dolor hincante, una piedad desgarrada. Sus ojos repetían el ruego de los perros enfermos.

No deseaba yo abandonarle a su miedo ni negarle mi amparo cariñoso; pero no pude hablar. Comprendí cuánto debía espantarlo mi silencio y, sin embargo, no hallé qué decir. Si sólo cosas ingratas acudían a mi memoria urgida... La fuerza de la antipatía es negativa. Y de las personas antipáticas, se nos borran muy pronto en el recuerdo los actos buenos. Busqué, busqué ansioso y de prisa de qué hablarle, algo amable y confortador. Puse mi alma en tono de cariño. Y nada; se me venían a la mente sólo tonterías. Estuve, por ejemplo, a punto de soltarle: "¿Te acuerdas? Cuando niños, por tus pies abiertos al pararte y al andar, te pusimos "diez para los dos". Y habría sido estúpido. Declararle a secas: "Sí, tú sabes que siempre te he querido como a un pariente", más tonto aún, porque no era verdad; peor, era burdo, irrespetuoso, una mentira exagerada.

Busqué, busqué, cada vez más espoleado y sin tino... Como si hubiese ocurrido la víspera, volví a ver entonces la última escena de mi vida en la cual había él actuado: el verano anterior, a Samuel se le había puesto una noche pegarse a un grupo de muchachos que recorríamos el pueblo. Su charloteo borboteante, su disputar de borrachín, su intromisión presuntuosa y necia en las conversaciones nos tenía irritados; y no viendo manera de alejarlo, se me ocurrió de pronto avisarle al pasar por un cine: "Mira, allí, en la contaduría del teatro, te llaman". Y apenas acudió él, corrimos los demás en fuga desbocada, hasta poner una docena de cuadras por medio. Entre bromas y carcajadas llegamos a una taberna, y allí resolvimos, mientras nos servían, celebrar unos juegos florales fúnebres. Por tema, se dispuso... el epitafio de Samuel Manzanares, a quien el mantenedor había declarado difunto. Reímos a su costa la noche entera.

Pues bien, casi me arrastra el aturdimiento a recordarle en tales instantes aquel paso, nada menos que la burla de la muerte.

Al fin creí hallar algo agradable para él. En cierta ocasión, me había detenido Samuel en la calle, con grandes aspavientos, para exhibirme unos versos que él calificaba de magistrales, y que al cabo resultaron así. La antipatía, alerta en su agresividad siempre, me advirtió no obstante que mi emoción había sido entonces la rabia. Al pasarme él su periódico para hacerme leer los versos, me había dicho yo: "Deben ser un mamarracho", y en seguida, al rendirme ante la evidencia de un canto magnífico, había sufrido una corrosiva molestia. "¿De modo que el idiota ése tenía también su buen gusto?" ¡Qué fastidio me dió! Por muchos días me persiguió el fastidio.

Pero, en fin, como él no apartaba los ojos de mí, quise traer aquello a cuento, aliñándolo de optimismo en la hora de la muerte, ya que ello, lo único en nuestro pasado, podía significar acuerdo, unión.

Y le dije:

—¿Sabes en qué estaba yo pensando, Samuel? En esos versos estupendos que el año pasado descubriste. ¡Cómo gozamos! Me separé tan feliz de nuestro encuentro...

Me detuve a la mitad, con vergüenza de hallazgo tan miserable.

Por suerte, no me oyó. La morfina surtía ya su efecto. Samuel se sumía en la nada del sueño, caída la mandíbula, vueltas a mí todavía las pupilas desvanecidas.

Le tomé el pulso. En media hora más, según mi cálculo, habría dejado de padecer. Tapé su cuerpo hasta la barba. El abdómen hidrópico mentía una montaña debajo de los cobertores. Una conmiseración irremediable me hizo suspirar. Y en seguida palpé mis músculos, robustos, vivos, ágiles.

—Salgamos— dije.— Ahora duerme.

Habituadas a la misma escena durante tan largos días y a que tras ella Samuel continuase viviendo, las tres hermanas se dirigieron conmigo, tranquila y naturalmente, al comedor.

Allí nos acomodamos alrededor de la mesa. Ellas, frente a mí las tres, siempre juntas y en fila. Ya tenía yo delante otra vez aquellas caras alimonadas y tirantes, de cejas oblicuas formando una ojiva rota e irregular, y aquellas cabezas de pelo escaso, grasiento y tenso hacia la coronilla.

Seis ojos verdosos, explayados y húmedos, como seis ostras, venían al encuentro de los míos; y yo, que sufría una mezcla inordenable de emociones, a todas las cuales se sobreponía el rechazo antipático, no los podía soportar. Los ojos del ser antipático son pinchos agudos y hostiles. Da en ellos nuestra mirada, y en el acto se repliega como las antenas del caracol, y permanece recogida y esquiva. Bien pueden esas pupilas buscarnos: las evitaremos siempre. Es horrible, porque se nos figura que el otro comentará: "Este hombre es malo; no mira de frente". Y no. Sólo hay que él nos es antipático. Además, en aquellos ojos de familia me acusaban los del agonizante, a quien yo acababa, en buenas cuentas, de ultimar...

Hallábame, pues, muy incómodo. Procuré rehacerme, vencer sobre el ambiente. Callábamos, y el silencio me resultaba indiscreto y delator. Pero ¿de qué hablar? Con los antipáticos, iniciamos una afabilidad, y una mueca involuntaria tuerce nuestra boca, afea la frase y nos traiciona...

No obstante, la turbulencia de mi incomodidad imponía una salida, una actitud libertadora, palabras, en fin, que al menos alejasen de mí otro desagrado inminente: el drama de llantos y aullidos histéricos que dentro de media hora, cuando se constatase la muerte de Samuel, sobrevendría para las hermanas.

—¿Qué hacemos? ¿Qué les cuento? A ver...

Atropelladamente, ignoro por qué recóndito dictado, me puse a contar "chistes alemanes". Dos, tres, cuatro, diez, de los más imbéciles.

Fué la salvación.

Todo cambió como al soplo de un viento despojador. El buen humor se hizo. Aquellos nervios excitados en la sobrefatiga, vibraban con exceso enfermizo al menor roce de lo cómico. Era un vértigo contagioso, una marea invasora, la defensa desesperada de la vida tras la mucha aflicción, tras las horas muertas de voz queda, pasos en puntillas y gestos de circunstancias.

—Cuenta — me rogó de pronto Herminia, la menor—algo de tu vida estudiantil.

Accedí, porque me había rehecho. Por odiosas que ciertas personas nos sean, nos halaga y envuelve el momento en el cual ellas nos admiran.

Y esta cobardía humana desanudó mi contento y los episodios festivos acudieron.

—Una vez—comencé—los de mi curso debíamos obtener cadáveres

SENSACIÓN DE COLOR

El crepúsculo llega con su beso profundo.
Se simplifican todas las líneas del paisaje
y una paz silenciosa desciende sobre el mundo.

Hay un dolor unánime en todo lo que queda,
sobre el rosal de púrpura, sobre el jazmín de seda;
hay un dolor unánime que lo entristece todo.

Y el sol, como un hermoso león ensangrentado,
en el poniente se hunde, dejándolo manchado
por un color difuso de tintura de yodo.

Alfredo R. Bufano.

LA DICHA

El materialismo de las clases opulentas es el único condenable. La tendencia de las clases pobres al bienestar es justa, legítima y sana, desde el momento en que las clases pobres no llegarán a la verdadera santidad, que es la perfección intelectual y moral, sino por la adquisición de cierto bienestar.

Hay gentes que no conciben la dicha sino como un favor excepcional y que no apreciarían ya la fortuna, la educación, el talento, si todo el mundo los tuviera. Esos no aman la perfección por sí misma, sino la superioridad relativa; son orgullosos y egoístas. Por lo que hace a mí, yo no comprendo la verdadera dicha sino cuando todos lleguen a ser perfectos.

No habrá dicha sino cuando todos sean iguales, pero no habrá igualdad sino cuando todos sean perfectos.

La dicha en la vida es el trabajo libremente aceptado como un deber. Yo conservaré hasta el fin de la vida la certidumbre, la ilusión, si se quiere, de que la vida es un fruto sabroso. Los que las comparan a las rosas de Jericó, que se encuentran llenas de cenizas cuando se estrujan, colocan sus propias faltas sobre los fines de la naturaleza. No había necesidad de ultrajarlas: las rosas són para que se las huela y se las admire.

Ernesto Renan.

DESCANSO DOMINICAL, por Rojas



—Por lo que más siento la nueva reglamentación del descanso dominical es porque no se pueden vender cigarrillos.
—¿Tiene usted cigarrería?
—No; pero tengo un hermano en la Habana que fuma mucho.

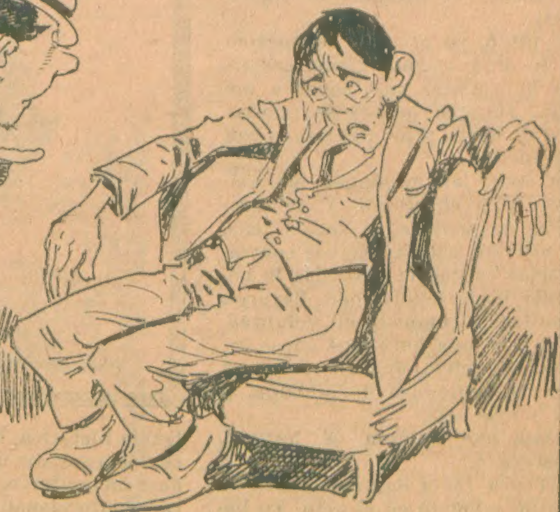


—Esto del descanso dominical es una ley sabia. Si yo fuera intendente haría la semana dominical. ¡Es lástima que se hayan quedado cortos!



—Con la nueva ley, los domingos no podré almorzar más que pan. Antes me ponía delante de las vidrieras de los almacenes y me hacía la ilusión de que mojaba el pan en las salsas y comía salames, sardinas, etc.; pero ahora, como las cierran, me suprimen el menú.





—¿Qué te pasa que estás tan cansado?
—Que he estado trabajando en casa, todo el día, aprovechando el descanso dominical.

---

para nuestras preparaciones anatómicas... No se asusten. La cosa tiene gracia... Es preciso, para esto, hallarse a la madrugada frente al hospital. Allí va la carroza con los restos no reclamados y los deja a los estudiantes. Estábamos en pleno invierno y apenas se diluía en el cielo un indicio de alba. Los muchachos, zapateando de frío, fumando, distraídos, no advertimos cuándo llegó el carro. Lo distinguimos de repente y nos acercamos en tropel. Ya en su boca trasera blanqueaban hacinadas las plantas de veinte pies de cera. Ya el carrocero había puesto del coche al suelo sus tablas en declive; y pronto, vuelto al pescante, empujaba uno a uno los cuerpos rígidos, que resbalando por el tablero, bajaban a la calle, donde nosotros elegíamos. Era un hombre muy chusco. Llamaba "cuñados" a todos sus muertos. "Allá va un cuñao, niños", prevenía al lanzarlos. Y algunos habían desaparecido ya, en brazos de los muchachos, tras la reja de la Escuela, cuando bajó uno más y sucedió algo extraordinario, fantástico. El muerto se deslizó lento y pesado, tocaron la calzada sus pies, vino su cuerpo hacia adelante y quedó erguido. "¡Está vivo!", gritó uno. Y todos corrimos. "¡Guarda, está vivo!", repetían los demás, ya parados a cierta distancia. Hubo un silencio de espanto. Alguien aseguró haber percibido que de la garganta del cadáver había salido un sonido, como un gorgoriteo, como una voz. Y la figura blanca seguía derecha e inmóvil en medio de la noche. Entonces vino lo bueno. Vimos al carrocero dejarse caer del pescante y dirigirse al cadáver. "¡Guarda, el cuñado está vivo!". El hombre vaciló. Pero fué un segundo. Luego echó pies atrás, alzó el puño y, mientras descargaba un bofetón iracundo sobre el infeliz, atronó la calle, bravucón y triunfante:

—¡Eh, muerto 'e miér...coles! ¡Vení a jugate!

La risa estalló frenética en las tres muchachas. De tal modo reían ya, que debí contenerlas:

—¡Chit! ¡Chiiiit!... Está el pobre Samuel ahí, durmiendo... ¡Chiiit!...

Ya entonces noté con alarma que no se podían contener. Esta misma contradicción las enardecía más, conducíalas a lo morboso, al ataque, a lo histérico. Melania se quejaba:

—¡Ay!... ¡Mi dentadura!... ¡Por Dios! ¡Mi dentadura!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Usaba dientes postizos, y la plancha, defectuosa, causábale dolor en las encías, un dolor que constituía su tema de quejumbre a toda hora. Tanto era el lamentarse de su plancha, y esta vez con la mano en la boca, luchando tan cómicamente por apretar la risa, que, contagiado yo también, se me ocurrió decirle:

—Es que tú, Melania, lo que necesitas no es una dentadura, sino una *dentablanda*.

Y esta sosería, sobre aquellas risas tentadas, cayó como pólvora en la llama. El reír subió al gemido, al llanto, a la contorsión.

Al cabo, amainado el acceso, Liduvina me pidió una anécdota más. Determiné referirles ahora el caso de una estudianta de mi curso.

—Resolvió un compañero jugarle una broma sonada, una broma que, como él decía, hiciera época. Eligió el cadáver más corpulento y le amputó... No; creo que esto no se puede contar.

—Sí, cuenta.

—Cuenta, hombre.

—Si estamos en familia; sigue.

—Bueno. Amputó al cadáver... en fin, no me acuerdo bien, un miembro cualquiera, pongamos... una mano, y se lo guardó a la chiquilla en su maletín de calle... No; mejor, buscaré otra historia...

—¡Oh! ¡Tonto!

—No. Espérense. Voy a ver cómo sigue Samuel.

Había transcurrido, larga, la media hora de mi cálculo. Fuí al dormitorio y... lo previsto: Samuel estaba muerto.

Y bien. No sabría explicar por qué no me conmoví. Acaso porque era lógico, dado el tono en que las risas me pusieran; acaso porque yo lo tuviese al pobre despedido ya, desde que le aplicara la morfina; por la antipatía, tal vez. Lo cierto es que, sereno, como ante un caso de hospital, le cerré los ojos. Y salí.

Vuelvo al comedor, molesto por anticipado de la escena que sin duda se desarrollaría; y he aquí que nadie me pregunta por el enfermo. Sólo me apuran a concluir el cuento. Confieso que me estremecí.

Tomé asiento, mudo.

—¿Y qué pasó?

—Habla. ¿Qué hizo luego la muchacha?

Guardé silencio aún, dudando. Pero: "Después de todo — pensé — conviene ganar algún tiempo, prepararlas gradualmente, para darles la noticia con prudencia. Porque vendrá una hora trágica". Y casi conforme también con un retardo de aquel desagrado, cedí a las instancias, siquiera mientras concebía



un plan hábil y de suave gradiente hacia la revelación.

—Pasó—repuse—que la estudianta sube a un tranvía, de regreso a su casa, y al ir a pagar, abre el maletín y se encuentra con aquéllo. Varios estudiantes la iban espiando en la plataforma. Y cuentan que ella, muy familiarmente, cogió la... mano amputada y la tiró por la ventanilla. Los estudiantes se bajaron entonces en la esquina próxima. Divisaron a poco un tumulto en la calle y acudieron a ver. "¡Nadie toque al perro! ¡Nadie toque al perro!", dicen que disponía enérgico el policía. Un perro había recogido la mano del muerto y se paseaba con ella en el hocico entre el alboroto de la gente. Se vislumbraba un crimen. "Hasta que venga mi inspector, nadie me toca el perro — insistía el guardián. — Y no dejen que se la coma". Alguien opinaba: "A mi juicio, debe venir el juez"... Y calculen ustedes lo demás. ¡Cómo se divertirían los muchachos! Dicen que el escándalo fué mayúsculo.

Entre figuraciones, comentarios y ocurrencias, se incendió de nuevo la risa.

En tanto, yo pensaba en nuestro muerto. Pero mientras más postergaba la noticia, más cobarde me sentía. Juzgaba pasada la oportunidad de darla, y no atinaba ya con la enmienda.

En esto, las hermanas me exigieron otro chascarro. Y dí otro, y otro en seguida, y varios más. Los nervios, las situaciones contradictorias en que la antipatía lo había ido inviertiendo todo, llevaron al naufragio completo mi voluntad.

Así pasó una hora, dos horas pasaron. Un chiste, una nueva broma sobre la dentadura de Melania, y risa, y más risa.

Hasta que Melania se levantó, amostazada.

—Voy a ver a Samuel—dijo.

Salió, y volvió en el acto. Yo había bajado la vista ,trémulo. No quise ver su llegada.

Pero, contra mis temores, una carcajada general la recibió. Y la miré entonces: con la mano extendida, y en la palma, como sobre una bandeja, la dentadura postiza, nos miraba a todos alternativamente, en gesto inverosímil, fea, grotesca, abierta la boca desdentada, más explayados aún sus ojos de ostras.

Hube de soltar yo también el trapo a reir. Y entonces gritó, estridente:

—¡Está frío! ¡Beh, beeeh! ¡Está frío! ¡fríiiio!

¿Comprendieron Liduvina y Herminia? Creo haber notado en ellas una brusca conmoción. Pero, sea por la cara de Melania; sea por la dentadura ridícula que, en el pasmo, aquella mano seguía sosteniendo; o por una inversión más, por la inversión frecuente en muchas personas que ríen cuando se les da una nueva muy dolorosa, la risa de las muchachas creció incontenible, avasallante, convulsiva. Por momentos, alguna trataba de contenerse, alzaba la cabeza, volvíase hacia la hermana mayor; mas al verla tiesa y lívida, con la dentadura siempre en la mano extendida, tornada por el terror en fantasma o estatua de piedra, el turbión de las carcajadas renovaba su invasión macabra, exasperante.

Hasta que yo intervine. Fuí aproximándome a ellas, una a una. Fingí no darme cuenta de que reían a sabiendas de la situación, sino por error; y les dije que Samuel había muerto; que él era el *frío*...

Al pronunciar la palabra *frío*, ¡qué esfuerzos debí hacer para no reir también! Y confieso que ponía cierto malvado placer en repetirla.

Aquello, más que grotesco, fué trágico, una construosidad de locura.

Poco a poco, primero como un hilillo de agua, al que no tardó un segundo caño en agregarse, vino al fin el llanto. Lloraban Herminia y Liduvina. Lloró de súbito, con violencia histérica, Melania. Y las tres se doblaron por último, como en un derrumbamiento, presas de un llorar contorsionado, hipante, de vesania, que me estrujó de una piedad colérica el pecho.

Aun guardo en los tímpanos la sensación irritante de aquel lloro, de aquellos gritos. Aunque aun se mezcla también a su desagradable evocación el ridículo estribillo con que gemía Liduvina: "¡Beeeh!... ¡Hic, hic! Lo que más me duele es que la muerte de mi pobre hermano haya causado hilaridad. ¡Beh, beh! ¡Hic! ¡Beeeeeeh!".

Era risible y era siniestro.

¿Cuántas horas pasaron así?

Avanzada la noche, ya vestido el difunto, hechos los preparativos del féretro y la capilla, regresé al comedor. Solo. Sentía la necesidad imperativa de estar solo.

Me dejé caer en una silla baja. Los codos en las rodillas, sobre los puños la barba, me inmovilicé, horas acaso. Me encharcaba un sentimiento confuso, abrumado y torpe, negro y viscoso, y una pesadumbre como la de quien cedería una fortuna con tal de eliminar de su pasado ciertos sucesos en que actuó.

Y sin embargo, hasta hoy nada se borra en mi memoria. A menudo mi sensibilidad lo repite todo. Todo es aún presente. Lo oigo, lo huelo, lo veo todavía; la luz de la lámpara se va extinguiendo, devorada en su propia llama. Fuera, se ha entrado la luna; y del patio entran las sombras y se tienden en el suelo, como serpientes sigilosas. Irrumpe una ráfaga, se arremolina en torno a la lámpara, se deshace y se va. Un olor de pavesa reseca entonces el aire. A intervalos, viene del interior el risible "¡Beh! ¡Hic, hic! ¡Beee!", con antipatía ya majadera. Y no es caso de reir, porque mis fuerzas están ya desplomadas y un malestar de alma turbia me impregna como una miasma. Los chistes, las carcajadas, el no haber declarado a tiempo la muerte pesan en mi conciencia. Aun mi antipatía por aquellos desgraciados me acusa como un pecado innoble. Rechazo el remordimiento; pero no me puedo libertar del cansancio y la repugnancia. Y todavía, traidores, reptando como las sombras, surgen recuerdos, cosas viejas que vuelven: Samuel es un niño, se hospeda en casa, mis hermanos y yo deseamos amargarle la vida, que se marche del fundo a su pueblo; y hoy le robamos el jabón, mañana echamos llave al baño, luego, en la mesa, le devoramos a prisa todo el pan; o en la noche, le rompemos un cartón con el cual se protege de los rayos de nuestra lamparilla, pues con luz, como nosotros, no consigue dormir él...

¡Ah!, me colmé de una opaca melancolía y quise llorar. Pero lloró sólo mi alma, porque mis ojos no pudieron. Y tuve frío en el corazón. ¡La antipatía, la irremediable antipatía!

Hasta que abrí los ojos, al primer rayo de sol que dió sobre mis párpados. Y salí al patio.

Con la claridad de oro y el fresco rocío, fué aventado el pesar. Me cogió en cambio una vehemencia loca por volver la espalda y escapar cuanto antes.

Andrés, el pequeño rústico, estaba en el corredor, acuclillado, la espalda contra la pared. Me vió al pronto. Fumaba y escupía sin cesar, mientras sus ojos cargados de sueño parecían ver algo allá en el sol que tras las lomas de mi fundo subía.

Sonreí.

—Andrés. ¿En qué piensas? Apuesto que lo sé... ¿Eh? Confiesa...

Sonrió él también, cogido.

—Diga, patrón. ¿Lo enterrarán con los nuevos?

—Sí; seguro. Pero no te decepciones. Toma. Te compras un par a tu pie. ¿Qué te parece? En memoria de Samuel, ¿sabes? Bien. Y ahora, mi caballo. Corre, mi hijo.

Al fin había logrado reflorecer mi bondad. Experimenté una ruda alegría. Y mientras volaba el chico a ensillar, me quedé a mi vez mirando el sol, un sol rosa, nuevo, claro, el sol de mi fundo, de los míos, el de la simpatía. Con la felicidad irracional y absorta de un lagarto ligero, me estuve, llenándome de sol.

Luego Andrés me trajo el caballo. Monté. Me pasó el chico un durazno. Tenía sed y mordí ávido la fruta recién cortada. Su pulpa jugosa y fría entró en mí como cosa viva, bañándome de bienestar. A mis labios iba pegándose obstinada, empero, la pelusa de aquella cáscara sin frotar, la áspera cáscara integral de la vida.

Pero limpiándola alegremente, piqué espuelas y partí a carrera, rumbo a mi casa, cara al sol, con un enardecido deseo de cantar.

SOL DE INVIERNO

Es mediodía. Un parque.
Invierno. Blancas sendas,
simétricos montículos
y ramas esqueléticas.

Bajo el invernadero,
naranjos en macetas,
y en su tonel, pintado
de verde, la palmera.

Un viejecillo dice,
para su capa vieja:
"¡El sol, esta hermosura
de sol!..." Los niños juegan.

El agua de la fuente
resbala, corre y sueña
lamiendo, casi muda,
la verdinosa piedra.

ANTONIO MACHADO.

EL PADRE Y EL HIJO

En un pueblo de la provincia de Yzumo vivía un campesino tan pobre que tenía miedo de fecundar a su esposa. Cada vez que ésta alumbraba un niño, el campesino lo arrojaba al río.

Seis veces renovó el sacrificio. Al séptimo alumbramiento consideróse ya suficientemente rico para conservar al niño y educarlo.

Poco a poco, con gran sorpresa suya, fué encariñándose con el pequeñuelo.

Una noche de verano encaminóse a su jardín con el infante en brazos; éste tenía cinco meses.

La noche, iluminada por una luna inmensa, era tan resplandeciente, que el campesino exclamó:

—¡Ah! ¡Qué noche más maravillosamente bella!

Entonces el niño—mirándolo fijamente y expresándose como un hombre—dijo:

—¡Oh, padre! La última vez que tú me arrojastes al agua, la noche era idéntica a ésta y la luna nos miraba como ahora.

LAFCADIO HEARN.

RIÑAS DE GALLOS

Por Rómulo F. Rossi

¿De dónde y desde cuando data este espectáculo? — Cómo se hacen las riñas. — En nuestra campaña. — Entrenamiento, puones y plumaje. — La cruza con pava de monte. — En el ruedo. — Las funciones del curandero. — Maneras de degollar.

EN LA NIEBLA DE LOS AÑOS

Para muchos, sino para la generalidad, la riña de gallos es un deporte eminentemente nacional; y nada más equivocado. Los antiguos romanos ya se entretenían con ellas.

En tiempos de Licurgo,—cuenta Plutario,—un joven de Quíos decía a un espartano:

—Te traeré gallos que mueren en la pelea.

A lo que respondió el obsequiado, que por lo visto era gran aficionado a las riñas:

—No; traedme gallos que maten en la pelea.

En nuestro concepto, pues, el nacimiento de este espectáculo, se remonta a los siglos de los siglos, hasta perderse en los paradisíacos días de Adán y Eva. Lo que sí, podemos afirmar, es que a nosotros nos lo trajeron los conquistadores españoles con otros jueguitos que igualmente se aclimataron y perfeccionaron en este ambiente, tan propicio para el desarrollo de distracciones de todo género.

Nuestros gauchos lo adoptaron con todos sus entusiasmos, porque aparte de tratarse de un juego, les brindaba también la característica de la lucha cruel, sangrienta, en la que se ponía en transparencia el valor de los animales, tan en armonía con el ambiente en que ellos mismos desenvolvían todos los actos de su vida.

HACIENDO RIÑA

En cualquier pulpería de nuestra campaña se improvisaba al aire libre con unos cuantos palitroques y unas tiras de madraz o zaraza, un pequeño ruedo al que, jactanciosamente, se le denominaba "reñidero". Y hasta allí caían los paisanos; unos ,a participar de la "reunión" como meros jugadores; y otros, como tales y como propietarios además de los gallos que conservaban ocultos debajo del poncho, hasta el momento de concertarse la pelea.

No era cuestión de echar los plumíferos al ruedo, sin un largo entrenamiento, consistente en el enjaulamiento previo, de donde se le sacaba diariamente para someterlo a un régimen de "vareos" y "golpeos" con otro gallo, que el "cuidador" o "vareador" conservaba siempre en las manos, para el mejor "encelamiento" del animal destinado a la pelea.

Para la riña se buscaban gallos de edades y pesos aproximados; y cuando los antagonistas no reunían tales condiciones, se trataba de encontrar otras que enumeramos más adelante. Lo importante era concertar la pelea, aunque fuera "por gusto".

Los mejores gallos, son los ingleses; y ellos fueron importados a América, desde los días del coloniaje.

La falta de un ojo era tenida en cuenta como cuatro onzas o una púa. Así, por ejemplo, un tuerto peleaba con dos púas contra otro de dos ojos normales; pero, con una sola púa, siendo iguales sus pesos, a menos que el tuerto pesara cuatro onzas más que su antagonista, en cuyo caso peleaban a púas iguales.

PUONES Y PLUMAJE

A los gallos se les denomina por el color de su plumaje: negro, cenizo, colorado, blanco, etc., etc. Giro blanco se le llama al que tenga el plumaje blanco, jaspeado con plumas negras o coloradas; y giro negro al de plumaje en forma contraria al anteriormente descripto. El "jaca", es el gallo de un año de edad, que en condiciones ya para una pelea, se las sacude con otros de mayor edad.

Nuestros mayores no conocían los "puones" de acero que se colocaron más tarde en las patas de los gallos, para hacer más sangrienta la pelea; pues todas las riñas que se realizaban, eran a pata limpia, vale decir: con las espuelas naturales de los animales; y cuando se quería "emparejar" una riña, se retobaban entonces con cuero las púas. Conviene destacar para esta cuestión del "emparejamiento", que se equiparaba una púa natural, por cuatro onzas de peso; y las dos púas, consiguientemente, por ocho onzas; y que, si bien es verdad que nuestros viejos no gastaban puones de acero, también lo es que afilaban las púas naturales del gallo, con cortaplumas y limas.

Cuando se tenía mucha fe en un gallo se dispensaba entonces una ventaja hasta de seis onzas en el peso.

LOS GALLOS EN EL RUEDO

Hechas estas disquisiciones para que nuestros lectores puedan presenciar el desarrollo de una riña con un conocimiento más o menos perfecto de todas las triquiñuelas gallísticas previas a la pelea, tomemos asiento alrededor del ruedo.

Las partes, o sean los dueños de los gallos contendientes, designan de común acuerdo el juez que ha de dirigir la pelea y dar sentencia en el momento oportuno, quien, después de verificados los requisitos de los puones, ordena "largar" los gallos en el redondel, operación que realizan los propios dueños o los comisionados a tales efectos; y como los pobres animales ya han recibido un entrenamiento especial, no demoran en trenzarse en sangrienta pelea, mientras que el público ,a la vez que comenta la eficacia de los tiros hace apuestas en voz alta.

Cuando alguno de los gallos ha quedado tuerto o mal herido y que ya no busca a su contrincante, el juez ordena que pase al ruedo el "corredor", persona encargada de acercarlo al otro, hasta que vuelva a pelear. Y cuando llega el caso de que los dos gallos, completamente postrados ya ni pican siquiera, entonces el juez da esta nueva orden: "¡peinen los gallos!", operación que consiste en tomar las plumas de debajo del pescuezo del gallo enceguecido por la sangre, o porque le falta la vista, con el fin de hacerle creer que el contrario lo busca.

Cuando el gallo ha quedado ciego, entonces el corredor está autorizado para "peinar" constantemente a su gallo, pero de manera que el otro pueda picarlo y apuñalearlo. En este caso y al decir de los hombres de riña, el "peinado" debe hacerse con "escrupulosa limpieza", porque de no ejecutarlo así, sería hacer mal juego. Pero, si los dos gallos son los que han perdido la vista, entonces el juez ordena otra medida más heroica: Que los "rocen" y los peinen, alternándose entonces con el peinado, el rozamiento de los cuerpos para que no pierdan el contacto y puedan así, ciegos y apuñaleados en distintas partes del cuerpo, continuar dándose de picotones y de cuando en cuando y al voleo, alguna que otra nueva puñalada.

Pero, a veces resulta que no solamente son guapos los dos gallos y que ninguno de ellos quiere confesar su derrota, sino que también son duros para morir. Y aquí entra otro término: que ninguno de los dos "remata", vale decir: que alivia de penas al contrincante.

Nueva orden del juez:

—"Hay que rematar", dice, y entonces, dentro del ruedo, en el mismo centro, se coloca otro círculo menor, pequeño, en el que apenas quepan los dos bípedos y al que se llama "tambur"; y entonces se declara perdedor de la riña al gallo que, más postrado, deje de picar.

TIROS PREDILECTOS

Para muchos espectadores es señal de buen agüero que el gallo de su predilección entre "tomando de papillo" al contrario, lo que quiere decir en el lenguaje gallístico, tomar con el pico de la mejilla del contrario y sin soltársela, asestarle con sus puones puñaladas en el cuerpo, las que resultan siempre dadas de flanco.

En cambio, otros gallos se especializan en el golpe de frente, ya sea con el pico o con los puones; y hay animales tan avezados, tan inteligentes, que desde el primer momento de caer al ruedo, se dan cuenta de las características del rival y se colocan constantemente en guardia contra sus golpes.

Otros, en cambio, están acostumbrados a disparar desde la iniciación del combate por todo el círculo del reñidero, circunstancia que aprovechan los jugadores para dar usura al contrario, cuyas paradas de diez pesos, cincuenta, o cien, contra diez pesos y a veces contra uno, acepta con la alegría que es de imaginarse el feliz propietario del taimado gallo, el cual, cuando observa que su perseguidor, fatigado por la carrera y enceguecido por la ira de no poderle dar alcance, ha perdido fuerzas, da vuelta

la cara para propinar al rival cuando menos se lo piensa, unos picotazos seguidos de puñaladas, para proseguir de nuevo su disparada y repetir después hasta triunfar sus golpes de púa y de pico.

CRUZA BRAVA

El gallo por lo general es apto para la lucha desde su primer año de edad, hasta el séptimo u octavo; y los primeros que se importaron al país con tales fines,—los "puros"— tenían un peso que no excedía de 3 y 1|2 a 4 1|2 libras, cuando mucho.

Nuestros paisanos quisieron sacar todavía un tipo más bravo de gallo de pelea; y entonces dieron en cruzar la casta con pavas de monte, obteniendo así, no solamente un pico más duro, sino que también un mayor peso, que, como lo hemos dicho, constituye otra ventaja para la riña.

Es natural que escapen a nuestra memoria otras terminologías gallísticas; pero, trasmitiremos a nuestros lectores dos más que en estos momentos nos llegan a la mente. "Embaretado de un ojo", por ejemplo, se le dice al gallo cuando, sin haber perdido la vista por completo, vé un poco; y "golpe sentido" se dice cuando al ser herido el animal da un grito de dolor, pero que, ello no obstante, continúa peleando.

LAS FUNCIONES DEL "CURANDERO"

Terminada la pelea se cura al gallo triunfante; y por regla general, el perdedor, cuando no queda tendido en el ruedo, se le tuerce el pescuezo por su propio dueño.

En la operación de la "cura" interviene comunmente el tipo de los espectadores más aficionado a beber caña, quien hace buches de ese líquido para arrojarlos sobre la cabeza maltrecha del animal; pero, es corriente que en vez de salir el bálsamo curativo del muy taimado curandero salga una fumigación de saliva, porque el líquido ha pasado a curar las ansias del alcohol que experimentaba el estómago del "abnegado curandero".

MANERAS DE DEGOLLAR

Antes de terminar con esta descripción queremos relatar una pintoresca anécdota en la cual intervino un espectador típico, en esta clase de "diversiones".

Se realizaba cierta tarde en Florida una riña que había despertado gran espectativa entre los aficionados al deporte. Y la cosa no era para menos, porque tanto el "Cenizo" como el "Giro", eran igualmente famosos por haber resultado vencedores en otros sangrientos combates.

Don Federico Camacho, a la sazón Administrador Departamental de Rentas, era de los asistentes a la justa que se desarrollaba en forma realmente emocionante.

—¡Está tocado el "Giro"!, — empezaron a murmurar los entendidos; y, en efecto: se vió en seguida que el gallo aludido empezaba a aflojar en sus "tiros".

—¡Cincuenta a diez, voy! — gritó entusiasmado un fuerte estanciero de la región.—¡Voy al "Cenizo"...!

—¿Apuesta cincuenta pesos contra diez pesos? — aclaró el señor Camacho.

—Sí, señor.

—Muy bien; le "tomo" la parada. Voy al "Cenizo", nada más que por la "usura" que me da.

Y a esta altura de la riña, Pancho Corbalán, que se encontraba en la parte opuesta del reñidero a la que ocupaba el señor Camacho, jugador de profesión "a todo lo que raye", espíritu ambulatorio y revolucionario por temperamento, irguiéndose del asiento y engolosinado con la usura, gritó con la recalcitrante tartamudez que era otra de sus características.

—Don Fe... fe... derico.

—¿Qué dice Corbalán?

Y Corbalán sin decir una sola palabra, pero haciendo en cambio un seña convencional y hartamente conocida entre jugadores, como es la de cruzar los dedos índices haciendo con los mismos un movimiento como de cortarlos al medio, quiso decir:

—Me lleva usted la mitad en la parada.

—Muy bien, entendido; — contestó Camacho.

La pelea continuó hasta que el "Giro", que era de ley, prefirió morir en el ruedo antes que saltar la gallera, o dar el cobarde cacareo, confesión de vergonzosa derrota.

Y, terminada la riña, todos los jugadores arreglaron sus "apuestas" o "paradas", sin que el hombre de la seña se pronunciara.

—Corbalán, — dijo Camacho. — A "formar" con cinco.

—¿Cinco qué...?

—Cinco pesos. La mitad de la apuesta...

—No, señor. Yo... yo... no le dije que... que me llevara la mitad. Le hice señas de que se fijara que... que... el "Giro" estaba "degollao", pa que no se clavara.

Y don Federico, un espíritu bondadoso, hizo como que se daba por vencido.

Montevideo, Junio 1926.

PARA HACER REFLEXIONES

No quería Cristo que los suyos atesoraran riquezas. "No es posible, les decía, que sirváis a Dios y al dinero, porque tendréis el corazón donde el tesoro". Y aquí el que de más cristiano se precia, atesora y atesora, sin ver nunca harta su codicia. Aun a costa de general pobreza, aun a costa de la patria, amontonan aquí inmensos caudales hombres que se dicen siervos de Cristo. El afán de enriquecerse es general, y se sacrifica, por conseguirlo, descanso y honra. ¿Dónde está el cristianismo? ¿Dónde los cristianos? Aborreció Cristo la hipocresía, y no quiso que los suyos pregonasen sus limosnas, ni orasen en público, ni hiciesen largas preces, ni manifestasen en el rastro sus ayunos, ni jurasen. Se nos exige a cada paso que juremos, se ora públicamente, se ensarta preces sobre preces y se hace ostentación y gala de lo poco que dan los ricos sobre lo que a los menesterosos usurparon. La moral cristiana no existe, no existe sino la superstición cristiana. Si Cristo volviera encontraría en sus creyentes a los escribas y fariseos de su tiempo, y a latigazos arrojaría de sus templos a los que los han convertido de casas de oración en cuevas de ladrones.

FRANCISCO PI Y MARGALL.

EL GUALICHO

Por Pedro Heredia

(Del libro *"Alma norteña"*, recientemente aparecido).

En cuclillas bajo la enramada, tía Medarda, tarareando monótona canción, interrumpida a intervalos para espantar al curioso perrito, que insistía en husmear el trabajo de su ama, tejía con rítmicos movimientos, en su telar, grueso poncho de lana.

—¡Fuera, pila e porquería! — exclamaba, golpeando al perrito con la estaca que le servía para ajustar la trama del tejido. El animal alejábase con la cabeza gacha, y se tumbaba hecho un ovillo a una prudente distancia, en previsión de un nuevo ataque, mientras la tía Medarda continuaba su trabajo, al compás de la monótona e interrumpida canción. El pila, en tanto, observaba con ojos lánguidos, pensando, tal vez, en la ingratitud de la Medarda, que tan mal le retribuía, después de servirle de estufa noche a noche, tendido a los pies del frío catre.

Y así, aquello hubiese seguido hasta la puesta del sol, a no ser por la inesperada visita de su sobrina Rosita.

—La bendición, tía Medarda.

—Que Dios me la bendiga, hijita. ¡Pero vela tan perdida!... Ya sé; no me digas nada: los amores.

—¡Qué barbaridad, tía!

—¿Y Otoniel?

—Cosas de la gente.

—¡Tan reservada la moza!... En balde el pobre habrá roto las botas e cuero i potro anoche, cuando bailaba contigo zapateando la chacarera. El hombre no da puntada sin nudo.

—¿Y diai?

—¿Vas a negarme lo que todo el mundo comenta?

—¿Qué será?

—Que Otoniel, el capataz de la estancia "La Corzuela", te distingue entre todas las muchachas del pueblo, y que los domingos, cuando sales de misa junto con las otras chinitas, cubierta con el manto celeste de las hijas de María, el mozo te envuelve y te sigue con la mirada hasta que te pierdes tras de la loma; y como la gente no es tan ciega, se ha dado buena cuenta de que a tí no te desagrada, pues cuando tus ojos se encuentran con los del mozo, tus cachetes se ponen más rojos que la cochinilla, y tus piecitos ya no saben donde pisan, pues tropiezan con todas las piedras del camino, como si adrede te las hubiesen echado para interrumpirte el paso.

—¡Tan embustera la gente!...

—¡Bah!... el mozo no es nada fiero...

—Churo es; por eso revolotea de una a otra como los pirpintos, sin posarse en ninguna flor.

—Hay que obligarlo...

—¿Querrá usted que me declare yo?

—¡Pero vela, la chinita, tan grandota y tonta!...

—¿Y qué debo hacer?

—¿Pa qué tienes esos ojazos que despiden más fuego que una hoguera, y esos labios más sabrosos que el piquillín?

—Para nada sirven.

—Yo te ayudaré. Ya veo que las muchachas de agora no tienen habilidad ni para conseguir novio. Antes de una semana, Otoniel será tuyo. Aurita no más, te vais al monte y me traes un buen ramo de flor de tusca.

—¿Pretende conquistarle con flores silvestres?

—¡Sos más tonta que perro chico! Con la flor de tusca, le haremos el gualicho, pues ya es tiempo que sepas que es la flor que despierta el corazón, enseñándole a querer.

El corazón de Rosita se iluminó con un rayo de esperanza. Confiaba ciegamente en las mágicas virtudes del gualicho, que prepararía la tía Medarda, y esa fe ciega en el éxito, le hizo resistir con resignación y hasta con placer el agudo dolor de los rasguños que recibió en las manos y rostro, producidos por las múltiples espinas de la planta, que, celosa, parecía proteger los amarillentos racimos de la primorosa flor. Llenó repleto el delantal, y radiante de alegría regresó al rancho de la tía Medarda, embriagada por el delicado perfume y nerviosa en espera de grandes acontecimientos.

De inmediato se comenzó la operación. Se secaron a fuego lento los dorados racimos de tusca, que semejantes a bolitas de oro se desmenuzaban, convirtiéndose en un tenue polvillo. Luego se recitaron varios versículos de palabras cabalísticas, y, por fin, se llenó con el maravilloso polvillo un saquito, que la Rosa tuvo que conservar por varios días junto a su corazón, mientras rezaba una plegaria que le había enseñado la tía Medarda. El gualicho estuvo terminado en menos tiempo del plazo requerido.

—¿Cómo se lo daremos, tía?

—Muy fácil. Lo mezclaremos en un turrón de arrope, y se lo enviaremos con el chango Valerio, que todas las tardes viene al pueblo.

Rosita batió claras de huevo durante todo un día, agregándole poco a poco el arrope de uva y el polvillo que debía obrar el milagro del amor. La crema estuvo lista y el turrón resultó de primer orden.

El corazón de la hermosa Rosita palpitaba con violencia, y con los ojos en blanco y la mirada en el infinito, transportada por su ardiente fantasía, creyó ver tendido a sus plantas, implorándole amor, al gallardo Otoniel. La llegada de chango Valerio le despertó del ensueño.

Valerio guardó con toda delicadeza el pastel en las alforjas y alejóse a paso lento, después de propinarle unos buenos azotes al paciente borriquillo.

Rosita le acompañó con la mirada durante un largo trecho, empujando con el pensamiento al cachaciento jinete, para que llegase a destino cuanto antes, pues su impaciencia llegaba al colmo por ver los efectos del famoso gualicho.

El calor era sofocante, los cerros bayos y bermejos parecían despedir fuego. La quietud enervante de la selva, con su tenue murmullo misterioso, convidaba a un tranquilo descanso.

El chango Valerio, somnoliento, abandonado en su cabalgadura, y mecido por el andar del animal, dormitaba cabeceando.

A intervalos el animal se detenía, y el chango despertaba para dirigir un improperio seguido de un azote, que reanimaba al cansado pollino. Luego tanteaba las alforjas, y al asegurarse de que todo estaba en orden, abandonábase a su perezosa somnolencia. Y así seguía, dejando ya lejos las blancas casitas del pueblo inundadas de sol, pero de pronto el borriquillo se plantó en seco, sin que forma humana pudiese convencerlo en seguir adelante.

Valerio, cansado y sudoroso de tanto tironear y castigar al empacado animal, sentóse a la sombra de un mistol para reponerse de las fuerzas perdidas.

Con la mirada incierta observó las alforjas, y vió que el turrón derramaba su oscura crema por los cuatro costados. Contempló el dulce, lo examinó atentamente, chasqueó la lengua con seco sonido, y con el dedo índice creyó oportuno retirar la crema excedente, que saboreó con exquisita voluptuosidad.

—Esto sí que está güeno—se dijo. Y repitió la operación varias veces.

—¿Y si me comiese un pedacito? —La idea fué tan tentadora, que en vano pretendió desistir de ejecutarla.

—¡Bah!... Le diré, si me pregunta, que se me rompió en el camino. Y siguiendo la acción al pensamiento, hizo los debidos honores al dulce de la tía Medarda.

—¡Tan fiero que está en esta forma!...—pensó. Y con mucha delicadeza, pellizcaba la masa con el objeto de emparejarla y darle una forma elegante.

—Parece que me está gustando—se decía.—¡Ya me gustó no más! — y seguía pellizcando y comiendo con toda delicadeza, hasta que quedó reducido a un tamaño tan insignificante, que ya no dudó en ultimarla de un bocado.

—Si lo reclama, diré que se ha perdido; si no, me callaré. Y como el burro no se opuso, continuó alegremente el camino hacia la estancia, silbando una conocida zamba que estaba en moda.

Blanco y azul era vestido
cuando la vi al pasar.

. . . .

Por la noche, el chango Valerio se revolcaba en su catre, presa de un horrible dolor de estómago, haciendo esfuerzos para no gritar; y tres meses después, Otaniel anunciaba a toda la paisanada de la estancia "La Corzuela" su casorio con la Rosita, quien, firme y a pies juntos, cree decididamente en los poderosos efectos del gualicho de la tía Medarda, para conquistar amor.

OBSESIÓN

Especial para "Fray Mocho".

Al rojo resplandor de aquel poniente,
que acaso para mi alma brilló en vano,
llegué a la costa, y desde allí la frente
volví a las lontananzas del océano.

Todo era en ellas soledad ingente,
tanto a la diestra como a la otra mano;
sólo un bajel, de luz resplandeciente,
se recortaba en el confín lejano.

Quizás iba al amor; mas yo creía
que el sino a naufragar lo conducía;
y, obsesionado por tal pensamiento,

mirábalo perderse en la distancia,
cual si en él fuera mi vital substancia,
o la esperanza que aún me da su aliento.

JOSE MARIA CORVALAN.

Dioses mitológicos

Buri - Buri

En la Mitología de los pueblos de Guinea ocupa lugar preferente Buri-Buri, dios supremo hacedor, al cual rinden aquéllos culto.

Lo representan en forma grotesca, que varía mucho. Le ofrecen en sacrificio bueyes, perros y otros animales, cuya carne se reparte después entre los necesitados.

A este dios se le considera como a un oráculo y se le consulta sobre los acontecimientos futuros de la forma más original que podemos imaginarnos: Al efecto, se degüella ante él una gallina, y según caiga la cabeza hacia adelante o hacia detrás... la suerte será adversa o favorable, y si cae a un lado, es que el dios no puede contestar aún al caso consultado.

Escenario político

CARACTERES DE AMBIENTE

XI

EL MATON

Entre nosotros el culto del coraje es un rasgo que se perpetúa como una herencia del pasado que da fisonomía propia al presente. La exageración de ese culto engendra el matonismo. El matonismo es la psicología morbosa que en política provoca todos los excesos. Más que la lucha por las ideas que apasionan, valen las afirmaciones dogmáticas que provocan la réplica intolerante. Estos extremos tienen un punto de coincidencia: el valor personal con que se exterioriza la propaganda agria y destemplada cuya eficacia reside en el coraje que da relieve con sus excesos al matonismo. El matonismo es una enfermedad política. Por eso el matón tiene todos los prestigios que alcanzan los excesos con que se prodiga no obstante la repulsión que todos y cada uno sentimos al tener fatalmente que alternar con él. El matonismo no es inherente a una sola clase social. Es una modalidad, argentina entre nosotros, nacional en cualquier país, debiendo sin embargo afirmarse que en la República es más definida que en cualquier otra parte. Se puede ser matón de frac y guante blanco, de cuchillo o facón, de revólver o pistola, o sin más arma que los puños en esta época en que el boxeo es una institución. Por eso los incidentes que provoca el matón tienen denominaciones distintas: riña, lucha, lance de honor, según el arma que se use o los procedimientos que se empleen. La riña, la lucha, el duelo, son adjetivos que califican un solo sustantivo o denominaciones que significan una sola cosa, por las consecuencias que producen.

El matón es el tipo más popular y más temido en los comités. Es popular porque la fuerza siempre se admira en cualquiera que sea el significado que tenga. Es temido por las cualidades que realzan su prestigio y los procedimientos que emplea. El matón es un pendenciero. Si no fuese pendenciero no sería matón. Algunas veces los pendencieros suelen no ser matones. Pero los matones son siempre pendencieros. La pendencia exterioriza el matonismo. El matonismo vive por que existe la pendencia. Cuando el matón escala las altas posiciones es simplemente inaguantable. Diputado, ministro, senador, todo lo resuelve con las afirmaciones atrabiliarias que resguardan su matonismo. Observadlo por ejemplo en el Congreso. Al discurso contesta con la frase despectiva, sino insultante. Se cruzan las afirmaciones, el dicterio vibra, desaparece la serenidad, la atmósfera se caldea, los puños se crispan. El recinto adquiere el trágico contorno que la antigüedad consagra en sus diversiones favoritas. Se produce el afanoso silencio. La tormenta estalla. Se tramita el lance. Poco después la calma renace como lo presagia el noble atormentado en estrofas inimitables. El matón ha representado su papel, monopolizando la opinión, alterando las deliberaciones, suscitando odios y rencores, provocando incidentes, ahondando divisiones, alterando momentáneamente el equilibrio que traduce el ritmo en la vida pública del país.

XII

LA LEALTAD Y EL SERVILISMO

La noche invernal, la soledad y el silencio, el bienestar físico y la buena digestión, estimularon sus recuerdos. Sin querer, reproducía aquel episodio que motivó su derrumbe. No recordaba con exactitud la época. Tal vez habrían pasado diez, quince, veinte años. El hecho, sin embargo, era cierto. Escaló el poder. Fué gobernador o presidente. Tuvo allegados y comensales. Olvidó la consecuencia. Creyó valer por sí mismo. Fué desleal. Adoptó actitudes de airado encono, para hundirse, sin gloria y sin honor, en el precipio donde moran, según el terceto dantesco, los infieles y los traidores. Esa noche estaba realmente desconocido. Quizás, por el mismo bienestar, producto de su organismo aplebeyado, —injuriado por el tiempo que olvidaba su persona, añoraba el pasado que se perdía entre las brumas borrosas de su memoria...

Ese pasado había tenido, para él, resonancias deslumbrantes. En el partido político en que militaba, al oficiar de lugarteniente, reflejaba las grandes calidades del jefe. Las auras populares lo acariciaron con manifestaciones estruendosas. Los comicios lo invistieron con la representación pública. Senador, ministro, gobernador o presidente, al confundir hechos y circunstancias, sentíase apocado en esa hora en que, guiñapo humano, ambulaba por el escenario, sin recibir siquiera, en sus andanzas, el saludo amable y la sonrisa amistosa. Todos, en cambio, lo miraban, entre indiferentes y despectivos, señalándolo con el calificativo que avergüenza. Los pilluelos, al verlo, ahí está Sardetti, decían, con la mueca que hace risible el epíteto que colora el rostro y disimula los años.

La noche, la soledad y el silencio, al estimular sus recuerdos, actualizaban el pasado. Reproducía, en su retina mental, la escena, cuando algunas veces buscaba el párrafo que más tarde repetía en la tribuna, como improvisación de su verba. Se creía vivir en esos días. Tomó un ejemplar, de su vieja estantería de libros empolvados. Al abrirlo, al acaso, leyó en alta voz:

“La lealtad en política, es la solidaridad caballeresca en la hora de la desgracia. El servilismo, es el éxito en el triunfo y la media vuelta en el infortunio.

“El hombre leal, mantiene inalterable sus vinculaciones, cualesquiera que sean las incidencias de la lucha, en las alzas y bajas de la vida. Guarda siempre el concepto orientador que definen sus responsabilidades, enaltecidas por la dignidad y el decoro.

“En cambio, el hombre servil, persigue el éxito interesado. Poco o nada le preocupa la variabilidad en la conducta, con tal que satisfaga sus apetitos y realice sus propósitos. Nada significan para él, los afectos y las consideraciones personales. Mide de todos los sentimientos con el cartabón que traduce el éxito. De ahí la despreocupación que le permite oscilar, entre todos los extremos, contradecirse a cada instante y cambiar de opinión en cualquier oportunidad.

“Cuando el gobernante confunde la lealtad con el servilismo, al desconfiar de los hombres leales y al aceptar la colaboración de los hombres serviles, en la dirección y en el manejo de los negocios públicos, inevitablemente, provoca el desquicio y la corrupción, cuyas consecuencias perduran con toda la intensidad que arraigan los males sociales. En ese caso, al desplazar la lealtad con el servilismo, sufre personalmente, también, las consecuencias que forjan sus propios actos. En la hora de la prueba, cuando es indispensable aquella solidaridad moral, que intensifica sentimientos y unifica voluntades, para alcanzar la irradiación que eleva y enaltece en el rudo embate de la lucha, se encuentra sólo y abandonado. En esa hora, los serviles son los primeros en negarlo, para mantenerse y usufructuar las posiciones conquistadas al amparo del gobernante, que no tuvo la perspicacia mental de saber distinguir con claridad, la diferencia que existe entre la lealtad y el servilismo. En esa hora, también, es cuando se siente el vacío. Son inútiles todos los esfuerzos para reconquistar o mantener el predominio que impuso su exaltación. Parece, más que un mandatario, un bajel abandonado en plena mar, sometido a las furias de todas las tempestades, roto el gobernalle, incapaz de orientarse entre los elementos adversos que lo azotan, para hacerlo zozobrar. El naufragio es inevitable. Si se salva, después de la borrasca, será para ambular en el rebaño sin la contraseña que destaca el propio yo en la vida...”

Terminó la lectura. La noche, la soledad y el silencio, al estimular sus recuerdos, diéronle la sensación exacta de la hora presente. Todavía “valgo algo”, se dijo a sí mismo. Arrancó la página, la dobló con cuidado, la puso en un sobre, escribió la dirección, llamó al fámulo y le ordenó llevarla al correo. Después, como si el supremo esfuerzo hubiese agotado su lucidez, volvió a caer en la somnolencia mental con que ambula en el escenario.

BALTASAR GRACIANO.

HORA SENTIMENTAL

¿Recuerdas? Fué en el jardín
mientras la tarde moría
y vibraba la armonía
sentimental, de un violín.

Yo estreché con singular
emoción, tus manos suaves,
que temblaron, cual dos aves,
sintiéndose aprisionar!

Después, bajo la fragancia
de los jazmines aquéllos,
yo te alisé los cabellos,
y acortando la distancia

llegué hasta el raso joyante
de tu carita gloriosa,
para embriagarme en la rosa
de tu boca exuberante.

Y allí con suma dulzura
y en honda palpitación,
oficiamos la oración
de la suprema ternura.

¿Recuerdas? Fué en el jardín
mientras la tarde moría
y vibraba la armonía
sentimental, de un violín.

FELIPE FLORES (h.)

Mi primer día de patinaje

Por Arkady Averchenko

Estaba de pie, apoyado en la baranda que circundaba el recinto del "skatting-ring", y observando las parejas que se deslizaban ruidosamente por el asfalto, reflejando contento en sus rostros animados, decía para mis adentros:

—¿Nada más que eso? ¡Pero si es una cosa facilísima patinar sobre esas rueditas! Creo que he logrado descubrir el secreto fundamental de ese deporte, que consiste en tratar de no caerse. Y si uno consigue mantenerse en pie durante el primer momento, los pasos subsiguientes no le ofrecerán ninguna dificultad... Ahora, en cuanto a eso de iniciar la corrida, nada más sencillo; se le pide a algún vecino que le empuje por la espalda y luego los mismos patines se encargarán de conducirlo con la velocidad de un relámpago hacia el lado opuesto del recinto. Voy a ensayarlo.

Me acerqué al encargado de alquilar patines, y sentándome en el sofá le extendí los pies, diciendo con el tono de un "sportman" arrojado y diestro:

—¡Un par de patines de los mejores! ¡Y que sean con rueditas!

—Si todos tienen rueditas—replicó el encargado, ajustando unos tornillos a mi calzado.

—¿De veras?—dije, algo confuso.—Es una excelente y loable costumbre.

—Listo, señor.

Bajé mis pies armados de patines y los moví en diversas direcciones... Pero ¡oh! no tuve la agradable sensación de pisar en firme; mis extremidades parecían balancearse en el aire.

—¿Es siempre... así? — inquirí con timidez.

—¿Siempre qué?

—¿Son tan resbaladizos?

—Ya lo creo que sí; son ruedas, pues. Sírvase pasar al "ring".

Me puse de pie, pero en aquel preciso instante mi pie se deslizó a un lado con asombrosa rapidez: volví a sentarme... Con anterioridad he tenido numerosas oportunidades de estar sentado en los sofás; pero en ninguna ocasión he experimentado tanta satisfacción como entonces.

Hasta aquel momento jamás hubiera creído que un hombre pudiera profesar un cariño tan grande a un mueble ordinario, tapizado de lana; pero aquella tarde no quise separarme de él por todos los tesoros del mundo...

—¿Qué le pasa, caballero? ¿Quiere venir?

—¡Ji, ji!—contesté riéndome. —Me voy a quedar aquí sentado un ratito más, amigo. ¿Sabe? ¡Uno se cansa tanto de sus tareas cotidianas!... Aquí se está muy bien: cómodo y abrigado.

El encargado se alejó unos pasos. Permanecí sentado, exhalando de vez en cuando suspiros llenos de pena y golpeando, con precaución, el suelo con mi pie resbaladizo.

Junto a mí, en el sofá, se sentó un señor para hacerse calzar patines; evidentemente se hallaba en idénticas condiciones que yo. Pero en el cuerpo de aquel hombre habitaba el alma de un héroe. Si hubiera vivido en la Edad Media, hubiera sido capaz de descubrir la América en lugar de Colón; encontrándose con un tigre, lo hubiera aturdido de un recio puñetazo en la cabeza, y luego de atar a la estupefacta fiera a una soga, la hubiera conducido de ese modo hasta su casa... No permaneció, como yo, sentado en el sofá un largo rato, vacilando y sin atreverse, ¡no! Con aire decidido se puso de pie, se irguió cuan alto era y... se estrelló contra la mesa con todo el peso de su cuerpo.

Si los malos consejos son contagiosos, también lo son los buenos; me puse de pie, y abrazándome al encargado con toda la efusión y ternura de que era capaz mi cariñosa y sensible naturaleza, me dirigí hacia la baranda.

Y heme aquí solo, asido con desesperación a la baranda y fingiendo interesarme sobremanera por las pinturas que adornaban el techo del recinto.

—¿Por qué no patina usted?—preguntóme amigablemente uno de los señores que ocupaban las mesitas del otro lado de la baranda.

—Pero si... estoy patinando...

—Deje la baranda, no se tenga de ninguna cosa y entonces verá qué fácil.

Seguí su sabio consejo. Pero mis piernas (¡jamás hubiera sospechado tanta malicia y picardía!) se percataron de la maniobra y en el acto se separaron la una de la otra con tanto ímpetu que me costó trabajo volver a unirlas. Para eso efectué un movimiento lleno de gracia y me apresuré a recogerme bajo la sombra protectora de la baranda, agarrándome convulsivamente a ella.

—¡Arriba ese ánimo! — gritaba entretanto mi buen consejero. — No se abrace a la baranda como a una mujer amada. Tenga más desenvoltura en los movimientos y no se quede plantado aquí.

"No cabe duda que el hombre es un perito en la materia", pensé, alejándome de la baranda.

De repente experimenté la sensación de estar suspendido en los aires. Los patines corrían por el piso de asfalto como si fueran seres animados, mientras que yo me inclinaba, me balanceaba, me retorcía como una anguila, en el supremo afán de conservar el equilibrio. Por fin, presintiendo que no podría rehuir la vergonzosa caída, con vertiginosa rapidez me aferré a las manos de un patinador que pasaba por mi lado en aquel preciso instante.

—¿Qué pasa?—inquirió éste en el colmo del asombro. — ¿Qué se le ofrece?

Apretándole las manos con efusión, seguía retorciéndome, y para borrar la mala impresión producida por mi extraña conducta, pronuncié con voz temblorosa:

—¡Buenas tardes! ¿Cómo le va? ¿No... me reconoce?

—Es la primera vez que lo veo. ¡Suelte mis manos!

Se desasió de mi apretón; mis pies no desperdiciaron la magnífica ocasión que se les presentaba para hacerme una mala jugada, e instantáneamente se separaron, haciéndome caer pesadamente sobre el suelo.

—¿Se cayó?—preguntóme con interés mi buen consejero.

—No; sencillamente me senté para ajustar las correas. Ya sabe que suelen aflojarse de mucho patinar.

Fingí arreglar algo en los patines y luego me arrastré despacio hasta la baranda; volví a encontrar en ella a un viejo y fiel amigo.

—Cuando se dé cuenta de que está por caer—dijo el que se hallaba ubicado detrás de una mesita (ahora sospecho que no era otra cosa que un simple espectador que había venido por primera vez a contemplar el interesante deporte), levante en el acto una pierna; de ese modo se restablece el equilibrio.

Con el corazón oprimido volví a separarme de la baranda... No me costó mucho trabajo cumplir el consejo del buen hombre, pues me resbalé casi en seguida. Seguí al pie de la letra su recomendación, hasta en doble proporción: me había aconsejado que levantara una pierna y levanté ambas... Verdad es que lo hice después de haberme caído y que para llevarlo a cabo había que tocar el piso con la espalda, pero, al menos, me convencí de que la caída no tenía nada de horrible.

En ese momento vi pasar ante mí a un señor elegante que se deslizaba rápida y graciosamente, inclinando hacia adelante el cuerpo.

—Intentaré imitarle — dije para mis adentros. — ¡Aunque me caiga, no importa!

Crucé las manos detrás de la espalda y me precipité hacia la multitud de patinadores, cual una tormenta inesperada... Me caí sólo dos veces, pero voltée como a diez personas; empujé a un señor obeso de un modo tan brutal que el pobre fué a dar contra la baranda, y, por fin, acompañado de toda suerte de exclamaciones y deseos poco favorables para mí, cansado, pero satisfecho de mí mismo, me dirigí hacia el sofá para sacarme los patines.

TARDES GRISES

¿Quién duda del encanto de las tardes grises, cuando sopla el cierzo y uno está lejos de la malignidad de los hombres? Entonces se siente feliz, aunque le torturen los sueños desvanecidos y siga bebiendo en el vaso rebosante del amargor.

Uno entorna los párpados, ya porque un dolor agobia o una desventura que trajo la adversidad viene al asalto de los instantes felices, y los labios tienen admoniciones, aunque todo quede al fin dentro de las estrecheces de la palabra inútil.

En esas tardes grises, cuando en los senderos ruedan las hojas y se desnudan los árboles, uno se deleita o se agobia, y el corazón late aprisa, y andan como ovejas sin redil los sueños por los campos fragosos de la fantasía...

OSCAR ALBERTO IBAR.

¿LA ARGENTINA EN LA CUMBRE?

SI y NO

Por Francisco A. Barroetaveña

(Conclusión)

SUMARIO.—*Lo segundo, "no", que deprime y desacredita. — Gobierno propio municipal. — Instrucción escolar. — Administración de Justicia. — Juramento. — Régimen Federativo. — Autonomía e intervenciones a las Provincias. — Finanzas y presupuestos desequilibrados. — Bases de república: libre elección de funcionarios y contralor permanente. — Abstencionistas y extranjeros: extrago de su indiferencia. — El peligro de la crisis actual.*

II

Lo segundo: "no", que deprime y desprestigia:

Se observa en la República Argentina un fenómeno, una característica, una peculiaridad nocivos; y es la desarmonía entre las mejores creaciones de su Constitución y de sus leyes, y la *práctica* contradictoria, con resultados perjudiciales y hasta desastrosos.

Así, por ejemplo, la Constitución requiere e impone a las Provincias que "*aseguren*" el "*régimen municipal*", que, según práctica invariable de los países libres inspiradores de Alberdi y de los constituyentes, organiza y representa el *gobierno propio* de las comunas, de los vecindarios autonómicos, para administrar debidamente todos los intereses locales; el gobierno de ciudades y aldeas, la instrucción escolar, la policía de seguridad, la justicia de paz, las obras públicas, el ornato, iluminación, pavimento e higiene pública, los teatros, los mercados, la salubridad, etc., a la vez que también comporta el "*régimen municipal*", la verdadera *escuela de la libertad* y de la *administración*, pues todos los capítulos de gobierno local enumerados, deben ser dirigidos por agentes votados libremente por el pueblo (Intendente, municipales y aun jefes de repartición), desde que el régimen comunal abraza y gobierna los intereses más caros e inmediatos de la sociedad, y el conjunto de las contribuciones locales. Así están organizados los municipios por sabia y tradicional costumbre en Inglaterra, en Suiza y en Estados Unidos, — de donde se tomó nuestra Carta Fundamental, — también con el plausible propósito de descentralizar el gobierno, dividir el trabajo y entregar a los vecinos de cada municipio, el gobierno de sus propios intereses, nadie como ellos conocedores tan conscientes.

Pues bien, lleva nuestra Constitución Federal desde su promulgación, *sesenta y nueve años*, y todavía no está organizado el "*régimen municipal*", que se imponía como una necesidad intransferible de gobierno descentralizado, de libertad y de la mejor administración, — no obstante convenciones innumerables y pomposas, largos discursos, y varias páginas tituladas de "*gobierno municipal*", — no hay más que "*simulaciones*" de este gobierno propio; creaciones "*burocráticas*", políticas, enviciadas en abusos y malversaciones de rentas locales, con menosprecio de la justicia, de los verdaderos intereses del vecindario, habiendo escamoteado la ley (para el gobernador), la justicia de paz, la policía de seguridad, las escuelas; y dejando un aparato de Intendente y de Concejo municipal, cuando no absorve todo el P. E. con un "comisionado", muy maestro para el escamoteo de esta soberanía, "acéfala" por maniobra. En la práctica el "régimen municipal" de la Constitución y de modelos ilustres, ha degenerado en una *fantochería* de gobierno local; en fuente de sueldos y de explotaciones indignas, todo para convertir tan saludable creación constitucional, en viles instrumentos de usurpación política. El resultado de esta subversión, es que los ciudadanos, lejos de perfeccionarse en buen gobierno y en el sufragio libre, aprenden pillerías; y el pobre vecindario es el pagano de aquel aprendizaje depravado. Naturalmente, que hay excepciones por raras cualidades personales, pero la generalidad de nuestro gobierno local, es un desastre y una escuela de corrupción política, que lleva la infección a las esferas de ascenso. Los múltiples medios de presión y de desmoralización ejercitados por audaces, convierten en una farsa indigna y perjudicialísima la *libertad del sufragio y la escuela democrática* soñada.

El mismo artículo sexto de la Constitución, que exige "*régimen municipal*", requiere también a las Provincias, para garantizarles el P. E. Federal la autonomía, que aseguren la "*educación primaria*" y la "*administración de justicia*". En la generalidad de las Provincias, las partidas más pobres del presupuesto, son las consagradas a las escuelas públicas, y la demora en los pagos de sueldos, es desesperante, pues llegan a deberse hasta uno o dos años, colocando a los maestros, que instruyen a los niños, en la necesidad de vender a vil precio los sueldos devengados (de suyo muy reducidos), y llevar una vida de miserias, enfermedades nerviosas y extenuación, que conspira con la enseñanza en estado normal de la instrucción provechosa. Por el descuido y abandono que hacen las Provincias de la "educación primaria", la Nación ha fundado miles de escuelas dentro de la jurisdicción de aquéllas; y dentro de muchos Estados, se ha gestionado que se *nacionalicen* las escuelas provinciales, conspirando contra el sistema federal de gobierno y contra la autonomía de las Provincias.

La *administración de Justicia* padece de muchos defectos; y si bien es cierto que en la Capital de la Nación y en los tribunales federales se administra mejor, se pagan los buenos sueldos con puntualidad, los jueces tienen independencia, y se ejerce saludable control por la opinión, por el foro, por la prensa y por el Gobierno, en las Provincias, en muchas de ellas, sucede lo contrario, con gravísimo daño de las esenciales y delicadas funciones de la magistratura, que vela, que debe velar siempre sobre la vida, los intereses y la libertad del pueblo. Son numerosos y tristes los ejemplos de la corrupción de la justicia (muy cerca de la Capital), de la explotación de caudillos y de favoritos, para enriquecerse con verdaderos despojos, pues los magistrados se doblan como juncos a las influencias siniestras, y se prestan a evoluciones, para contar con jueces *ad hoc;* y cuando no ceden a esas imposiciones y malas artes, viene la hostilidad en sueldos, traslados, amenazas y aún vías de hecho para eliminarlos, y conseguir con jueces flojos, pervertidos o ignorantes, el triunfo de las maldades tramadas con toda alevosía: así se amasan y reparten fortunas, más o menos clandestinas, de origen inconfesable.

Por estas grotescas deficiencias y comedias, se malogra la instrucción escolar de las Provincias; y la administración de justicia, con frecuencia, representa los "*sepulcros blanqueados*" del Evangelio. La opinión nacional, transige demasiado contra estas corruptelas de la moral y de las instituciones fundamentales, que privan al país, de buenas escuelas y de la garantía primordial de todo gobierno civilizado: una buena administración de justicia.

Es una costumbre antigua y generalizada en las naciones regidas por sistema constitucional, sean repúblicas o monarquías, que el nuevo gobernante, al entrar en funciones gubernativas, preste solemnemente *juramento* de administrar con rectitud y lealtad, sujetándose estrictamente a los preceptos de la Constitución y de las leyes; manteniendo la libertad, la justicia y el bienestar público, arriba de toda sugestión partidaria, interesada, o adversa al predominio de los principios y de las instituciones. Con frecuencia en las repúblicas de Sud América, se *debilita* y aun se *burla* descaradamente el juramento inicial, relajando el respeto a la ley y a la dignidad del gobierno, cuando no se acude cínicamente a dictaduras personalistas, con lujo de arbitrariedades, y explotaciones lucrativas del mandón, de sus favoritos y de los partidarios más adictos, procediendo como ambiciosos inmorales, imponiéndose con la fuerza armada y con judicatura venal. Esta farsa política, convierte en una comedia despreciable la solemnidad del juramento, encubriéndose una dictadura rapaz y disimulada. Los gobernantes desleales, gastan títulos pomposos de "Ilustres Americanos", "Restauradores de leyes y tradiciones", "Apóstoles" o "Salvadores de la Patria", cuando son en realidad, vulgares malhechores políticos, para oprimir al pueblo y robar su riqueza pública.

Por las constituciones más o menos liberales de la América latina, se establece el *régimen federativo autonómico*, o una *descentralización* administrativa, bien calculada, para entregar el *gobierno propio* y el ejercicio de la libertad al pueblo soberano, a fin de renovar el personal de los poderes públicos periódicamente, conjurando así la absorción de facultades electivas del jefe del gobierno ejecutivo; pero el demonio de la tentación, los abusos y la tendencia a la sensualidad y a la opresión, van gastando las aristas de contención; y aquella admirable máquina teórica de las leyes escritas, va amoldando su rigidez moralizadora, va transformando el gobierno responsable, limitado y libre, en arbitrariedad personalista y sensual, todavía con proyecciones de perpetuarse en el mando, directamente, o por medio de instrumentos serviles y acomodaticios. La pena constitucional de esta degradación de instituciones y del gobierno libre teórico, — el fantasma del juicio político, que presupone cámaras dignas e independientes, — se desvanece como concepción infantil, quedando el país envilecido y robado, bajo segura impunidad!

Relacionado con el régimen municipal, como base del gobierno propio, figura la *autonomía de las Provincias*, tan cautelosamente protegida con varios textos constitucionales y tan accidentadamente estropeada por un caleidoscopio de no menos de *setenta intervenciones federales*, que en la mayoría de los casos, lejos de amparar su solidez jurídica, las han desorganizado, con fines de política absorbente; que han abatido su independencia constitucional, con daño del pueblo y del sistema federal, en que concordó la familia argentina, después de cuarenta años de ensayos y de guerras civiles. Según la Carta Fundamental, las Provincias dictan sus leyes y constituyen los poderes públicos, con absoluta prescindencia del Gobierno Nacional, el que solamente puede intervenir en las Provincias, cuando no

De Angel Ganivet

No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuáles fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los llamados prósperos o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir de tí que eres un hombre.

se asegura el régimen municipal, la administración de justicia y la educación primaria; cuando promedia invasión exterior, ataque armado de otra provincia o sedición revolucionaria para derrocar las autoridades constituídas, mediando requisición de las autoridades, depuestas o amenazadas por alzamiento armado. Por la naturaleza del caso, interviene el Congreso (si está reunido) o el P. E. Dada la precisión jurídica de los casos de intervenir el gobierno nacional, pareciera fácil el ejercicio de esta grave facultad, ingeniada por los constituyentes y en los países libres, para conservar la paz, la descentralización administrativa, la buena justicia y la instrucción primaria, como también la forma republicana, proscribiendo toda corrupción y dictadura; pero estas elevadas previsiones de bien público, estas garantías constitucionales para la autoridad e independencia de los Gobernadores y para el mejor gobierno del pueblo de esas Provincias autonómicas, se han ido relajando en muchos casos, hasta convertirse en miserables intromisiones indebidas del Presidente de la República para fines menguados de politiquería electoral; o para deformar la *autonomía vita de los Estados*, en feudos de arbitrariedades y corrupciones de todo calibre, con que se suele hasta amenazar a los poderes federales; y aun quedan triunfantes corruptelas análogas, a pesar de las intervenciones que van a higienizar Provincias, por ignorancia, anarquía y desmoralización del mismo pueblo que se quiere amparar. No obstante estas amargas realidades, contenidas por el P. E. actual, retumba la farsa política de la *soberanía del pueblo*, de las *autonomías* provinciales y de *progresos fantásticos*, en el papel de las constituciones. Esta centralización excesiva y las corruptelas que comporta, son muy nocivas a la libertad, a la cultura y al buen gobierno.

En materia de *finanzas* y de *presupuestos equilibrados*, prevalece un hábito desastroso, de las deudas enormes, cuyo servicio asfixia al contribuyente; y los *déficit* grandes y permanentes, pareciendo un mirlo blanco, un gobernante como Benjamín Villafañe, que economiza un millón de pesos, pagando al día todo. En materia de deuda flotante no consolidada, el gobierno del Dr. Plaza dejó una deuda de *ciento sesenta millones de pesos*, por la guerra europea; y la presidencia de Irigoyen elevó esa deuda flotante a *mil millones* ya fuera del desequilibrio de la guerra y en años de abundancia, sin contar 200.000.000 de deuda de los F.F. C.C. del Estado! Sabido es que sin buenas finanzas y con deudas abrumadoras, es imposible la marcha próspera y aún la vida ordenada de una Nación o Provincia. Hay que reaccionar pronto sobre estas corruptelas graves y asfixiantes, afrontando el manejo de las finanzas con preparación, honradez y energía.

La *democracia*, la *soberanía del pueblo*, el *gobierno propio, libre y republicano*, que establecen las constituciones de América, y especialmente la Argentina, descansan en dos ejes esenciales: la *espontánea elección* de los funcionarios y de los legisladores, como el *contralor permanente del pueblo* sobre sus elegidos. Por pueblo debemos entender la *mayoría* de la masa humana dentro de los límites de una nacionalidad; esto es, en la actualidad, los ciudadanos catalogados en padrones o registros cívicos, desde edad legal; con el agregado en muchas naciones, de cantidad considerable de mujeres, habilitadas para votar, evolución rápida y profunda, después de la guerra europea, que computa ya *ciento cincuenta millones* de mujeres votantes. En la Argentina, de reducida población nativa, se observa esta incongruencia: como *dos millones* de extranjeros adultos, la gran mayoría arraigados aquí, sin ánimo de volver al país de origen casi todos, *no ejercen voto* de pueblo soberano, no obstante afectarles el gobierno, en sus personas y familias, en sus empresas e intereses arraigados. Este raro y grave fenómeno político, es peligroso para la seguridad internacional, y para la cohesión y buen gobierno de la sociedad argentina; y urge solucionarlo por nuestra ley de ciudadanía, y por acuerdos internacionales. La notable ley electoral llamada "Sáenz Peña", que es la Carta Magna de nuestra libertad política, hace el voto *obligatorio, y castiga* su omisión; pero esta bizarra reforma electoral, presupone un pueblo celoso de su libertad, y anhelante de ejercitar la soberanía; una democracia a quien dijo el jefe del Estado que la creara en el manifiesto elocuente con que la recomendó, estas dos palabras que serían el lema de su porvenir: "*¡Quiera votar!*".

Pues bien, parte considerable del pueblo elector, figurando como la mitad de la clase dirigente e ilustrada, no concurre a votar en los comicios; menosprecia la política por absurdo snobismo, hasta significando para muchos literatoides, periodistas y figurones de clubs y de universidades, que es función "*vulgar*" concurrir a los comicios, absteniéndose mucha gente honesta y representativa del ejercicio de la democracia; cediendo el campo a las intrigas, ambiciones y venalidades de comités inferiores, que explotan la pobreza y la provisión de empleos para conciudadanos menesterosos; que incitan a tomar la ciudadanía a inmigrantes, más necesitados y analfabetos, que vinculados y simpáticos al País; los cuales obedecen ciegamente, en grandes rebaños, a capataces del Estado-Providencia.

Como se ve, este abandono de los comicios, la falta de contralor a los funcionarios, y las malas artes de los comités, por ausencia desdeñosa de los mejores, desmoralizan la influencia sana de los partidos, que se corrompen; fomenta la seducción sensualista de caudillejos obscuros, y aun la presión de los gobernantes, como la *holgazanería*, la *inconsciencia* y la *falta de moralidad* en los parlamentos y municipalidades. De esta manera se conspira contra la solidez de los dos ejes de la democracia saludable: *libre elección* de los funcionarios públicos por la mayor porción del pueblo con la mejor clase dirigente, y *ausencia del contralor eficaz* sobre los gobernantes. Ya lo dijo el autor de "Las Bases": Cuando se abstienen de votar los ciudadanos honrados, los pícaros marchan a tambor batiente a la casa de gobierno. Los pueblos, como la naturaleza, tienen horror al vacío, que es la abstención y la anarquía, creyéndose que el peor gobierno es mejor que ninguno.

Dejo así enumeradas las principales causas que deprimen y desprestigian los esplendores de nuestra democracia, sin ahondar la crisis profunda y peligrosa que aflige hoy al País, amenazado con la restauración personalista tan dañina, que será conjurada por un movimiento cívico viril de nuestra soberanía, apoyándonos en las garantías constitucionales, y en la coalición de fuerzas políticas bien animadas, para salvar la libertad, la moral y la civilización.

Los poemas del hijo

Por Ricardo M. Llanes

LA CUNA

Bajo la caricia de mis leves manos tiembla en su blancura esta cuna hermosa, que carpinteros Orientales trabajaron soñadores para el hijo mío. Cuna de mambú con incrustaciones marfileñas, es todo un cofre guardando el tesoro de una vida!

Deleitome al mecerla, rimando con su vaivén, el cántico materno, cuyas sílabas triunfales llenan la alcoba de una música sublime!

Cuna del esperado, adornada con puntillas y moños ensedados: ¡quién pudiera ocuparte con los primeros balbuceos y las prístinas sonrisas! Cuna: duerme plácidamente al hijo mío, mientras bajo mis manos y mis ojos te mueves como una pluma en la brisa!

EL HIJO

Con besos de auroras y colores primaverales, me fué presentado en la hermosa bandeja de la vida, por la blanca Madrina del amor, tantas veces bendita!

Deslumbróme su belleza y bendije en Dios, a los reyes magos, artífices de todos mis ensueños!

Color de rosa es su cuerpo fresco como el suspiro de las auras; ojos grandes y expresivos, sombreados por finas pestañas, largas y sedosas; labios empurpurados y noble frente amplia como el cielo que lo vió nacer!

Verso de amor inmaculado es el hijo mío: verso de amor y de gloria, su balbuceo; caricias de los ángeles, sus sonrisas, y claros mensajes de las hadas, sus miradas dulces y tranquilas! Felicidad respira embellecido!...

El alfarero de mi ilusión plasmó su cuerpo con la blanca arcilla de mis besos y el agua clara de la gloria. Hecho de bendición, ha de crecer bendito como el árbol bueno. Desvelado jardinero seré para su vida: con agua de la gloria llenos están los cántaros de mis ensueños!

EL JARDIN

Campanillas, aljabas, jazmines y madreselvas: ¡qué espléndido miraje de colores bajo el ventanal de la alcoba! ¡Qué gratos perfumes en las ondas que nos embelesan!

Gusto aguardar el crepúsculo sentado en el jardín con el hijo sobre mi pecho. El se alegra ante la sutil tonalidad de las flores, porque su risa se hace sonora y su balbuceo bullicioso!

Con la flor de la vida entre las flores, soy todo un símbolo de felicidad, alto y puro como la luna llena que nos acaricia luminosa y riente!

En el jardín, junto a las flores gusto dormir al hijo, que flor de la inocencia, cierra sus pestañas—pétalos de seda—como las rosas, las campanillas y los jazmines. Amor!

EL PASEO

Nunca había gustado la gloria. Hoy, coronado por sus dones voy respirando dichas, y es la sonrisa en mis labios, fresca invitación a la ventura!

Bajo la luna voy con el hijo entusiasmado de amor y de nobleza. Por el paseo arbolado me detienen las mujeres, y suenan los besos en la frente y en la cara de mi niño, con suspiros de cítaras angélicas. Los hombres le brindan el franco regalo de sus miradas puras, y los niños en corro, lo acarician con la levedad de sus manos, que semejan blancas alas de palomas milagrosas!...

Voy con el hijo bajo la luna ebrio de amor y de suspiros; suspiros—aves del alma—que voy soltando en la gloria del paseo, para que elevándose por la escala de Artemisa, digan al Hacedor los blancos poemas de mi gratitud, las dulces plegarias de mi bendición!

LA MADRE

Abre el amor un paréntesis en la canción divina, y son ahora sus labios golosos, plenos de besos y sonrisas; y son sus ojos, plenos de sublimidad sobre el hijo dormido en su regazo.

Ha bebido el infante de su seno rosado, elixir de vida en flor, mientras el cántico de cuna llamábalo al sueño con ritmos de felicidad: tal los arrullos de las palomas; los suspiros de las liras...!

¡Qué bello el cuadro de la madre cariñosa frente a mis ojos contemplativos! Hay en su cara arreboles de esplendores aurorales; mirajes de primaveras sublimadas: tal el cuadro de María con Jesús, en el pesebre, que nos han dicho los bibliómanos!

Absorta en la contemplación del hijo, olvídase que la vida canta en su redor el triunfo de las aves y las flores: no tienen aquéllas trinos tan felices que puedan compararse a la dulcedumbre de su silabario en miel; ni muestran éstas la frescura hermosa del infante dormido!

Contemplo el cuadro de la gloria, y siento que toda el alma, deshecha en un suspiro, se aparta de las cosas y los hombres, para elevarse a Dios!...

CURIOSIDADES

Calvino no tuvo tiempo de *hacer la corte...* Un amigo le buscó novia. La viuda de un anabaptista con numerosa prole. Se casó con ella y fueron felices.

* * *

La mejor madera para hacer mástiles es el abeto de Noruega. Después, las mejores son el abeto negro, el pino albar de América y el pino de Escocia.

* * *

Los persas consideran afeminado al hombre que se ríe. Esta expansión la creen propia de mujeres.

* * *

Calcúlase que todos los años se gasta en la construcción de féretros para los chinos, más de dos millones de metros de tablas.

* * *

Roma es, entre todas las ciudades europeas, la que más veces ha caído en poder de sus enemigos. Ha sido tomada y saqueada más de cuarenta veces desde el año 390 (antes de J. C.)

* * *

En Cádiz se ha descubierto un cementerio romano que data del siglo V antes de J. C. Entre los múltiples objetos hallados en la Necrópolis figuran un león de piedra, anillos de cobre, pendientes de oro y ánforas.

* * *

La sardina arenque es el pescado que más se consume, tanto fresco como salado.

Sólo en las costas de la Gran Bretaña se pescan anualmente más de 250.000 toneladas de arenques.

* * *

En Bélgica se han ido reconstruyendo lentamente las destruídas casas durante la guerra. Ya han sido construídas doscientas ocho mil treinta y siete y más de dos mil millas de caminos.

* * *

El doctor William P. Bovie, de la Universidad de Harvard (E. U.), ha inventado un aparato que transmite los rayos solares a través de un cuarzo — preservando los rayos actínicos — y que, según el inventor, asegura a las mujeres en cinta que se sometan a un tratamiento especial a base de dicho aparato, un hijo sano y hermoso.

* * *

Hasta hace poco tiempo sólo se usaba de los avestruces las plumas, pero como desde hace bastante tiempo en el Africa del Sur la venta de las plumas de avestruz ha venido bajando cada vez más, los propietarios de los parques dedicados a la cría del avestruz han determinado matar una gran cantidad de estos animales y utilizar la piel en la fabricación de calzados de fantasía.

Hasta ahora han sido muertos más de 6.000 avestruces. Con la carne se hacen conservas para los indígenas del Rand.

* * *

Es sabido que los ingleses acaban de construir un dirigible que puede transportar seis aviones ligeros, que se elevarán en el curso del vuelo o vendrán a engancharse en él.

Todavía hay algo más interesante.

Se habla de un proyecto que hará del dirigible un verdadero centro aéreo de aviación.

Este coloso formidable transportará una vasta plataforma de aterrizaje, y en sus flancos un no menos vasto hangar, conteniendo cierta cantidad de aviones de diversos modelos. Este nuevo dirigible portaaviones señalará un inmenso progreso; pero este proyecto hace pensar mucho en las fantasías de espíritus desequilibrados.

* * *

La cría de zorros plateados está adquiriendo en Inglaterra cada vez más y mayor incremento. Constantemente se piden al Canadá parejas que se pagan hasta quinientas libras ya, de estos animales, para propagar la especie.

Bajo el reinado de Enrique VIII, se lanzó a la circulación en Inglaterra una monedita de plata de muy poco valor, que se llamó Dandy prat.

Desde entonces, la palabra "dandy" se ha aplicado a los jóvenes cuyo exterior es brillante, pero carecen de méritos.

* * *

Si el explorador Etanley volviera a hacer su famoso viaje a través de las selvas vírgenes de Africa, no encontraría el Continente Negro tan negro, tan lóbrego como lo dejó. Al menos, hallaría luz eléctrica en algunas aldeas, y, si esperase unos meses, hasta podría andar parte del camino por el ferrocarril eléctrico, de 354 kilómetros, que se está construyendo en el centro del Congo belga.

La alfalfa es sabido que constituye uno de los más suculentos forrajes. Pero esta planta, para ser cultivada, necesita gran cantidad de humedad, por lo que no debe escasearle el agua de riego, pues de otro modo es difícil que prospere.

En terrenos secos no prospera, ni en donde la humedad es superficial, y en cambio prospera cerca de los *aljibes*, porque hay filtraciones constantes de agua en el subsuelo, por más que la capa arable no denote estar en jugo.

* * *

Wagner dijo de las sinfonías de Beethoven que "son leyes divinas que con soberana autoridad se imponen a nuestra inteligencia y a nuestro amor".

Colación de grados en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales



Con la asistencia del ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Antonio Sagarna, llevóse a efecto en el salón de fiestas de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, el acto de la distribución de premios y colación de grados de los alumnos egresados en 1925, de las distintas escuelas de dicha Facultad. — La mesa directiva ocupada por el ministro doctor Sagarna, por el rector de la Universidad, doctor Ricardo Rojas y por otras autoridades universitarias.



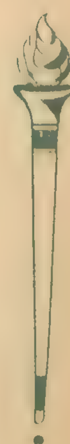
El rector de la Universidad, doctor Ricardo Rojas, pronunciando su discurso.



El ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Sagarna, rodeado de algunos catedráticos y académicos y de los alumnos egresados, después de efectuada la ceremonia de la distribución de premios y entrega de los diplomas.







Una vista parcial del numeroso público que concurrió al acto.



Primer centenario del combate naval de Los Pozos



Conmemorando el primer centenario del combate naval de Los Pozos, tributóse un homenaje patriótico ante el monumento del almirante Brown, héroe de aquella jornada histórica. — El presidente de la República y los ministros del P. E. escuchando, desde el palco oficial, la ejecución del himno nacional.



El vicealmirante Juan A. Martín, ostentando la representación de la armada nacional, pronuncia su discurso ante el primer magistrado.



Las delegaciones de las escuelas normales de la capital, que concurrieron a la patriótica ceremonia.



Una vista parcial del público que asistió al homenaje.

Conferencia del señor Marinetti





Como estaba anunciado, el "leader" del futurismo, señor Marinetti, pronunció en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, la segunda de sus conferencias que versó sobre "El futurismo en la arquitectura". La discutida personalidad del conferenciante y la originalidad de sus doctrinas, llevó al lugar del acto un numeroso auditorio, cuyas opiniones resultaron divididas. A la izquierda, vista parcial del público que escuchó al orador. A la derecha: el disertante haciendo uso de la palabra.

CRUZ ROJA ARGENTINA

Organizado por la comisión auxiliar de fiestas de la Sala de Auxilio de Floresta, de la Cruz Roja Argentina, llevóse a cabo un animado te danzante, en los salones del Club Nacional. — Vista parcial de la concurrencia que asistió al acto.





Otro grupo de señoritas de las que tomaron parte en la benéfica fiesta.

NECROLOGIA



Señora Carmen Esquiano de Smith, cuyo lamentado deceso se produjo últimamente en Florencio Varela.



Señora Margarita Pasel de Mólner, recientemente fallecida en esta capital. Su muerte ha sido muy sentida.





Caricaturas de Sanguinetti

Doctor Tiburcio Padilla, que obtuvo el primer premio nacional de Ciencias, dotado con $ 30.000.





Doctor Mario Carranza, recientemente nombrado presidente del Banco Municipal de Préstamos.

BIBLIOGRAFIA



Señor Alejandro Rómulo Cánepa, autor del libro "La justicia del virrey", recientemente aparecido.



La poetisa y escritora española, señorita Mercedes Pinto, que acaba de publicar un libro titulado "La emoción de Montevideo ante el raid del comandante Franco".



Señor Ricardo Monner y Sans, autor del volumen "Pasatiempos lingüísticos. Continuación de "De gramática y de lenguaje", obra últimamente editada.

Nuevo vicario de la Armada



Monseñor Dionisio R. Napal, que acaba de ser nombrado vicario general de la Armada.

DE MAR DEL PLATA



Enlace de la señorita María E. Dartiguelongue con el señor Ernesto Miqueu. — Los contrayentes, los padrinos y algunos invitados al acto.



De Alta Gracia



Señora de Rivarola y sus hijitas



El señor Carizzo y su familia, a orillas del río Anizacate.



Señorita D'Hiriart



Señores Quesada e hijos.



Señoras de Pagés, Goñi y Biocca; señoritas de Llambí, Gondra y Bravo y señores Goñi, Degreef y doctor Biocca, durante un almuerzo realizado en el Golf.







Otro aspecto de la mesa, en el que aparecen las señoritas de Bravo, Llambí, Gondra, D'Hiriart y Zorrilla; y los señores Trongé, Moyano Gacitúa y Mullen.

El servicio aéreo postal y de viajeros, entre Buenos Aires y Montevideo



Vista parcial del puerto de Montevideo, tomada a su llegada, desde uno de los aviones de la Misión "Junkers", que realizan el servicio de transporte de correspondencia y de pasajeros entre Buenos Aires y la capital uruguaya.







Uno de los hidroaviones panmetálicos Junkers R. Acta, destinados al servicio público de referencia, amarrado en su fondeadero habitual de la dársena norte.



El piloto Alfredo Grundke y el mecánico Guillermo Sackewitz, recibiendo una bolsa de correspondencia, y la planilla correspondiente, para ser transportada a Montevideo por la vía aérea.





El Cerro de Montevideo, fotografiado, a 300 metros de altura, desde uno de los aparatos, en su viaje de regreso a Buenos Aires.

(Fots. Otero).



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL. — La señorita Julia Renaudin y el señor Enrique V. Razetto, después de su enlace.



La señorita Nelly Sosa Levalle y el ingeniero Martín Solari, recientemente desposados.



Enlace de la señorita María Rosa Zaffaroni con el señor Arnold Samper. — Los novios después del acto religioso.



LOMAS DE ZAMORA. Enlace Colombo - Boschetti. —Los contrayentes después de la ceremonia nupcial.



La señorita Amanda Arregui y el señor Ernesto Antonio Tagliani, cuyos desposorios se realizaron recientemente.



ROSARIO. — La señorita Isidora Morales y el señor Fernando E. Dedossi, después de su matrimonio.



Enlace de la señorita Manuela Sauan con el señor Jorge Sauan. — Los novios y algunos invitados al acto.



La señorita Elsa Gotelli y el señor Juan Kraus, cuyo enlace se efectuó últimamente, acompañados de varios invitados a la ceremonia.

FOOTBALL - LIBERAL ARGENTINO v. ATLANTA



Componentes del equipo Atlanta, que empató, por 2 a 2 goals, el partido jugado contra Liberal Argentino, en la cancha de este último.



Team de Liberal Argentino, que sostuvo él encuentro con los representantes de Atlanta, sin que hubiese vencedores ni vencidos.

DE CORRIENTES - ECOS DE LAS FIESTAS PATRIAS



El gobernador de la provincia de Corrientes, doctor Benjamín González, seguido de la comitiva oficial, entrando en la Catedral para asistir al Tedéum oficiado el 25 de Mayo.



El palco oficial levantado en la plaza 25 de Mayo, ocupado por las altas autoridades de la provincia, mientras se ejecutaba el himno nacional, cantado por los alumnos de las escuelas.



Vista parcial del interior de la Catedral, mientras se oficiaba el Tedéum.



Un aspecto de la columna escolar, congregada frente a la casa de gobierno. (Fots. Elena Ingimbert).



Actualidades cinematográficas



Betty Bronson y Neil Hamilton en "Princesita de Oro", cinedrama que la Paramount comenzará a exhibir desde mañana.



Lujosa escena del cinedrama de Griffith "El circo", con Carol Dempster como protagonista, que Artistas Unidos estrenará en breve.



Jackie Coogan en su personificación de "El trapero", cinedrama extraordinario que Max Glücksmann estrena hoy en el Palace y en el Splendid.



George O'Brien y Billie Dove en "Corazón intrépido", cinedrama que la Fox presentará pasado mañana.



Clara Bow y Carmelita Gergthy en "La dama de la fantasía", cinedrama que Glücksmann estrenará mañana



Sidney Chaplin y Alice Calhoum en "Tribulaciones de un hombre decente", cinedrama que la General estrenará el viernes próximo.



Larry Semon rodeado por dos beldades que lo secundan en "Pare, mire y no sea tonto", cinecomedia que la Corporación distribuye desde anteayer.



Nuevo material para la administración de limpieza



La administración general de limpieza municipal, ha sido dotada con nuevos e importantes elementos, consistentes en ochenta camiones recolectores de basura y noventa barredoras mecánicas de últimos modelos, que debían haber entrado en funciones el primero de mayo. — Vista parcial de las barredoras, depositadas en uno de los garages municipales.



Una de las barredoras mecánicas, de cuyo modelo se incorporarán al servicio público noventa unidades.



Tipo de los nuevos autocamiones destinados a la recolección de residuos.



Los camiones recolectores, igualmente depositados, esperando la orden de iniciar el servicio.



El vetusto carro de tracción a sangre, incapaz de llenar las necesidades de la limpieza, que poco a poco será substituído por los nuevos vehículos metálicos. (Fots. Giraz).

Por tierras cordobesas





La compuerta del "Diquecito", en Villa General Mitre.



Un aspecto del mencionado "Diquecito".



Vadeando en automóvil el río Totoral.





Un bello paisaje a orillas del río Totoral.





La iglesia de Sarmiento.



Un pequeño salto en el río Totoralejos.

(Fot. J. C. [illegible])

La página humorística



—¿Cómo va usted sin sombrero, haciendo tanto frío?

—Porque me han dicho que es bueno para el pelo.



—¡Mal educado! ¿No te he dicho, muchas veces, que no debes soplar cuando la sopa está caliente?



¿Quién es ése?
—No seas celoso. Es un amigo de mi hermano.



Progresos del feminismo... y desilusión masculina.



—Pero, ¿por qué no tratas de evitar el pelearte con tu esposa?

—¿Y qué quieres que haga? Alguna vez tengo que venir a casa.

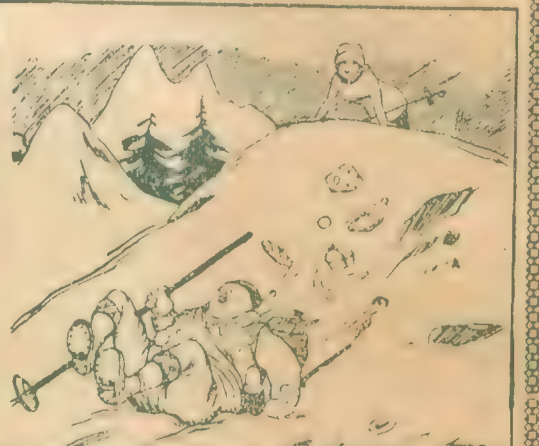


—¿Por qué no vas a la escuela el domingo, hijita?

—Porque es necesario dejar a Dios un día de descanso.



—Sí, querida; el divorcio tiene de bueno que con la misma cantidad de hombres, hay más disponibles para el matrimonio.



—Mira, Pachín: ahora estamos a 27.0000 metros de altura.

—Serás tú, porque yo he quedado a un poquito menos.



—Mi marido es un miserable. Ya no puedo tener confianza en él.

—¿Por qué?

—Ayer me afirmó que me creía y tenía la seguridad de que le estaba mintiendo.



Después del banquete: — ¿Cuál de los relojes marcará la hora buena?



El repórter al industrial: — ¿Y cuántos hombres cree usted que trabajarán en sus fábricas?

—Hombre; yo calculo que, de cada diez, uno.



Fray Mocho en Rosario de Santa Fe



Un aspecto del lunch ofrecido por el cuerpo docente al director del colegio "Leandro N. Alem", señor Abel Schenone, con motivo de su reciente ascenso a inspector de escuelas.



Durante la demostración que destacados elementos de la industria y del comercio, tributaron al señor Douglas San Martín, en ocasión de su ascenso a subgerente general de tráfico del F. C. C. A. — El obsequiado agradeciendo el homenaje.



Enlace de la señorita Liria A. Fidani con el señor Vicente Ciavaglia. — Los novios y un grupo de invitados al acto.



Miembros del Centro Unión de Almaceneros, en la necrópolis del Salvador, después de haber colocado una placa rememorativa en el sepulcro del señor B. Copello.



Campeonato Vila. — Team de Newell's Old Boys, dando los hurras de estilo, antes de sostener el encuentro contra Nacional, a quien derrotó por 3 a 2 goals.



Representantes de Nacional que resultaron vencidos en el match sostenido con Newell's Old Boys. (Fots. Flores Toledo).

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



RUFINO. — Componentes del cuadro filo-dramático "Italo - Argentino", que tributaron una demostración a su director, señor Juan Secreto, con motivo de su cumpleaños.



Enlace de la señorita Amelia Cardona con el señor Silvestre Fiorini.



La señorita Teresa Bassi y el señor Pedro Barbieri, recientemente desposados.



QUEMU - QUEMU. — El señor Aquilino Troncoso, haciendo uso de la palabra en la manifestación patriótica realizada el 25 de Mayo.



Las familias de Landine y Gambarine, durante una fiesta campestre efectuada en la quinta, propiedad del señor Fornari.



Concurrentes a la conferencia dada por la Federación Agraria Argentina de Colonia Barón, congregados frente al local de dicha institución.



EMBARCACION (Salta). — El jefe de la Aduana, señor Saturnino Aparicio, pronunciando un discurso durante la manifestación efectuada el 25 de Mayo.



GUAMINI. — Alumnos de la escuela número 1, rindiendo un homenaje ante el monumento del general Mitre.

(Fots. Della Mattía, Carretero e Irigoyen).

La página zoológica

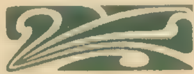


Espectadores. — Detrás de esa verja de fuertes barrotes, que les permite tender, hacia adelante, en ademán de descanso, las fuertes patas delanteras, esa familia de leones contempla con curiosidad a las personas que se detienen para verlos.



Un delicioso terceto de cachorros pekineses que ha obtenido el primer premio en la exposición de perros de la mencionada raza, efectuada en Londres, y a la que podían ser llevados ejemplares de toda Inglaterra.







Este espléndido gato montés fué cazado vivo en las Smoky Mountains, de Tennessee y enviado al presidente Coolidge, quien lo aceptó y lo donó al jardín zoológico de Nueva York. — El objeto de este regalo era solicitar la influencia del primer mandatario estadounidense, para que se haga de dichos montes un gran parque nacional.





Concierto singular. — Estas dos ''naves del desierto'' bostezan con toda su graciosa belleza, en beneficio de los visitantes y fotógrafos que concurren al Franklin Park Zoo, de Boston.

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí

GRAN EXHIBICION — LA LUCHA EN EL LEJANO OESTE

COWBOYS Y PIELES ROJAS EN EL PARQUE CENTRAL

—¿No vieron al indio con el cuchillo grandote? ¡Que miedo. Si, yo estaba allí!

—El que más me asustó fue el que llevaba el hacha.

—A mí aquí de las plumas y los ojos grandotes.

—Yo tengo miedo de los indios.

—¿Sabés lo que hemos visto, Pipirí? Una diligencia asaltada por los pieles rojas. Tiraban tiros y flechas.

—Está puesto un cartelón grandote. Vení a verlo si no tenés miedo.

—¿ Quién ? ¿ Yo miedo de los indios...? ¡ Avisen ! Ayer no más insulté a dos sin importarme un "corno" de que llevaban revolveres, fusiles y hachas.

¡JA!¡JA!¡JA! ¡HO!¡HO!¡HO! ¡JI!¡JI!¡JI! ¡JA!¡JI!¡JO! ¡¡AAAA.....!

—Agente: Avise a la Asistencia Publica. Ahí hay unos muchachos que se han vuelto locos. Ríen a carcajadas y se revuelcan por el suelo.

—Está bien. Síganmen no mas y veran si macaneo

—¡Vengan aquí, cobardes! ¿Creen que yo le tengo miedo a los gatos? Soy capaz de voltearlos a los dos con una mano sola...

CIGARRERÍA LOS PIELES ROJAS



El dinero del delito

Por, A. M. Burrage

Los dos ríos, separados por una alta península cubierta de bosques, se unían en el puerto de Ruanmouth, como a una media milla de su entrada, lo que hacía que en el mapa se viese como una gigantesca Y, con base corta y largos brazos.

Ruanmouth tiene un puerto excelente, acaso el tercero en importancia de los puertos de Cornish, y su largo muelle está construído en la parte occidental. Al lado opuesto del sitio en que se verificala unión de los dos ríos se encuentra una pequeña aldea de pescadores.

La península está habitada por unas veinte personas, y fué hacia esta lejana lengua de tierra hacia donde se dirigió Carlos Caverner, cuando se resolvió a arrojarse al agua en busca de una problemática salvación.

Era una mañana de Mayo. No se notaban aún en el horizonte indicios de la aurora, y las estrellas se disputaban, en ausencia de la luna, el dominio del cielo. El agua estaba fría. Pero no lo suficiente para entumecer al que intentaba salvar su vida recorriendo a nado un largo trecho. Una ligera brisa que soplaba, y la corriente, favorecían el plan del fugitivo.

Caverner había estado antes en Ruanmouth. Vivió en el amplio hotel situado cerca de los *links* de *golf*, y pasó allí una larga temporada antes de que la fatalidad hubiera tendido hacia él su mano. Mientras nadaba pensó con amargura en la diferencia que existía entre aquellos días y los actuales.

Se había alistado a bordo del *Frederick Keith* como sobrecargo, para hacer la travesía de Londres a Liverpool, con escalas en Ruanmouth y Cardiff. Y ahora abandonaba el buque por el poco común sistema de lanzarse desde la cubierta al agua, mientras el navío se disponía a entrar en el puerto.

Afortunadamente para él, la suerte, que desde hacía tanto tiempo se manifestaba en su contra, le favorecía siquiera una vez. No había sido visto cuando abandonó el buque, que ya echaba el ancla cerca del muelle. Porque Caverner era perseguido, y el hombre que lo reconociese recibiría doscientas cincuenta libras esterlinas cuando lo entregase a la policía.

Como a mitad del trayecto, hasta la estrecha franja de tierra situada entre los dos ríos, comenzó a sentirse fatigado. El peso de su ropa, empapada en agua; los esfuerzos hechos para alejarse cuanto antes del peligro, todo conspiraba contra él, y empezó a temer que sus esfuerzos resultasen inútiles para tratar de no irse al fondo.

Ahora que la situación se hacía cada vez más comprometida, pensaba si no hubiera sido mejor tratar de hacer frente a los acontecimientos. Pero ya era tarde para ello.

—Estoy cansado de la vida; pero siempre es preferible morir un día después que un día antes..., a pesar de que los remordimientos sean muchos.

El punto hacia donde se dirigía parecía alejarse cada vez más. Las circunstancias lo favorecían, pero avanzaba con desesperante lentitud. La pequeña península, alta y coronada por los árboles, que parecía al principio hallarse tan cerca, continuaba siempre a la misma distancia, y su vista constituía para el infeliz un suplicio de Tántalo. Cuando, al fin, estuvo cerca, se hallaba al extremo de sus fuerzas.

El punto en que rozó tierra era una alta pared de roca vertical, lisa, sin un resquicio para afirmar pie o mano. El agua, al chocar contra ella, lo acercaba y lo alejaba, sin que tuviera fuerzas suficientes para mantenerse en un punto fijo. Entonces intentó el último esfuerzo del que está a punto de ahogarse. Pidió socorro. Pero su voz era apenas perceptible. No tenía mucha esperanza de que lo oyese alguien, y, no sin sorpresa, le pareció escuchar que su segundo pedido de auxilio era contestado por una persona. En lo alto de la pared de roca apareció la luz de una linterna y la cara de una muchacha.

—¡Auxilio!—repitió. — ¡Me ahogo! ¡No puedo hacer pie!

—Manténgase—exclamó una voz. —Hay un sitio para salir a pocas yardas del lugar en que está usted.

—!No puedo más!

—¿Resistirá un minuto?

—¡Corra!...

Sus manos trataban de hallar algún punto de apoyo en la roca. Buscando la salvación realizaba movimientos que recordaban a los de una rata arrojada en un estanque. Luego de mucho buscar encontró una pequeña saliente, a la que se aferró con todas sus fuerzas.

—¡Bien! Ahora puedo resistir algunos segundos. ¡Por favor, apresúrese en llegar!

* * *

Había sido mala suerte la de que Caverner llegase frente a aquella pared de roca. Un poco más hacia arriba había unas escaleras de piedras y troncos que llegaba hasta el agua. Se encontraba allí amarrado un bote, en el que saltó María Penmarne, dejando la linterna sobre unas rocas.

Era una muchacha alta, esbelta, con cabellos castaños y negros ojos, de mirada singular. Vestía un traje de tela encerada y cubría su cabeza con un sombrero del mismo material. Su aspecto no dejaba de ser pintoresco.

Rápidamente, en forma que indicaba la costumbre de hacerlo, desató el bote y empuñó los remos. Dos minutos después tomaba a Caverner por debajo de los brazos, y con sorprendente agilidad y fuerza le izaba a bordo. La vieja barca se inclinó un poco, y Caverner permaneció echado en el fondo para recobrar un poco de aliento.

—¡Gracias!—murmuró luego. —¡Gracias! Estaba a punto de hundirme.

María tomó de nuevo los remos y trabajando vigorosamente con el brazo derecho hizo que el bote diese una vuelta casi completa.

—Realmente, puede considerarse usted salvado por un verdadero milagro.

El no respondió. Estaba rendido, sin alientos, y dudaba de lo que veía. La joven, dirigiendo la embarcación hacia el punto en que se hallaba la escalerilla, lo observaba con ojos de sorpresa. De pronto cambió de asiento para colocarse frente a él. En seguida emitió un sonido, mezcla de grito y de admiración. Al oirlo, Caverner la miró, y a su vez exclamó sorprendido:

—¡María! ¡Dios mío! ¡María!

—Sí—dijo ella, ya tranquila. —Soy yo. ¿Quién creía que era?

El continuó mirándola, como si se tratase de una aparición.

—Usted sabe dónde vivo... O, por lo menos, usted no lo ignoraba.

—Sí, sí. Pero ¿cómo se encuentra aquí a estas horas..., para salvarme la vida?

—¿Que yo le he salvado?... Sí. Verdaderamente, es eso lo que ha ocurrido... El destino parece jugar con nosotros. ¿Verdad? ¿Se encuentra mejor ahora?

—Sí. Gracias. Empiezo a adquirir el dominio de mí mismo. Me sentía muy mal. Un poco más, y todo hubiera terminado.

Ella no hizo comentario alguno de estas últimas palabras, y un momento después llegaban al lugar del desembarcadero. María soltó los remos, saltó a tierra y le tendió la mano.

—Apóyese en mí..., o mejor será que tome mi brazo. No tema. Ya sabe usted que soy fuerte.

Subieron el sendero que conducía a la parte superior de la franja de tierra. La cima era plana y cubierta por una abundante vegetación. Se distinguían, espaciadas, algunas casas modestas, y entre ellas, al amparo de un grupo de árboles, una de mayor importancia.

—No puedo llevarle a casa—murmuró María, deteniéndose en lo alto de la cuesta para tomar aliento.—Venga y siéntese aquí. Voy a traerle alguna ropa de Santiago...; él está en el mar... Así se pondrá vestidos secos, y también le traeré algo caliente para que tome.

Lo dejó en una choza que contenía algunas macetas y efectos de jardinería, donde él se sentó en el suelo. No le dijo ni una palabra más, y regresó como diez minutos después para hallarlo en la misma actitud en que lo había dejado.

—Esto es extracto de carne —dijo, entregándole una taza humeante, — y también he puesto dentro algunas gotas de ron. En casos como éste es lo que utilizamos. Bébalo pronto tan caliente como pueda, y luego se pone esta ropa seca. Yo volveré.

—No sé cómo agradecerla... balbuceó él.

—Lo creo. Hallará alguna dificultad para expresarse. Por cierto que deseo que sepa que he leído su nombre en los diarios últimamente, respecto a su asunto...

—No lo mencione—suplicó él.

Por un momento ella permaneció



en silencio, como apesadumbrada por lo que había dicho. Luego volvió a mirarlo en la misma forma en que lo había hecho al reconocer al hombre a quien había salvado.

—Vístase pronto—repitió. — Yo regresaré dentro de diez minutos... Le diría que viniese a casa, pero temo despertar a mi padre, y ya sabe que está disgustado con usted.

La reconfortante bebida había dado nuevos alientos a Caverner, quien, apenas se quedó solo, se apresuró a colocarse la ropa seca que le habían traído y eso contribuyó a reconfortarlo. Cuando regresó María ya era otro hombre.

Ella lo contempló con deliberada frialdad y con perfecto dominio de sí misma. El la miró como avergonzado.

—¡María!—comenzó.— Usted me odia como al veneno, y sin embargo, me ha salvado la vida... Yo...

—El mismo trabajo me hubiese tomado por otro cualquiera — respondió ella indiferentemente.

—No sea así, María. Durante los últimos tiempos he llevado una vida de perro...

—¿Sí?

—Si me agarran ahora, me ahorcarán—agregó él con voz apenas perceptible.—Usted sabe. Me ha dicho que ha leído los diarios.

—Y, sin embargo, usted es inocente—agregó ella con toda calma.

Caverner la miró desalentado.

—¿Cómo puede usted creer tal cosa?

—Porque lo conozco bien. Usted es capaz de hacer pequeñas cosas censurables. Lo que calificaríamos de "pequeños delitos", pero no de una cosa así. Bueno, cuénteme sinceramente lo que ha ocurrido.

—¿El qué? ¿La muerte de Dávison? Usted ha leído en los diarios, y sabe de ello acaso más que yo. Lo único que sé es que yo no soy el culpable de ella. Y no sé nada más.

—No obstante, cuénteme lo que sepa, ¿quiere?

—Bien. Ese Dávison vivía en un piso del Adelphi. Puede haber sido muerto, y puede no haberlo sido. Ahora ya no existe. Era una especie de amigo mío y había formado una compañía para la explotación de una mina de oro, negocio que me dejó a mí bastante mal parado. Aquella noche yo fuí a su domicilio para hablar de ese asunto y comer con él. Estaba allí otro hombre—el secretario de la compañía, —un tipo llamado Boyce.

Boyce se marchó temprano, antes de que la servidumbre se retirase a dormir. Yo lo había conocido por Dávison, y juntos fuimos a despedirlo. Antes de media noche yo me retiré, y Dávison quedó solo con los sirvientes: un matrimonio.

Era una noche espléndida, y yo fuí paseando por el desembarcadero y no llegué hasta mi domicilio hasta la una y media de la madrugada.

Como a la una, el sirviente de Dávison se despertó al oir una detonación. Bajó de su habitación, corrió hacia el corredor y encontró allí a su amo muerto sobre una silla. Llamó a la policía; pero ya era tarde para dar con el rastro del criminal cuando llegaron los representantes de la autoridad. Entonces todas las sospechas se volvieron contra mí.

—Fuerza es reconocer que con justicia...

—Continúo. Dávison me había hecho perder una cantidad de dinero, y Boyce podía declarar que yo estaba muy disgustado por eso. Además, Boyce podía atestiguar a qué hora había salido de la casa, y los sirvientes aseguraban que si yo hubiera salido poco después que él, me hubieran oído despedirme de su amo. El asesinato fué cometido dos minutos antes de la una. Yo llegué a casa a la una y media, y me vió entrar el portero. Nadie me vió cuando paseaba por el desembarcadero, y, en consecuencia, no tenía forma alguna de probar que había dejado a Dávison a las doce y empleado hora y media en mi paseo. Nadie podía haber entrado en la casa porque la puerta, gracias a un mecanismo, al abrirse hace sonar un timbre en la habitación de Veitch, el sirviente. En consecuencia, el crimen tiene que haber sido cometido por alguien que se hallaba en la casa y luego ha salido de ella.

—¿Y usted no supone lo que pueda haber pasado?

—En absoluto. Yo vi a Boyce con mis propios ojos cuando salió. Además, ¿por qué iba él a dar muerte a Dávison? Cuando yo dejé a la víctima, ésta quedaba sola con Veitch. Estos son buenas personas, fieles y muy pegados a su amo. El asunto, pues, resulta un complicado misterio, y yo... acaso lo haya complicado todo más en mi contra...

—¿Por qué?

—No presentándome para tratar de defenderme, María. Pero tenía miedo. La policía necesitaba un culpable y me buscaba a mí. Yo no dudé ni un momento de que en las circunstancias que eran conocidas, el tribunal vacilaría en juzgarme culpable del asesinato. La orden de prisión fué dada en seguida, y horas después mi nombre circulaba por toda Inglaterra.

Como es de suponer, no iba yo a ser tan loco que tratase de salir del país inmediatamente. Me disfracé y me fuí a vagar por el puerto. El otro día trabé relación con unos tripulantes del *Frederick Keith*, y les dije que quería hacer un viaje de ensayo con ellos antes de ingresar en la tripulación del buque. Creyeron que lo que yo trataba era de viajar gratis, y uno me prometió presentarme al patrón de la embarcación que partía para estos puertos. Fuimos a verle y partimos al día siguiente. A poco de estar navegando me pareció que el capitán me observaba con desconfianza. Leía un diario y me miraba insistentemente. Luego le vi hablar en voz baja con el contramaestre, y los dos callaron al acercarme yo. Miré entonces el diario que leían, y en él estaba mi retrato. *El asesinato de Adelphi* era el título.

Los dos permanecieron en silencio durante un momento.

—Ya se han dado cuenta de la fuga y están armando un barullo enorme—exclamó al fin María.—Yo me desperté al oir el ruido de la sirena, y me pareció que alguien se acercaba nadando... Entonces pidió usted auxilio... El Destino nos ha reunido de nuevo.

Y lanzó una corta carcajada nerviosa.

—En efecto. Y si quiere vengarse, ha llegado su hora, María.

* * *

La joven volvió sus negros ojos hacia el lado del Este. Los primeros albores de la aurora se dibujaban en el cielo. Los pájaros comenzaban a trinar entre el follaje de los árboles.

—Señor Caverner — dijo sin mirarle: — Pensé que le odiaba a usted. Pero le amo y se lo he dado a entender. Pensé que usted me amaba también, porque usted me lo hacía creer para divertirse conmigo. No pensé jamás en que pudiera engañarme. Una muchacha de su esfera lo hubiera comprendido en seguida y le hubiese pagado con la misma moneda. Yo estaba loca..., y no pensé en ocultarle lo que sentía mi corazón. Mil veces hubiera muerto antes que pensar en semejante cosa.

—¡María!

—Ya ve usted que le hablo con perfecta franqueza. No me importa ser franca ahora. Usted llega hasta mí, como usted mismo me ha dicho, vencido, y yo le he salvado la vida y puedo volvérsela a salvar o entregarlo a la justicia, según me parezca. No tengo más que enviar un aviso, y antes de la noche habrá caído usted en su poder.

—¿Qué se propone usted hacer? —preguntó él, un poco temeroso.

—Voy a ello. Ante todo, no trate usted de aparecer indiferente, señor Caverner.

—No. No lo pretendo. Lo confieso, a mi vez, con toda franqueza, que me siento enfermo y cansado de todo... Creo que ni aun la espantosa idea de la horca me preocupa ya.

—A pesar de ello, no vaciló usted en gritar pidiendo auxilio.

—Cierto, y me arrojé desde a bordo tratando de salvarme... ¿No es eso? Pero lo hice a fin de retardar lo más posible el terrible momento, obedeciendo a un instinto muy natural. Y si llegase a sentir sobre mi hombro la mano de un agente de policía..., no sé, creo que, a pesar de mi cansancio de todo, lucharía hasta el último momento. Pero está en libertad usted de hacer lo que considere conveniente.

—Lo supongo así. Pero voy a tratar de ayudarle a usted a escapar. Es la mejor forma de pagar ingratitudes. Después de todo, no estoy muy segura ahora de odiarle a usted.

El la miró extrañado.

—Es usted una muchacha sorprendente, María. Gracias. Pero ¿va usted a intentar salvarme?

—Ocultándole hasta que haya pasado toda la alarma.

—¿En la casa?

—No. Mi padre debe ignorar que se encuentra usted aquí. Si yo no le odio a usted, él sí. No puede esperar nada de él. Ha tenido muchos disgustos por causa suya. Cerca de aquí hay una cueva. Yo le indicaré dónde se encuentra. Diariamente le llevaré comida y dentro de una semana o dos no habrá ya nada que temer. Conozco un par de capitanes de buques que hacen el trayecto hasta Estados Unidos. Se podrá marchar en uno de esos buques, y cuando esté lejos pensará en esta muchacha de Cornish que fué para usted una fácil conquista, y tal vez pronuncie su nombre con respeto.

Caverner extendió una mano y rozó su brazo. Ella se apartó.

—¡Sus dedos parecen brasas!

—Lo sé.

Hubo un largo silencio. El día iba avanzando cada vez más. Caverner exclamó luego.

—Me ha dicho usted cosas que merezco. ¿Cómo se ha conducido la gente con usted?

LOS MUERTOS

A la memoria de AMADO NERVO.

En una noche inmensa, sin luna y sin estrellas,
en una noche horrenda de frío y soledad,
nuestros hermanos muertos, errantes entre sombras
en una noche eterna, eternamente están.

Tal vez hallaron ellos, en esa intransparencia,
la calma tan soñada, la ansiada libertad,
no viendo nunca nada, ni infamias ni tristezas,
rodeados para siempre de eterna oscuridad.

Acaso no es la Vida visión de mil pobrezas?
Acaso no ilumina el Sol la mezquindad?
Tal vez en las tinieblas a donde van los muertos,
ausentes de egoísmos y humana vanidad
florezca milagrosa y humilde entre las sombras
la flor maravillosa de la Felicidad.

Hermano, tú que en horas de hondo misticismo,
nacidas al impulso de lastimoso afán,
has dicho, en los inciertos umbrales del Abismo:
"A dónde van los muertos, Señor, a dónde van!",
ya tienes la respuesta, ya has visto por tí mismo,
hollado has con tu planta la noche dónde están.

En una noche inmensa, sin luna y sin estrellas,
en una noche horrenda de frío y soledad,
nuestros hermanos muertos, errantes entre sombras
en una noche eterna, eternamente están.

HORACIO ZUBIRIA MANSILLA.

—¡Mal! Pero tampoco era de esperar que se condujese mucho mejor. Usted sabe que yo he nacido aquí; que desde hace muchos años mi familia habita en este lugar, en esta franja de tierra, entre los dos ríos, donde se encuentra nuestra pequeña granja... Pues bien: nos vemos en la necesidad de marchar. Mi padre ha sufrido mucho..., está enfermo...

—El trance ha sido duro... —murmuró Caverner.

—Los negocios no han ido bien...; los acontecimientos precipitaron la catástrofe, y no ha sido posible pagar una hipoteca...

—¿Es mucha la cantidad?

—Para nosotros, una fortuna. Usted acaso no le dé importancia... Doscientas libras esterlinas...

Caverner sonrió amargamente. En los últimos tiempos todo parecía haber adquirido un triple valor para él.

—No es gran cosa... Puedo firmar un cheque...

—Jamás tocaría yo un solo penique de su dinero...

—Es un préstamo a título de amistad. Acaso, si yo hablara con él, lograría convencerlo. Pero, desgraciadamente, un cheque firmado por mí ahora daría lugar a ciertas investigaciones...

María se puso de pie.

—Vamos—exclamó.—Ya es de día y mi padre no debe encontrarle a usted aquí.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho. Le odia a muerte. Vamos y le diré dónde se encuentra la cueva.

El la miró sin moverse.

—¿Qué hace? ¿No le he dicho que no puede quedarse aquí?

—Sí puedo. Oiga, María: si quiere ser un poco bondadosa, sí puedo. Si alguna vez la he hecho mucho daño, hoy acaso, ahora, pueda repararlo en parte. Yo puedo salvar a su padre del apuro en que se encuentra. Mi cabeza está puesta a precio: son doscientas cincuenta libras esterlinas las que se le entregarán al que me denuncie a la policía. Embárquese en el bote y vaya a la ciudad y diga dónde me encuentro, María. Yo le prometo que no me moveré de aquí.

Ella se encogió de hombros.

—Usted sabe de sobra que yo no puedo hacer eso—dijo.

—¿Por qué no? Si usted, personalmente, no quiere ir, puede hacerlo su padre. De todos modos, yo no pienso moverme de aquí.

De la casa partió una voz llamando a la muchacha, y Caverner notó que las mejillas de la joven se coloreaban.

—¡Por el cielo, señor Caverner! —suplicó.

—Señorita María, ya le he dicho que estoy cansado de esta vida de agitación y sobresaltos. Si yo me entrego personalmente nadie cobrará la recompensa prometida. Denunciándome ustedes, sí. Hago ese pequeño servicio a usted y su padre.

Hizo la joven un gesto de horror.

—¡Dinero del delito!—exclamó—¡El precio de su vida! ¡Imposible! Eso nunca lo haremos.

—Acaso su padre no piense de la misma manera—dijo él, encogiéndose de hombros.

María se volvió hacia el hombre y con un arranque de arrogancia exclamó:

—Mi padre es un hombre honrado, aun cuando todos los que le han hecho sufrir le han puesto malhumorado. Ama mucho este sitio, donde nacieron sus padres y sus abuelos...

—Bueno; pero hoy se encuentra en circunstancias excepcionales. Déjeme hablarle...

—¡Por el amor de Dios, señor Caverner! Evíteme la humillación de ver que mi padre pudiera...

—Vamos muchacha. No sea tonta. Acaso su padre comprenda mejor la situación y saque, como debe, el provecho que pueda de ella.

La joven tendió sus manos en actitud de súplica. Sus negros ojos brillaban intensamente y sus mejillas estaban encendidas.

—¿Quiere que se lo suplique de rodillas?—exclamó.—¡Oh! Siempre ha de ser usted el mismo para mí. La causa de todos mis sufrimientos. Antes le pedía que se escapara. Ahora se lo exijo.

—¡Ya es tarde!—respondió él—Aquí llega su padre.

La joven se hallaba de espaldas a la puerta de la choza; al oír esas palabras se volvió para mirar hacia fuera, y vió que era cierto.

JUSTICIA DEL CIELO.

Un hombre alto, delgado, de cabellos grises, había salido poco antes de la casa y avanzaba hacia la choza. Vestía un traje descolorido y roto.

—¡María!—llamó.

Ella corrió para impedirle la entrada en la choza.

—Padre—dijo.—Váyase.

—¿Por qué? ¿Cómo te has levantado tan temprano? Son poco más de las tres.

—Te estuve llamando, y como no me respondías...

Caverner avanzó.

—Yo soy la causa de todo, señor Penmarne—dijo.—Yo, que me lancé al agua y he estado a punto de ahogarme. María me ha facilitado ropa seca...

Avanzó hacia el anciano, tranquilo y con una dignidad admirable. María lanzó un grito y permaneció esperando con horror los acontecimientos.

El anciano retrocedió un paso ante la inesperada aparición.

—¿Usted aquí?—exclamó. — ¿Usted?

—Sí. He venido para que me entregue usted a la policía.

—Padre. Usted no puede hacer eso. No. Oigame, padre.

El odio se reflejó en los ojos del viejo, y sus brazos se movieron con un temblor convulsivo.

—Señor Caverner. El cielo lo ha puesto en mis manos.

—Es la justicia divina. Yo estoy pronto al sacrificio. Se lo dije así a María. Mi cabeza vale doscientas cincuenta libras... Puede usted ganarlas fácilmente.

—En mi situación, esa suma es un verdadero regalo.

—¿Comprende ahora por qué es preferible que me quede aquí? No hablemos más. ¿Me da un cigarrillo?

—Lo mejor que puede hacer, por el contrario, es ocultarse—dijo Penmarne.—Escape si quiere; camine cuatro millas, y encontrará un puente que le llevará al otro lado... Pero es muy fácil que para entonces la policía lo siga de cerca.

Caverner se echó a reir.

—Al fin le veo más razonable—dijo.

El viejo había echado a andar hacia la casa, seguido por Caverner y por la muchacha. Cuando estuvieron en la limpia y pequeña cocina, Penmarne se volvió hacia él.

—Señor Caverner — exclamó. — Necesito mucho la suma que usted ha mencionado. Bastaría para salvarme de la ruina. Pero no es por obtenerla por lo que pienso entregarlo a la policía. Existe otra razón.

—La conozco.

—Hace un año estuvo usted aquí y enamoró a mi hija.

—No fué eso exactamente.

—En efecto. Usted era muy astuto, muy infame para hacer nada correcto. Mi hija era una muchacha sencilla, a la que consideró usted fácil presa. La fingió amores y luego la abandonó. Yo he visto cuánto ha sufrido esta pobre criatura y he rogado a Dios... He rogado, sí..., que algún día tuviera usted que venir a suplicarme. Ahora lo veo aquí, y por el cielo que me voy a vengar, pero cruelmente.

Caverner rió de nuevo.

—¿Cree usted que me va a causar más daño moral que el que sufro?... Lo importante es que pueda sacar alguna utilidad de la situación.

María corrió hacia su padre, al que abrazó, y, apoyando la cabeza en su hombro, gimió:

—¡Padre!... ¡Padre! Usted no puede hacer lo que él quiere. No debe hacerlo. Hay sangre en ese dinero. Mancharía sus manos y seríamos malditos. Déjalo marchar, padre.

Caverner se había sentado en una silla con toda tranquilidad.

—Yo me niego a partir—dijo.—Trato de reparar en parte el daño que he causado.

María había ocultado el rostro entre las manos y sollozaba.

—Padre—grito.—Es inocente. Usted no puede enviar a la cárcel a un inocente.

—Conozco el crimen de que se le acusa. De ese es la otra ley la que ha de juzgarlo. Que responda ante los jueces.

—Eso es—dijo Caverner.—Y ahora arreglemos el asunto. ¿Tiene aún para usted mi palabra de honor algún valor? Yo le prometo no escaparme... y parta en busca de la policía.

El viejo Penmarne miró sucesivamente a los dos jóvenes.

—Admito su palabra. No se mueva. María: dale algo de comer mientras yo me visto.

Salió de la habitación ,y María se dirigió hacia el armario. Se detuvo vuelta de espaldas y sollozando. El se levantó de la silla y la tocó en el hombro.

—¡María!—exclamó. — Nosotros vamos a despedirnos dentro de poco tiempo para una larga separación. Pero antes debo agradecerla el haberme salvado y creerme inocente.

Ella no respondió; únicamente sus gemidos fueron más fuertes.

—¡Querida! No llore así. Oigame. Voy a decirle algo... Estoy a

VOCES ETERNAS

—En tí reúnes cualidades cada una de las cuales lleva consigo deberes que hay que cumplir. Eres hombre, eres ciudadano del mundo, eres hijo de los dioses, eres hermano de todos los hombres. Además de todo esto, y desde otro punto de vista, eres senador o desempeñas algún otro cargo, eres joven o viejo, eres hijo, padre, esposo... Medita bien a lo que te obligan todos estos títulos y procura no deshonrar ninguno.

—Del mismo modo que el faro que se enciende en el antepuerto es un poderoso auxilio para toda embarcación que ha perdido su derrotero, asimismo en una ciudad combatida por el mal, un hombre de bien es un auxilio poderoso para sus conciudadanos.

—Pon mayor cuidado aún en desempeñar el papel de gracioso; porque además de ser éste un papel muy desairado es un camino muy resbaladizo que te conducirá insensiblemente a la chocarrería y a la liviandad, y que hará que los demás pierdan el respeto y la consideración que para tí pudieran tener.

EPICTETO.

punto de ser condenado a muerte, y nada puedo ganar con mentirle ahora.

Ella se había vuelto a medias hacia él.

—Nada—repitió como un murmullo.

—Bien. ¿Me va a creer lo que le diga?

—Sí...

—María... La amo a usted... Siempre la he amado.

Ella hizo un gesto de incredulidad.

—El verano pasado — continuó Caverner, — yo no era un hombre libre. Estaba comprometido con una muchacha de Londres. Creo que los dos estábamos engañados... Yo era a usted a quien amaba, en realidad... Pero estaba ciego...

—¿Y por qué no me habló con franqueza? — insinuó ella.

—Cierto. Debí confesárselo todo. Pero preferí por usted misma dejarla en la creencia de que la quería. Me pareció lo mejor. Supuse que al marcharme no tardaría usted en olvidar todo lo pasado... ¿Me comprende bien, María?

Ella lo miró a través de las lágrimas.

—¿Es cierto eso? — preguntó.

—El cielo es testigo de que sólo le digo la verdad, María. He sufrido tanto como usted... Acaso más. Hoy soy libre. La muchacha con quien me había comprometido ha cambiado de parecer. Ella me considera culpable. La policía ha obtenido algunas informaciones de ella. Si por uno de esos tantos milagros lograra probar mi inocencia... La hablo ahora con toda nobleza...

Ella lo miró como temerosa de creer lo que significaban sus palabras.

—Sí, María—exclamó él completando su pensamiento.—Entonces...

* * *

Penmarne no parecía muy apurado por entregar a su prisionero a la Policía, o no se resolvía a dejarlo solo en la Península con María. Cuando volvió a la cocina manifestó su deseo de esperar hasta las ocho de la mañana, cuando el joven Samuel regresase de Ruanmouth con los diarios. Entonces le daría al joven una carta para que la entregase a la policía. A las cinco de la mañana los tres se hallaban sentados tomando el desayuno, seguramente el más extraño desayuno en toda la historia de aquella romántica costa.

Penmarne estaba silencioso, y apenas levantaba la vista. Era evidente que le preocupaban sus pensamientos y que la educación recibida y el ambiente de honestidad en que había vivido le hacían meditar bien el paso que iba a dar.

María comía poco, y las lágrimas caían abundantes de sus negros ojos. Por singular contraste, Caverner parecía el más satisfecho de los tres.

Hablaba alegremente. Terminado el desayuno salió con la joven al jardín para cuidar las gallinas. Obedeciendo a un impulso incontenible, la joven lo tomó de repente por un brazo y le dijo:

—Es necesario que se marche usted en seguida.

Caverner se echó a reír.

—Olvida que acaso ya mi capitán

La más alta misión de la mujer: el hijo

La mujer tiene el derecho de intervenir en la vida social y política de los pueblos modernos y, por consiguiente, el deber de prepararse convenientemente para su altísima misión.

Es esta verdad olvidada por las mujeres, no sólo por las rutinarias, sino también por muchas de las que aspiran al desarrollo del feminismo.

Hay que inculcar a la mujer el convencimiento íntimo, el vivísimo sentimiento de la necesidad de su propia formación, y esta formación ha de consistir en el desarrollo y perfección normal de todos los tesoros que encierra el alma femenina, y en la ciencia de saberlos aplicar a todas las necesidades actuales.

Al hablar de la formación propia como preparación para la obra social, no me refiero únicamente a la instrucción, que ni es el todo, ni lo más.

En toda empresa ,en todo trabajo que da verdadero fruto, se nota algo más que nociones más o menos técnicas: un motor, un alma, que es una inteligencia, un carácter, una voluntad, en una palabra, una persona.

Pues a formar esa persona deben tender todos los esfuerzos, todas las aspiraciones de la mujer.

El ideal de cultura femenina debe ser formar inteligencias, que además de conocer las cosas, juzguen de ellas con acierto y claridad; educar voluntades firmes, activas, decididas; despertar los sentimientos latentes, formar caracteres conscientes y robustos.

Esta es la cultura esencial, la que eleva y perfecciona la vida. La mujer que reuna estas condiciones busca la instrucción como consecuencia natural de todas ellas. En los países donde el femenismo ha conquistado sus derechos espontáneamente, estudian, leen escriben, dando así un nuevo realce a su personalidad.

La instrucción sola cae en el vacío y da frutos muy amargos. Esos cerebros llenos de ciencia, sin sentimientos, ni cultura integral, producen en las mujeres esas oquedades, esos desequilibrios tan dignos de lástima, esas declasees tan desacreditadas.

Todo el complicado engranaje de la educación de la mujer tiene su síntesis en su obra cumbre, el hijo, una vez contraído el vínculo. Por eso no debe perderse ni un momento de vista en su formación la sublime finalidad de la maternidad.

Es su primer deber dar vida a seres sanos, y por eso en su autoeducación —y de la que recibe en colegios y escuelas no debe esperarse nada—debe ocupar lugar preeminente la higiene. Ella dará a la mujer la clase de belleza que perdura y encanta siempre, pues aunque la moda preconiza hoy la pintura, nunca dejará de ser admirada y envidiada "la mujer sana, robusta y fuerte, de sonrosadas mejillas y de vivaces ojos, que muestran al reír la alegría de la vida".

Estudiad higiene. Tened exquisitos cuidados para el porvenir de vuestros hijos. Pensad en el mañana, y para ello santificad y sanead el hoy, si es que no debéis hacerlo con el ayer.

CARMEN GRAY.

habrá dado a la policía un completo detalle mío. En cuanto llegue al puerto me apresarán. Yo no quiero que sea otro el que reciba la recompensa. En cambio, su padre puede cruzar la bahía y en veinte minutos puede obtener la cantidad que necesita. El telégrafo y el teléfono también habrán estado en juego y seré detenido en la primer aldea que vaya.

Ella le echó los brazos al cuello y exclamó acongojada:

—¡Oh, querido! Y pensar que si hubiese hecho lo que yo le decía se hubiese salvado...

Caverner se brindó a ayudarla y ella lo dejó pensando que así se distraería y no pensaría en sus tristes asuntos. De esta manera transcurrió el tiempo.

Puntualmente, a las ocho, llegó el joven Samuel con su bote. Traía los diarios de la mañana de Londres y de Plymouth, y Penmarne salió a su encuentro.

Los dos hombres hablaron durante cinco minutos, y luego el joven partió de nuevo mientras el viejo volvía a la casa. El corazón de Caverner latía con violencia. Con gran emoción se apoderó de uno de los diarios de Plymouth y lo abrió. Su mirada se fijó en un título, y un grito escapó de sus labios.

—¿Qué ocurre? — preguntó alarmada, María.

El leyó la línea impresa en el papel trabajosamente, pues las letras parecían saltar ante sus ojos.

—¡Dios mío! — exclamó al fin arrugando nerviosamente el diario. —¡Fué Boyce! ¡Estoy libre!... ¡Libre!

—¡Cómo!

—Aquí está. Miren... "El crimen del Adelphi. Inesperado desenlace".—Fué Boyce el que lo cometió. Estaba celoso de Dávison. Parece ser que fueron asuntos de mujeres. Lo cometió aprovechando la circunstancia de que podía hacer recaer la culpa sobre mí. La noche del hecho, mientras estábamos reunidos los tres, aprovechando un momento propicio, se apoderó de la llave particular de Dávison y penetró a la casa después de haber salido yo... Lo ha confesado todo... ¡Gracias, Dios mío!...

Penmarne se quedó mirándolo fijamente. Se había conducido mal sin sacar por ello provecho alguno. Lo triste de su situación se le presentó de pronto.

Sin pronunciar palabra alguna, se alejó.

María y Caverner, pálidos como si hubieran escapado de un enorme peligro, fueron tras él.

—¡Señor Penmarne! -gritó Caverner.—Lamento mucho que no haya podido ganar usted la cantidad que esperaba... Pero si me lo permite, ahora me encuentro en situación de poder firmar un cheque.

El viejo lo miró.

—No —dijo.—Yo no puedo recibir dinero de usted. Lo he traicionado. No puedo descender hasta ese punto...

—Es que el dinero no es mío. María puede prestárselo, ya que, siendo mi esposa, toda mi fortuna, cuanto poseo, está a su disposición.

La fabricación del cristal

Su antigüedad e importancia

El cristal, que tantos servicios presta al hombre y en infinitas empresas tanto se usa, fué conocido por los pueblos de la más remota antigüedad. El libro de Job lo menciona, como igualmente los proverbios de Salomón. Plinio atribuye su invención a los marinos fenicios, y se sabe que allá por el año 1500 antes de Jesucristo florecía esta industria en Egipto.

El cristal fué muy estimado en la antigüedad, y algunas naciones exigieron tributos en esta materia, en lugar de oro. De país a país fué llevada su industria por los ejércitos conquistadores, y de Egipto pasó a Fenicia; de aquí, a Grecia, Roma y a los restantes países de Europa. La gran guerra dió la primacía en la fabricación del cristal a los Estados Unidos, uno de cuyos fabricantes, Mr. Ford, produce la cuarta parte del total de la producción mundial.

El cristal es un importante factor de la civilización y desde el telescopio, que se apodera del secreto de los mundos, al microscopio que disputa a la muerte elementos de destrucción; desde los rayos X, que escudriñan para dar la vida al periscopio, que lo hace para dar la muerte; desde la brújula, que guía por los mares a los reflectores y señales luminosas que nos orientan por todas partes, vemos que es elemento indispensable y que gracias a él se han podido lograr determinados intentos.

En este trabajo recordaremos de pasada el procedimiento común de fabricación e indicaremos cómo se fabrica el cristal continuo y el empleo que en la producción de cristal tiene el aire comprimido, que tanto se utiliza actualmente.

La fabricación de cristal común se lograba de un modo sencillo, mezclando arenas blancas con carbonato sódico y carbonato de calcio, en mayor proporción la primera, y colocando la mezcla dentro de un crisol de ladrillo refractario, que se colocaba a su vez dentro de un horno cuya temperatura fuese de unos 1.260° centígrados, hasta que se fundiese en una masa clara, dura y compacta. Durante la fundición, el carbonato cálcico y el carbonato sódico desprenden anhídrido carbónico. Si el cristal no se calienta suficientemente, se llena de burbujas.

Las operaciones que comprenden la fabricación del cristal forman dos grupos, uno en el cual se trata de producir la materia, o sea el cristal, y otro, que comprende todas las operaciones para fabricar los diversos objetos que de esa materia existen.

Las primeras materias empleadas varían en cada fábrica; pero la fórmula más frecuente es ésta:

Sílice, 3 en composición centesimal.	50
Minio, 2 ídem, ídem.	33
Carbonato de potasa, 6 íd., íd.	17

Se añade además un poco de manganeso o jabón de vidrio para que la parte resulte perfectamente incolora, y de 5 a 20 milésimas de arsénico. Los cristales coloreados se obtienen añadiendo a la composición del cristal incoloro de óxidos metálicos.

Todos los materiales empleados en la fabricación del cristal deben ser escogidos para que se hallen en el mayor estado de pureza. La arena fina, lavada y desecada, el carbonato de potasa y el minio químicamente puros. Estas materias deben estar finamente pulverizadas.

Obtenida la parte que constituye el cristal pasa a que en él se realicen las distintas operaciones en virtud de las cuales se obtienen de esa parte objetos diversos. Los útiles necesarios para esto son: un tubo de hierro para tomar las porciones de pasta que se han de emplear, un hierro arqueado, tijeras, pinzas, pantallas, soportes, cubos, etc.

La labor más penosa y necesaria en este procedimiento es la de soplar, procurando que la burbuja de aire que el interior se forma vaya respondiendo al fin para que se destina el objeto que se desee fabricar.

Por medio de un tubo de hierro introducido en la masa, se recoge una pequeña cantidad de éste en forma de pelota, para dar al cristal la forma que se desee.

Otro procedimiento consiste en tirar de la burbuja por medio de una varilla de hierro calentada; otro, vertiendo la masa blanda en un molde sobre el cual se ejerciese una presión determinada. Así se producirían tubos, botones, bolas y otra multitud de objetos que se deseen.

Según la capacidad del horno, así es el número de obreros que lo sirven; pero, generalmente, éstos son sólo cinco: uno que se encarga de llevar las piezas de cristal fabricadas, otro que coge el cristal del horno y trae y lleva las piezas de recalentar, el primer soplador que prepara la esfera o pera hueca, el segundo que redondea la forma del cristal y el jefe que dirige todas las operaciones.

Para fabricar el cristal que se usa en la producción de botellas, se sustituye el carbonato sódico por sulfato de sosa. Este cristal, lo mismo que el de ventanas y balcones, se fabrica fundiendo continuamente, en tanques rectangulares, centenares de toneladas por día.

Cuando los materiales forman cristal, se los moldea a máquina o a mano, según se requiera. En algunas fábricas se prensan en moldes o se soplan en botellas y vasijas especiales; en otras se vierten dentro de vasijas superficiales abiertas.

Para formar cilindros de cristal de cuarenta pies de largo, se coge la masa viscosa con un tubo de dos pies de diámetro y se estira hasta conseguir la longitud deseada; los cilindros, después, se cortan eléctricamente al tamaño que se desee.

Durante mucho tiempo, ha sido preocupación de los técnicos el producir cristal continuo en lugar de hacerlo de la forma que hasta ahora se venía haciendo. Emilio Fourcault e Irving W. Calburn, han logrado descubrir el medio de conseguirlo. Los procedimientos empleados eran costosísimos; pero gracias a la admirable máquina inventada por Michael J. Owens, el procedimiento Colburn ha podido emplearse con éxito.

En esta máquina, una barra se coloca dentro del cristal, que se adhiere a ella, se enfría y se solidifica cuando la barra se levanta, dependiendo el espesor del cristal de la altura a que se levante.

Al hablar del cristal continuo, debemos citar al célebre constructor de automóviles Ford, el cual produce por este método 1.100.000 metros cuadrados por año. Tan revolucionario fué el procedimiento, que aun los mismos técnicos se opusieron a él. Los hornos que para la fundición se emplean tienen una capacidad de 408 toneladas, y se cargan cada quince minutos.

El cristal fundido sale formando arroyo y pasa por unos rodillos que le dan el espesor necesario. De los rodillos pasa a un transportador, al extremo del cual se le corta en hojas de un tamaño determinado, y de allí pasa a las máquinas pulimentadoras, de donde sale ya en disposición de ser utilizado convenientemente.

La aplicación del aire comprimido en la fabricación de cristal ha venido, aparte de las ventajas de una mayor consistencia en el cristal y la facilidad de abreviar las distintas operaciones que integran la fabricación, a resolver un problema de humanidad al evitar que el hombre se aniquile en esas labores abrumadoras de soplar, en las que, por muy fuerte que el individuo sea, el agotamiento es seguro.

En el procedimiento que nos ocupa, todas esas operaciones las realiza el aire comprimido, sin que el hombre tenga otra intervención que la de preparar mezclas y dar el punto necesario para que las máquinas realicen todas las operaciones que integran la fabricación.

El empleo del aire comprimido es moderno; en 1915, la Coning Glass Works llevó al mercado todo una serie completa de cristal fabricado por este procedimiento. El cristal que así se fabrica es mucho más refractario que el cristal ordinario, y requiere una temperatura más alta. Los hornos en que la fundición se verifica deberán estar en condiciones especiales.

La fundición se realiza en enormes tanques continuos de varias toneladas de cabida, que están divididos en departamentos de cocción y de trabajo; cuando la mezcla pasa de la cámara de fundición a la de elaboración o trabajo, se coloca, se clasifica por sí misma y va disminuyendo gradualmente su calor hasta que se alcanza la temperatura de trabajo. La intensidad de esta temperatura va determinada ya en operaciones preliminares.

Los trabajos se realizan en moldes y en máquinas que se encargan de dar forma al cristal, de tal modo, que si se trata, por ejemplo, de botellas, la máquina misma vacía en el molde la masa del tanque y le da la forma necesaria, haciendo penetrar en la masa una especie de punzón que le produce una cavidad inicial. Desde aquí pasa a otra segunda mesa, donde el molde, sujeto a una presión de aire intenso, se ensancha y toma la forma qué se desee.

Las ventajas del aire comprimido son tales, que dentro de poco no se utilizará en la fabricación otro procedimiento, el cual, al perfeccionarse la maquinaria, podrá fabricar enormes cantidades de objetos de cristal en poco tiempo y sin los perjuicios que para la salud tenían los procedimientos anteriores.

El aire comprimido, al intervenir en la fabricación del cristal, facilita a los peritos el modo de que puedan desarrollar cuantas iniciativas tengan.

SU VOZ

Si existe algo en nuestro amor
que me cautive y me asombre,
es cuando en tono menor
musicaliza mi nombre...

Su voz, blandas armonías
que a sus encantos se adunan:
parecen las melodías
de una rapsodia de Schumann...

Mi nombre, cuando al anhelo
la pone transfigurada,
es el vago ritornelo
de alguna flauta encantada...

Mejor: En el arrebato
de sus trances pasionales,
mi nombre es un pizzicato
sobre sus cuerdas vocales...

EDUARDO O. ZAPIOLA.

TODO ENCARECE

Por Albert Acreman

La señora de Rhéose volvió de la compra escandalizada. Habían vuelto a subir los huevos y la manteca.

—¡Es espantoso! ¡No vamos a poder vivir!

Testigo de sus lamentaciones era su antigua criada María, a quien la señora de Rhéose explicaba cómo todo el mundo quería ganar cada vez más dinero.

La vieja doméstica movía la cabeza sin decir palabra. Tenía bastante con el fregado de la vajilla para ocuparse en aquel momento de cuestiones económicas.

Cuando llegó el señor Rhéose le tocó a éste el turno de lamentarse.

—¡Figúrate que el casero me ha comunicado que desde el mes que viene nos aumenta en mil francos el precio del cuarto!

—¡Oh!

—¡Es espantoso! ¡No podemos vivir!

Delante de la antigua criada repetía el marido las mismas lamentaciones. Todo el mundo quería ganar más.

—Es necesario que tomemos alguna determinación.

El matrimonio reflexionaba. La vieja criada había vuelto a la cocina. Lo que acababa de oír de sus amos le había hecho gran impresión. Estaba tan pensativa como ellos.

El señor Rhéose era agente de publicidad. Era un hombre tranquilo, inteligente, simpático, que entendía los asuntos sin prisa y sin fiebre. Cuando iba a casa de un cliente nunca corría. Todas las mañanas se levantaba a las diez. Estarse en la cama hasta esa hora era su vicio. Muchas veces le habían invitado sus amigos a jiras campestres, que le hubieran obligado a levantarse más temprano. Siempre había rehusado.

Para hacer economías, se les ocurrió a ambos una idea al mismo tiempo.

—Comprarás menos vestidos, —dijo el marido.

—Dejarás de fumar — dijo la mujer.

Cuando iban a empezar a discutir, María pidió permiso para entrar.

—Tengo que pedir una cosa a los señores. Quiero que me aumenten el salario.

—¿Qué broma es ésa?

—Nada de broma, señoritos. Todo el mundo gana hoy más dinero y no voy a ser yo la única que siga ganando lo mismo.

La señora de Rhéose iba a estallar; pero su marido, más diplomático, la contuvo.

—Querida María—le dijo,—su petición es muy justa. Está usted a nuestro servicio desde hace quince años. Cuando entró usted en casa no sabía ni freír un huevo; hoy, gracias a la paciencia de mi mujer, conoce todos los quehaceres de una casa.

—Agradezco al señor que lo reconozca así.

—Cuando la guerra, ganaba usted treinta francos. Era un buen salario en aquella época. Durante los años trágicos de la lucha ha seguido usted en casa, y al cabo del tiempo casi ha llegado a ser como un miembro de la familia. Es imposible, por lo tanto, que no lleguemos a un acuerdo. Cuando el armisticio, le señalamos cincuenta francos. En 1920 le aumentamos a setenta. Desde hace dos años gana usted ciento veinte. ¿Qué quiere usted ahora?

—¡Doscientos francos, señor!

—¿Cuando sube todo, incluso el alquiler? ¡Eso no es serio, hija mía!

—Sí, señor, quiero ganar doscientos francos.

—Comprenda usted que si pudiera se los daría con mucho gusto; pero en estas circunstancias me es imposible. Gano este año lo mismo que antes, y los gastos aumentan. Pero voy a hacerle a usted una proposición. El año pasado gané cuarenta mil francos y le pagué a usted doscientos. Hagamos un trato. Si este año gano más, le aumentaré a usted proporcionalmente a mis ganancias; si gano menos, le pagaré menos salario, en la misma proporción. ¿Acepta usted?

—Acepto. Sólo quiero que me firme usted en un papel lo que convenimos.

Un cuarto de hora después María tenía en su poder un verdadero contrato firmado por su amo. Estaba satisfecha, y no lo estaban menos los esposos Rhéose. Quedarse sin criada hubiera sido para ellos un grave contratiempo. ¿Dónde encontrar otra por el mismo precio?

Y, satisfechos, se acostaron.

¡Cuál no sería su sorpresa cuando al día siguiente, a las seis de la mañana, oyeron a la criada que llamaba imperativamente a la puerta de la alcoba.

—¿Qué ocurre, María?

—¡Arriba, señor! ¡Se acabó el levantarse tan tarde! ¿O es que se ha creído usted que voy a tolerar que se levante a las diez, ahora que llevo participación en los beneficios?

LOS "LIRIOS" DE NOLA

Una curiosa fiesta de Italia

La pequeña ciudad de Nola, no lejos del Vesubio, ciudad cuya antigüedad se remonta a los días de Aníbal, y que en aquellos tiempos gozó el privilegio de ver dentro de sus muros a los emperadores Augusto y Octavio, tiene hoy el de poder ofrecer a los ojos del visitante, en determinado día del año, lirios como no los hay en ninguna otra parte, que nacen en una sola noche y no viven más que 24 horas.

Estos lirios no son obra de la Naturaleza, sino artificio del hombre; no despiden otro aroma que el de la pintura y la madera fresca.

Nola, es famosa por muchos conceptos, entre otras cosas por su obispo San Paulino, que en el siglo V se hizo notar por su piedad y por la invención de las campanas de iglesia. Desde hace muchos siglos, los noleses celebran el 24 de junio, día de la fiesta de San Paulino, con la construcción de los célebres y efímeros lirios. Nadie sabe el origen de estos curiosos emblemas ni el por qué de su nombre. Acaso en otro tiempo eran grandes pirámides de flores, entre las que dominaba el lirio; pero hoy no son sino altísimas torres de madera, de 20 a 25 metros de elevación, adornadas artísticamente con estatuas, bajorelieves, columnillas, frisos y balaustradas. Cada una de estas torres se construye sobre una plataforma que conducen a hombros cuarenta gañanes, y como hechas en el país del arte, no hay que decir que por regla general son obras dignas de admiración.

Los lirios son construídos por ocho diferentes gremios, cada uno de los cuales gasta cada año un dineral en adornarlo. Al efecto, nombra cada gremio dos *guiglianti* o constructores de lirios, a los que hacen entrega del dinero. Estos tienen que edificar su torre, valiéndose para ello de unos armazones de vigas que pasan de generación a generación desde hace muchos años. Los *guiglianti* dedican meses enteros a estudiar y confeccionar los adornos que han de cubrir estos armazones, adornos hechos de cartón piedra y escayola. Cada gremio procura guardar el secreto de su proyecto, pues el ayuntamiento de Nola otorga todos los años un premio al lirio más artístico y más original.

La víspera de la fiesta, por la noche, cada armazón es conducido delante de la casa de los encargados de adornarlo, y los *guiglianti* dedican toda la noche a colocar columnas, figuras y cornisas con ayuda de cuerdas y poleas.

Al amanecer, los amigos del constructor principal vienen a ver su obra, a felicitarle y a tomar algún refresco. Después, llega la banda del gremio, que toma asiento en la plataforma del lirio; los cuarenta gañanes colócanse debajo, y a los compases de una marcha, la torre avanza lentamente para encontrar a sus compañeras. El principal de los *guiglianti*, rodeado de niños danzando, abre la marcha.

Poco a poco van reuniéndose los ocho lirios en dirección a la plaza de la ciudad. Allí esperan la estatua de San Paulino y el obispo de Nola rodeado de un coro de acólitos que incensan a la multitud. Las ocho torres se colocan alineadas delante del principal edificio de la plaza, y en medio de ellas se sitúa la barca de San Paulino, supuesta copia de la nave que trajo al piadoso cautivo desde las costas de Africa, 400 años después del nacimiento de Cristo.

En el momento en que la imagen del santo se pone frente a los lirios se ve a éstos inclinarse, desafiando todas las leyes del equilibrio y hacer una reverencia en medio de una lluvia de flores que las lindas nolesas arrojan desde los balcones. El obispo bendice entonces los ocho monumentos y se retira, dejando su puesto a la comisión municipal encargada de juzgar el mérito y belleza de las torres y de otorgar el premio.

Los lirios permanecen todo el día expuestos en la plaza, para que la multitud pueda admirarlos y aclamar al que se ha llevado el premio, pero el triunfo es efímero. Aquella misma noche, todas las torres quedan desnudas de adornos, y los esqueletos de viejas vigas se almacenan hasta el año siguiente.

Maravillosas operaciones imaginarias

Dice un conocido humorista y hombre de ciencia: "Un eminente cirujano me confesó que alguna vez había simulado efectuar operaciones quirúrgicas en personas aprensivas que se figuraban tener tal o cual afección orgánica cuyos falsos síntomas habían aparecido a consecuencia de su obsesión mental. En tales casos, el cirujano de referencia procede con el mismo aparato que si fuera a realizar una operación auténtica. Sujeta al paciente en la mesa de operaciones, lo anestesia y rasguña la piel para dejar una ficticia huella de operación. Después venda con todas las reglas del arte la región del cuerpo supuestamente operada, le ordena al enfermo imaginario que guarde cama unos cuantos días y por fin se encuentra nuestro aprensivo perfectamente bien, alegre, satisfecho, contento y honradamente engañado.

Añade el cirujano que todos los pacientes tratados por este procedimiento de misericordiosa superchería quirúrgica quedaron en absoluto libres de su aprensión, aun en los casos en que se habían quejado durante muchos meses de insoportables dolores.

POSIBLES EXTRAVAGANCIAS

PERLAS DE RIO

Los ríos de América del Norte se convertirán en verdaderos yacimientos de dinero.

Esta transformación fué anunciada hace poco por el Departamento de Pesca de los Estados Unidos, que mediante la científica propagación de moluscos de agua dulce, productores de perlas, proyecta considerables recolecciones de esa gema en los ríos americanos, que últimamente han producido quince millones de dólares anuales en perlas, extraídas de las conchas de moluscos que yacían en el fondo de ríos como el Mississippí, el White, en Arkansas, y el Black...

Esta pequeña riqueza anual es pequeña, según los peritos oficiales, comparada con la que puede obtenerse fomentando científi c a-mente la producción.

Quinientas variedades de moluscos tiene el Mississippí.

Estudiadas estas variedades de moluscos, se ha comprobado que cuarenta de ellas se prestaban al cultivo de la perla, y algunos podrán producir perlas de gran tamaño y de excelente calidad.

Una de las perlas extraídas se ha tasado en 25.000 dólares.

El huevo del molusco es un parásito que se adhiere a las agallas y aletas de la perca y de otros peces de agua dulce, y si no se consigue tal adherencia para alimentarse de los tejidos del pez, el parásito muere.

En un período de nueve a veinticuatro días, según las especies, el molusco adquiere el suficiente desarrollo para desprenderse del pez y sumergirse en el lecho del río, donde al cabo de varios años produce la valiosa perla.

El Gobierno norteamericano se propone favorecer condiciones de existencia a los huevos parásitos de que se trata, y para ello se efectuará artificialmente su adherencia a los peces que le sirven de alimento.

Se procederá a pescarlos en aguas poco profundas, una vez iniciado en ellas el descenso, tras de las crecidas primaverales; sólo los tendrán fuera de su natural elemento el tiempo estrictamente necesario para depositar rápidamente en aletas y agallas los parásitos, futuros productores de perlas, y se restituyen a las aguas del río los peces objeto de tal manipulación, que puede efectuarse de dos maneras, o bien vertiendo sobre el pez un chorro de agua que contenga los huevos de los moluscos o bien introduciendo aquél en un agua poblada de esos parásitos. Además, por orden del Departamento de Pesca, se han esparcido huevos de moluscos en una extensión de 300 leguas, a lo largo del Mississippí.

Se pescan los moluscos mediante un dragado del lecho del río con garfios de punta roma, y después se somete a los moluscos a elevada temperatura para que abran las valvas sin estropear las perlas. Las mayores perlas encontradas en los ríos de los Estados Unidos han sido, una que pesaba ciento tres gramos y otra de sesenta y ocho gramos, pescada en 1907.

Fueron vendidas en 25.000 dólares y 15.000, respectivamente.

Desde entonces no se ha vuelto a pescar ninguna perla de gran tamaño, aunque ciertamente se han logrado muchas de regular peso y gran oriente.

Según los cálculos del Gobierno americano, dentro de cinco o seis años, en los ríos americanos empezará la explotación de esta industria en condiciones inmejorables. Se espera que con estos procedimientos, dentro de poco tiempo la industria *perlífera* en los ríos americanos sea abundantísima en cantidad inverosímil. Con lo cual la perla habrá perdido su valor y estimación. Porque no se tratará de perlas falsas, ni mucho menos, sino auténticas, logradas con suma facilidad, por lo que su precio descenderá notoriamente en el mercado.

Este es otro golpe dado a las perlas. El primero se lo dieron los fabricantes poco aprensivos. El segundo, los chinos... y el tercero, el de gracia, como si dijéramos, se lo darán los norteamericanos, siempre propicios a toda extraña iniciativa, a toda investigación y a toda posible e imposible extravagancia.

UN PROFESOR DE LÓGICA

Aquella noche le tocaba el turno al cerezo de Santi, el que producía las guindas más famosas de Ibarrecolanda. Pachi escoge sibaríticamente sus víctimas. Ayer mismo despojó el manífico peral de Machinchu, que por la noche echaba sentellas *en la taberna.*

—¡Lo que es yo, si engancho al de las peras, sisco le hago la cabesa y todo!

Pachi sonreía. Porque Pachi es, no un sinvergüensa, *como aseguran malas lenguas, sino un filósofo.*

Ahora mismo, mientras los violetas lejanos de la tarde se tornan cárdenos y la luna abrillanta su claridad plateada en lo alto, Pachi espera, rumiando sus torvas meditaciones, con la paciencia de un buen lebrel, que aguarda el paso de la pieza.

Cuando la noche cierra y el campo se duerme en su rumor de élitros, Pachi se echa a la espalda el cesto y comienza a marchar a campo traviesa, con el paso seguro de una cabra silvestre. Ni ribazos, fosos o empalizadas bastan a darle un punto de vacilación. Llega diestramente a su meta, y colocando el cesto junto al árbol, asciende por él rápidamente. La fronda se conmueve como sacudida por el huracán.

Cuando todavía no habían caído en el cesto sino dos o tres puñados de la sabrosa fruta, la mano de Pachi quedó en lo alto abierta, agarrotada por la emoción. Una sombra se acercaba lentamente. Inmovilizado por el terror, Pachi pensó:

—Eso, la vaca creo yo que será. Santi, más chiquito es, y el perro..., al perro aplastar le hiso ayer un auto, *si no yo no me hubiera venido aquí. La vaca, la vaca que se ha soltao, debe serse. Por si es caso, yo aquí quieto, quieto voy a quedarme...*

La sombra se paró junto al árbol. Pachi no la veía, separado por una cortina de ramaje, goteado de rubíes. Los minutos eran como siglos. Por fin, un rumor de diálogo abajo:

—Ayer, cuando te di el beso, correr hisiste.

—¡Claro! ¡Menuda vergüenza!

Pachi tuvo intenciones de gritar:

—¡Eh, arlotes; irvos más allá!

Pero, ¿y si le conocían y se lo contaban a Santi? Se contuvo, confiado en su buena estrella para no ser descubierto.

—¡Lo que siento es la sesta!—pensó, descubriendo por un claro, entre las hojas, la pareja sentada al pie del árbol.

Volvió a oírse el diálogo:

—Vergüensa, ¿de qué? Nadie nos veía.

—Que no dises, pero ya nos ven.

—¿Quién?

—El de arriba.

Como una sacudida eléctrica estremeció a Pachi esta frase. Descendió como dos metros por el tronco, y desde lo alto, agitando su mano libre en el aire, lleno de justa indignación, prorrumpió:

—¿El de arriba que vos ve? ¿Y pa qué vos ponéis debajo vosotros...?

DAMIAN RODA.

NOTICIAS DE CINE

"Los Miserables" en Inglaterra

"Kinematograph Weekly", la importante y autorizada revista cinematográfica inglesa, dice así en un artículo intitulado: *"Los Miserables". Entusiasmo que ha despertado en el país"*:

"Rara vez la prensa de Inglaterra toda ha estado más unánime en juzgar una obra que en este caso de "Los Miserables", y es particularmente interesante anotar que diarios que suelen dedicar escasísimo espacio a los estrenos cinematográficos se han extendido en largas críticas elogiosas sobre este admirable film.

No solamente la prensa ha recibido de modo tan insólitamente entusiasta esta obra cinematográfica, sino que también las autoridades educacionales, eminentes personas de todos los círculos, grandes artistas y escritores.

Una anécdota significativa.—

Termina el articulista relatando una anécdota: se pasaba en el Trocadero Theatre de Liverpool "Los Miserables". Asistía la Lady Maryoress, (la esposa del Lord Mayor), quien tenía el propósito de ver la primera parte del film y luego retirarse para concurrir a un acto oficial muy importante. Y bien: la señora del Lord Mayor hizo telefonear que postergaran ese acto oficial para poder seguir viendo el film. De tal modo le había interesado.

Y para terminar, transcribimos lo que acerca de la obra que nos ocupa, dice el "Sunday Express", uno de los principales diarios ingleses:

"A giant film" (Un film gigantesco) ,titula su artículo este diario, y dice: "El espectador siente" que asiste a la marcha misma de la humanidad y que todas las penas, esperanzas, temores, alegrías y luchas de una entera generación histórica francesa está condensada en el desarrollo del film".

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

SUPERSTICION

Un algo misterioso en el ambiente flota
del parque; cual si el alma de trágica leyenda
guiara en el dibujo borroso de la senda
un fantasma silente que su cáliz agota

de dolor; y las luces de la tarde en derrota
fingen el holocausto de fanática ofrenda.
Mi viejo acompañante relata una estupenda
historia de martirio, pasional y remota.

Llegamos frente al lago. La lene aristocracia
de un cisne, se pasea con indolente gracia
y me dice el anciano sofocando un sollozo:

"Todos bien saben cómo era de buena y franca,
y tanto nos quería que aquí buscó el reposo
pero nos dejó el alma que es esa sombra
[blanca..."

F. L. Büsch.

TRIOLETS

I

Los pétalos añejos, disecados
Tras muy larga y romántica agonía,
Son cenizas de anhelos; y ocultados
Los pétalos añejos y disecados,
Parecen perfumar los desolados
Senderos do remembran lozanía
Los pétalos añejos, disecados
Tras muy larga y romántica agonía!...

II

Así, cual flor en página secreta
Que nunca a nadie su canción dirá,
Un corazón dejó blanca violeta.
Así cual flor en página secreta,
Por entre bruma incógnita y discreta
Quedó la viola allí do morirá,
Así cual flor en página secreta
Que nunca a nadie su canción dirá!

III

Sobre ese corazón habrá una huella
Si es que duran los rastros en la nieve...
¡No supo ser! Y como luz de estrella
Sobre ese corazón habrá una huella
De aquella nívea flor, que, sin querella
Yerta dice, quizás, en trova breve:
—Sobre ese corazón habrá una huella
Si es que duran los rastros en la nieve!...

Wéllington Zerda.

OTOÑAL

Desierto y orfandad. Sin un ruido
Mustio el parque; sus ramas desvestidas
Parece contemplaran afligidas
De sus amores hoy deshecho el nido;

De las aves canoras ni un volido
Rasga la majestad y calma unidas
Que en su ambiente parecen suspendidas
De aquel triste recinto desteñido.

Tal el Parque Las Heras se presenta
Al transeunte en su seno despojado
De luz, de animación y de colores;

Y en mi imaginación todo él se ostenta
Tal como si ahora fuera, abandonado,
Un alcázar de pájaros y flores.

Abel M. Fernández.

ROSAS TEMPRANAS

Para "Fray Mocho".

—¡Qué triste!—Han florecido mis pálidos
[rosales
Con el perfume ingenuo que tienen los primeros;
Para caer marchitos sus capullos triunfales
Mezclados en la nieve que cubre los senderos.

Cuando ayer, por la tarde, miré de mi ventana
El paisaje del huerto, que estaba gris de bruma.
Sentí honda tristeza; y al ver la flor temprana
Le he rogado a la nieve que no me la consuma.

Pero el invierno es crudo.—No hay luz en los
[senderos,
No hay lumbre, no hay cabañas; sólo la nieve
[existe.
¡Oh, la nieve, mortaja de los sueños primeros,
Que ha perturbado, tanto, la vida de este triste!

Solo, con mis tristezas, he pasado las horas
Bajo el paisaje turbio; bajo las tardes largas.
Yo he visto, entre la bruma, perderse las
[auroras,
Y he sembrado, en silencio, mis lágrimas
[amargas.

José A. Murga.

LA FUENTE

Para "Fray Mocho".

Agua tranquila de la fuente,
¡Cómo es profunda tu calma!
Ante ti mi corazón de piedra
Llora una lágrima.
Agua tranquila de la fuente
Agüita clara;
No sé qué misterioso don hay en tu seno
Donde aprisionas esa estrella blanca.
¿Hay por suerte en tu enigma indescifrable
Algo de élla?
Dí, agüita clara:
¿En tu cristalina quietud encantadora
Acaso duerme su alma?
Dí, agüita, que el corazón me hieres
Sin decir una palabra,
Y entonces dejaré como una ofrenda
Muchas lágrimas.

Vicente Porfirio.

CREPUSCULO

Llegaba hasta la paz de la glorieta
la frescura ancestral del campo arado,
y en la vaga penumbra, perfumado
se abría el pimpollo de una flor coqueta.

La contemplé tan dulce y tan discreta
que a un ángel me la hubiera comparado
si en sus ojos castaños, condensado
no tuviera el amor, su luz inquieta.

Y de pronto un temor exagerado
de perderla por siempre de mi lado
hirióme el corazón, como saeta,

que pálido lleguéme hasta su lado
y en un beso de amor, sellé, callado,
mi inquietud ante un crepúsculo violeta.

José A. Ferraté Acosta.

MI RIQUEZA

¿Para qué quiero dinero
Si muchas veces, criatura,
Me has dicho bajo: "¡te quiero!"
Con acento tan sincero
Y tan lleno de ternura?

¿Para qué sentir antojos
Por ser dueño de millones
Si tengo tus labios rojos
Y soy dueño de tus ojos
Desbordantes de ilusiones?

¿Para qué quiero riquezas
Si tengo, a más de mi lira,
El caudal de tus bellezas
Que me inclina a las ternezas
Y me seduce y me inspira?

No tengo envidia a los Cresos;
Mayor es la dicha mía:
Entre tus labios opresos
Está mi gloria; ¡tus besos!
Que son fuego y ambrosía!

Y no hay riqueza alguna
Que despierte mi ambición;
Como la mía, ninguna;
Mi tesoro, mi fortuna
Reside en tu corazón!!

Domingo F. [illegible]

REPROCHE

Sé que ibas a volver. El desaliento
no ha turbado un instante mi conciencia:
me han bastado mis años de experiencia
para tener criterio y pensamiento.

Jamás tuve por ti el menor intento
en saber de tu bárbara existencia;
te esperaba con lógica paciencia
cuando llegara tu arrepentimiento.

Nada me digas de tu vida errante.
No esperes mi perdón o mi castigo.
No te envanezca que [illegible]cor te guarde.

Ni un insulto mereces. Ya [illegible]
te humillará mi [illegible]...
¡Porque aunque has [illegible], es demasiado tarde!

I. D. [illegible]

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.60	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ „ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ „ 8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, estan provistos de una credencial de esta revista.

¿Quién robó la cabeza de Pancho Villa?

Una indígena campesina, de tez bronceada y atrayente aspecto a pesar de ser "chaparrita" (baja de estatura), desde hace tres años iba todas las mañanas a desgranar las cuentas de su rosario y el fervor de sus plegarias, sobre la tumba de un famoso y legendario bandido: *¡Pancho Villa!* En el humilde cementerio de la aldea de Parral, donde fueron sepultados los despojos del salteador inolvidable, y en medio de la quietud digna de un camposanto de villorrio, es donde están desde hace tres años los restos de aquel hombre, que tan destacada personalidad supo conquistarse en el escalafón del bandidaje de nuestra América española.

Pancho Villa, era para esta campesina indígena, como para la mayor parte de los labriegos y gente humilde de México, un gran héroe, un libertador, un superhombre, que a pesar de sus crímenes espeluznantes y sus delitos sin paralelo, logró casi arrancar de manos de la esclavitud y del gamonal a la tan desdichada raza india. ¡El inolvidable Pancho Villa! ¡El que robaba a los ricos para dar a los pobres! El que más de una vez mató a un hombre casi por placer y lloró al ver morir un carnero, único patrimonio de una anciana indígena! ¡Su emoción y pesar fueron tan grandes, que salió inmediatamente a hacer un asalto para conseguir algo que darle a la octogenaria y auxiliarla en su desgracia.

Pero hace algunas semanas, al llegar la india a su acostumbrado sitio de oración, sintió un escalofrío de terror que le heló la sangre en las venas.

La tumba había sido violada. Fuera de ella se encontraba el cadáver del "héroe" completamente ¡decapitado! La cabeza había sido separada del tronco y *robada* por alguien!

Presa de un verdadero acceso de espanto y locura, la indiecita penetró al poblado a carrera abierta, e informó a grito tendido a todo el mundo, de lo que acababan de ver sus ojos. Las autoridades aceleradamente se constituyeron en el cementerio y pudieron comprobar la salvaje y macabra realidad de la declaración. El telégrafo funcionó instantáneamente, y momentos después, una ola de estupor e indignación, por la barbarie de hecho tan sin precedente, estremeció a todo el país. Y cuando los demás periódicos de América informaron en sus columnas de lo acontecido con el cadáver del bandido-guerrillero, en toda América hubo también un marcado estremecimiento de horror y un definido sentimiento de justa censura.

El ministerio respectivo impartió acto continuo las más severas órdenes para que los *rurales* (policía montada de campos y caminos) vigilara e hiciera búsquedas hasta en las más apartadas regiones de la república. Indios yanquis, que son expertísimos andarines, que saben mantenerse agazapados entre el follaje y las rocas y pasar desapercibidos para los ojos del hombre blanco, fueron llevados hasta la tumba ultrajada. Ellos descubrieron prontamente los rastros de los pies de hasta cinco hombres descalzos; pero estos rastros se perdían en los propios linderos del camposanto.

A pocos pasos de la cruz de la tumba, había clavado un palo con un cartelito que decía textualmente:—"Nos llevamos a Columbus la cabeza de Pancho, donde nos van a dar 5.000 dólares por élla".

Columbus es una ciudad que se encuentra en la frontera de Nuevo México; ciudad que fué asaltada hace años por Villa, quien tenía la esperanza de que gracias a este atentado, los Estados Unidos intervinieran en las luchas intestinas de México. Las autoridades no prestaron atención al cartelito. ¿Para qué iban los ladrones a dar rastro sobre lo que iban a hacer con la cabeza del bandido? Por supuesto que no se trataba sino de una burla o de una falsa pista.

Sin embargo, en Columbus se hicieron minuciosos allanamientos en casi todos los domicilios, sin encontrar, como era de esperarse, rastro alguno que pudiera producir luz sobre el asunto.

Entonces, los millares de antiguos partidarios y amigos de Villa, comenzaron a recorrer Chihuahua y Durango en busca de la cabeza robada. Detectives de todas las ciudades de la nación, se entregaron con todo apasionamiento al descubrimiento del delito, y a vigilar estrechamente los laboratorios y centros científicos; pero todo resultó inútil y el misterio continuó impenetrable.

Pero, ¿quién es el que se ha mostrado interesado en la cabeza del guerrillero. ¿Y para qué? Existen tres razones, y quizás hasta cuatro, aunque no es probable la última, que pueden ser causa de robo tan espeluznante.

La primera es la de la venganza; la segunda, la de propósitos de estudios científicos; la tercera la ambición de algún millonario, de agregar esta cabeza a su colección y la cuarta la de la superstición.

¡La venganza! Ningún hombre podría atravesar un plazo de 35 años de asesinatos y pillaje, como Villa, sin conquistarse infinito número de enemigos. Y a pesar de que Villa era amado de muchos y robaba a los ricos para socorrer a los pobres, no hay duda de que fué un hombre cruelísimo, sin piedad ni misericordia, vengativo y capaz de ultrajar con justicia o sin ella, al peón o al caballero. Muchas veces parece que mató por puro placer; otras que asesinó en un rapto de locura homicida, sin justificación alguna para el crimen.

Poco después de haber sido Villa asesinado, se hicieron esfuerzos para exhumar su cadáver del cementerio de Parral y llevarlo a la ciudad de Chihuahua, donde se tenía planeado colgar el cuerpo de una horca, dejarlo en ella expuesto durante varios días y después quemarlo públicamente. El plan fracasó, porque muchos de los antiguos oficiales villistas, estuvieron haciendo guardia junto a la tumba, durante varios meses, hasta que los del complot olvidaron su idea.

En las memorias de algunos de aquellos que conocían detalles íntimos de la vida, figura un hecho saliente: el asesinato, en 1916, del jovenzuelo Lorenzo Spaes, de 16 años de edad, que fué decapitado de un machetazo, por Villa en persona. Lorenzo Spaes era hijo de un acaudalado comerciante de Durango, habiendo sido enrolado a la fuerza en el ejército de Villa que marchó a asaltar Columbus. El muchacho escapó en el curso de la batalla de Celaya, refugiándose en las líneas de Obregón. Sucedió que en aquellos días las tropas federales capturaron un rancho en Durango, rancho que era el almacén de municiones del ejército villista. Se acusó a Lorenzo ,ante Villa, de haberlo traicionado declarando a Obregón la importancia del rancho.

El guerrillero envió numerosos agentes a las líneas de su adversario hasta que logró capturar a Lorenzo. Este fué llevado inmediatamente a su presencia.

"El fusilamiento, le dijo, no se hizo para un perro traidor como tú.—Para tí, basta con esto".

Y sacando su "machete" tiró tan certero tajo al jovenzuelo que le separó totalmente la cabeza del tronco. Difícilmente, el verdugo más experimentado y expedito hubiera podido dar golpe tan maestro.

Fué precisamente el padre de Lorenzo, el cabecilla del complot para robar el cadáver de Villa, colgarlo de una horca en Chihuahua e incinerarlo públicamente después. Los parientes de Lorenzo, cuando supieron el fin del muchacho, juraron venganza hasta "*más allá de la tumba*" y que harían con el bandido lo mismo que él había hecho con el jovenzuelo.

¿Son ellos los que han cumplido su palabra? No se les puede acusar abiertamente; pero ¡quién sabe! Hay que recordar que en México los hombres son de pasiones muy violentas y rencores muy intensos. Recuérdese el juramento "hasta más allá de la tumba".

Pero la verdad es, que una venganza después de la muerte es algo muy vacío. Por consecuencia hay que pensar en otra razón. La cabeza del vencido es siempre emblema de victoria. Aún entre los modernos y civilizados guerreros, estos trofeos no son desechados.

Cuando el generalísimo británico Lord Kitchener, regresó victorioso del Alto Nilo, trajo consigo, dentro de un saco, la cabeza de Madhi, el fanático moslemita a quien millones de africanos calificaban como el Mesías, de la misma manera que los campesinos mexicanos designaban a Villa. Madhi había provocado una rebelión, llena de éxito, contra los británicos; pero habiendo sido muerto fué sepultado en la mezquita de Obdurman. De su tumba, fué de donde sacó Lord Kitahener le cabeza y la trajo a Londres.

Oliverio Cromwell, como Villa, fué decapitado después de su muerte. Su cadáver fué originalmente sepultado con gran esplendor; pero posteriormente se le desenterró y decapitó por el verdugo común. Su cabeza, en una pica, estuvo durante 25 años en Westminster Hall, hasta que pasó a manos de un anticuario que aún la conserva entre su colección de curiosidades.

Veamos ahora otra razón. El deseo de estudio científico. Pero después de tres años, un cerebro es totalmente inaparente para exa-

men. El cráneo puede servir para algo; pero no es en el cráneo donde reside la vida, sino en la masa encefálica. Si por algún milagro la masa cerebral se hubiera preservado, entonces sí sería de gran importancia para la ciencia, para poder estudiar este atrayente caso de criminalogía. Tanto en Estados Unidos como en Europa, existen numerosos hombres de ciencia, que están empeñados en solucionar los misterios de cómo y porqué pensamos y actuamos. Pesan y miden los cerebros de personas que se han destacado en algo, y tratan de descubrir el enigma de las células motrices de los centros cerebrales. El Wistar Institute de Filadelfia, es la institución que más seriamente lleva a cabo estos estudios, habiéndose convertido, como consecuencia, en una *Bolsa de Cerebros*. Allí se compran y se venden masas encefálicas y se comercia con ellas tan copiosamente, como se podría hacer con cualquier artículo de uso vulgar.

Podrá aceptarse la teoría del coleccionista de cabezas? Es repulsiva; pero existen personas que se dedican a ello, así como hay coleccionistas de estampillas, pipas, tejidos, alfombras, cuadros, porcelanas, etc., etc. Y en México hay la firme creencia de que la cabeza de Villa está en manos de algún millonario coleccionista de cabezas.

Queda la última hipótesis: la superstición. Sin embargo, parece que en caso presente, ella debe desecharse de plano.

Hay un caso más que considerar y relatar. Dos días después del descubrimiento de la decapitación, las autoridades de Durango arrestaron a Emilio Holmdahl, ingeniero minero americano, soldado afortunado, que acompañó al general Pershing en su campaña punitiva contra Villa. La multitud rodeó de inmediato y amenazadoramente la cárcel. Hubo que traer tropas para evitar un crimen popular. Holmdahl fué identificado como el individuo que en semanas anteriores estuvo averiguando por la tumba de Villa. En su auto fueron encontradas varias armas ensangrentadas: un hacha, dos puñales, un machete, un cuchillo largo y una botella conteniendo un líquido que se dijo que era un flúido para embalsamar.

Pero Holmdahl resultó ser muy [illegible] o muy hombre. Sabía además hablar español y yaqui. Habló en ambos idiomas para que lo comprendieran los indios y los que no lo eran. "Qué hacen ustedes aquí?, les gritó desde la ventana de la cárcel. A ver si se van *ahorita* mismo! Ustedes me conocen? Soy demasiado hombre *para matar a muertos!* Sólo los cobardes son gritones y ustedes no saben hacer otra cosa que gritar!"

Este discurso fué tan convincente para el populacho que bien pronto la multitud se disgregó; pero quedaron algunos necios porfiando y vociferando sobre el contenido de la botella. Entonces nuevamente, Holmdahl, frente a las autoridades y gente del pueblo, sacó la botella y dijo:

"Ustedes creen que este líquido sirve para embalsamar? ¡[illegible] [illegible]balsamarme!" Y acto continuo se tomó dos grandes tragos. Se trataba de agua destilada para el radiador del auto. Fué tan definitivo esto último, que el americano fué puesto instantáneamente en libertad, tomó su auto y salió tranquilamente sin ser molestado en lo más mínimo por nadie.

La vida del salteador, llena de macabro colorido; la muerte hasta cierto punto justa que tuvo, puesto que murió asesinado, la aureola que lo circundó a pesar de sus crímenes, sus raras contradicciones, su inconcebible ascensión de bandido de tablada a jefe de partido político y candidato a la silla presidencial, y por el ultraje póstumo que ha sufrido su cadáver, constituyen tema inagotable para su explotación en numerosas ramas del saber humano.

Y aunque, aquietado por el momento el avíspero provocado por el espeluznante hurto; y no obstante de que la policía sigue sin descanso batallando por descubrir algún rayo de luz que disipe las tinieblas que rodean al misterio, nadie ha logrado hasta hoy encontrar una pista razonable que responda a la pregunta que se hace el pueblo de la heroica y legendaria república azteca: "¿Pero, quién se robó la cabeza de Pancho Villa?"

ÑO CIRILO

Por Cruz Gómez

El viejo Ño Cirilo, entró a la pulpería sin producir el rumor de sus pasos, porque calzaba alpargatas. Apoyóse en el mostrador, y dijo con voz quejumbrosa:

—¡A la güena de Dios, paisanos!

Tenía nariz rojiza de borrachín, enmarañadas y cenicientas barbas, y pobladas cejas que hacían resaltar el brillo de sus ojos.

Amplio poncho ordinario ocultaba el resto de su indumentaria.

Interrumpieron los tertulianos su charla sobre "parejeros" y volvieron los rostros para retribuir el saludo. Alguien de ellos dijo en tono de mofa:

—Cuando se dentra a una riunión hay que sacarse el sombrero pa saludar.

Inmediatamente descubrió el viejo su amarillenta calva, y quedó con el mugriento chambergo en la mano.

Bien sabía que tal acatamiento le valdría una caña.

Rieron de su cráneo, y fué blanco de burlas?

—¿Tiene cría la pelada?... Si el pulpero le compra la cabeza, la limpia, la adorna con perejil en cada oreja, y la pone cocida en la fiambrera, el primer vasco lechero que la vea la compra pa desayunarse... Ha de ser más que gaucho el piojo que corra en esa cancha y no ruede...

—¡Conteste, Ño Cirilo... No se haga el sordo! — le gritó un mozalbete.

—¡Disculpen! — dijo el viejo. — En ese tono no acompaño.

—Anímese, y pida... Sirva un "cañonazo" a este amigo... de la doble... Lo estaba esperando Ño Cirilo pa pedirle un consejo, siguro de que ha de servirme, porque el diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo... ¿Qué podríamos hacer pa curarlo a Agapito Lares, que se va poniendo cada vez más entecao, dende que la Flora l'echó la contrasuerte de la taba, pa juirse con el paisano Requena?

—Mirá, ché... yo no soi dotor, y poco sé de melecinas... pa mal di amor; los coyas... dicen qu'es enfermedá contagiosa, mesmo qu'el grano malo en l'hacienda. Naide sabe por dónde dentra, pero yo maliceo, dende que ataca gente joven solamente... casarlo, qu'el mejor rimedio pa l'amor, es el casorio... de seguidita si acaba la fiebre.

—Avise, si aprendió por esperencia.

—Sí, ché... yo tuve l'enfermedá... Me casé, y se me pasó. Dende entonces me largué solo por el mundo, a lo avestruz golpiao que dispara y vive matrero en los cardales sin arrimarse a la manada.

—No desagere, Ño Cirilo: el avestruz siempre busca el antiguo arrimo, ni aunque haya macho muy bravo, porque es amoroso pa sus charabones... y en los hombres el amor a los hijos sí agarra como abrojo en cola de yegua sin cerdear.

—Yo no tuve hijos, y me jué muy fácil dirme para siempre de mi rancho.

—¿En deveras?

—Por esta cruz!... No digo que l'enfermedá no sea en ocasiones incurable... no conozco este caso... Cierto que el hombre enamorao di una mujer sabe estar ciego teniendo sanos los ojos, y cuando se casa con la prienda que apetece, la vida le parece linda; pero pronto se cansa... Comer miel, seguido, empalaga... y hace rumbiar pa mal lao. A la mujer le pasa igual: cuando se da cuenta de que tiene mariddo p'acerle empanadas, cebarle mate y lavarle la ropa, y ha soñao de soltera con un hombre que la mantenga y l'haga todos los gustos, también tira pa mal lao, a menos de ser feaza... entonce, se pone más brava que vaca recién parida y el hombre s'acuerda del refrán: "patas, ¿pa qué te quiero?"

Yo me casé con una tal Pifanía, y m'aburrió pronto: era más dulzona que patái cordobés... M'empaché de tanta golosina... y al mes me parecía un año que no churrasquiaba. Tan cansao me vide, que hasta resolví matarme, y un día, enderecé di a pie a un pajonal sin que naides me viera. M'hinqué de rodiyas pa rezar, porque no soi un infiel, y dije: "Perdoname, Dios bendito, l'atrocidá que voi hacer, pero ya no puedo aguantar más esta vida"... y eché mano a la cintura pa pelar el flamenco y degoyarme... ¡pucha!... Me lo había mejor... ni un cinchón truje por si quería ahorcarme. Entonce recé una salve, y me dije: "Mirá, Cirilo: Dios no quiere tu muerte, y como vos y Pifanía tienen miras, por la salú, de vivir más que loro barranquero, mejor será que migrés si querés vivir tranquilo... Corté campo y seguí viaje... No he güelto a rijuntarme con eya.

—Mejor hubiese pedido divorcio.

—¡Macana!... Con el divorcio corrés peligro de golverte a casar, ...y de matrero casao ¡no hay caso!... si lo hicieras te mandarían a la cárcel, y esta noticia te obliga a marcar el paso.

—Tá güeño!... Tome otra caña Ño Cirilo.

—No le sirvo más — interrumpió el pulpero. — Se vá mamar, y di aquí alcanzo a ver a doña Pifanía con l'arriador en la mano... lo sabe poner mormoso a azotes.

—Pero, ¿no decía que dejó a su mujer?

—Sin un centavo, quería decir, porque le jugó hasta las prendas... Es un viejo embustero qui arma un cuento cada día pa chupar di ojo.

Ño Cirilo no se inmutó por estas palabras. Miró el campo, filosofando en silencio. Quizá pensaba que los pulperos no sólo son ladrones con la balanza y las rayas en el libro, sino que también se roban a sí mismos por hacerle el gusto a la sin güeso, metiéndose en vidas ajenas... ¿Acaso no le pagaban las cañas que él consumía?... Había calculado beber cinco o seis, y sólo pudo ligar una... Menos mal que el pulpero perdió de ganar cuarenta centavos... y que Pifanía estaba lejos, arriador en mano.

Del ingenio yanki

Hay que reconocer que los norteamericanos encuentran; para censurar la conducta de ciertos lectores de revistas que no quieren pagar la suscripción, fórmulas deliciosas. Véase, para muestra, el siguiente aviso, que un periódico musical yanqui inserta a la cabeza de sus columnas:

"Un ciudadano no puede llevar su prurito de economía hasta el punto de servirse, a guisa de gemelo, de una verruga que le haya salido en el cogote; puede, por este mismo motivo, llevar parado el reloj, por no gastar las ruedas; puede, en lo que escriba, omitir la puntuación, y ahorrar de este modo algunas gotas de tinta. Todo esto no le hace menos tacaño que el negarse a pagar la suscripción de una revista que venga recibiendo por espacio de unos meses, so pretexto de que no la había solicitado".

Progresos de la ciencia

El ilinio, nuevo elemento químico

La investigación de los componentes de la materia es lo que mayor interés despierta en los químicos desde hace dos centurias.

Durante ese período, se agregaron setenta y cuatro cuerpos simples a la lista de los ya conocidos, y de ese número fueron descubiertos diez y ocho en Inglaterra, veintidós en Alemania, otros veintidós en Francia, once en Suecia y uno en Dinamarca, hace solamente dos años.

Otro elemento químico se ha descubierto recientemente en los Estados Unidos por el profesor Hopkins, de la Universidad de Illinois, de donde ha tomado su nombre el nuevo cuerpo, al que se aplica la denominación de ilinio.

Los filósofos y alquimistas conocían quince cuerpos simples y ocho de éstos, incluídos el oro, la plata y el cobre, eran ya conocidos también por el hombre prehistórico. Descubiertos otros, accidentalmente casi siempre por los alquimistas de la Edad Media, y añadidos todos ellos a los mencionados con anterioridad, resulta un total de noventa elementos químicos. Pero conforme a la moderna teoría atómica, los químicos deducen que aun existen, por lo menos, otros dos cuerpos simples. Esa teoría atómica predijo la existencia del ilinio, como predice la de los otros dos elementos.

Los primeros investigadores no contaban con esa seguridad de la existencia y de las propiedades de los cuerpos simples. Descubiertos generalmente de un modo accidental como ya hemos dicho, apenas han llegado hasta nosotros detalles relativos a esos descubrimientos. Los manuscritos de Alberto Magno y de Paracelso, estaban cifrados y, por lo tanto, sólo eran legibles para un escaso número de iniciados, entre los que, por cierto no figuraba el descubridor del fósforo, el alquimista Brand, de cuyos trabajos si se conocen algunos detalles.

Brand vivía en Hamburgo en el último tercio del siglo XVII. y, como otros alquimistas se afanaba en la búsqueda de la piedra filosofal, aquél imaginario talismán que había de convertir en oro toda clase de metales. Por espacio de tres siglos, el descubrimiento de la maravillosa sustancia, había obsesionado a los hombres de ciencia, cuyas huellas seguía el alquimista hamburgués, que en sus crisoles y alambiques sometía a prueba toda clase de materias. Residuos orgánicos fueron destilados un día por Brand, quien obtuvo así un notable resultado. Se trataba de un producto que brillaba en la oscuridad. Brand le denominó "fuego frío". Aquéllo era el fósforo.

En la segunda mitad del siglo XVIII, un grupo de hombres de ciencia ingleses emprendió la investigación de las propiedades y la composición de los gases. A uno inflamable preparado hacía unos 300 años por el gran alquimista Paracelso, dedicó preferente atención Enrique Cávendish, quien le dió el nombre de "aire inflamable", pero el químico francés Anton Levoisier, le aplicó la denominación que verdaderamente correspondía a aquel gas, que era el hidrógeno.

Otro elemento, el nitrógeno, es gas que constituye las cuatro quintas partes del aire, fué descubierto por Rutherford que, por cierto, no era químico, sino profesor de Botánica en la Universidad de Edimburgo.

Esto sucedió en 1772. Dos años más tarde, José Priestley descubrió el otro importante elemento del aire: el oxígeno.

Otro grupo de elementos químicos fué descubierto por Humphrey Davy, un genio de la ciencia, inventor de la lámpara de su nombre, que todavía se usa en las minas.

Davy, que empezó a ganarse la vida como aprendiz en una droguería, llegó a obtener un cargo oficial en un laboratorio del Estado, en el que había instalada una batería eléctrica, de cuya corriente estudió el investigador los efectos sobre varias substancias químicas, entre otras la potasa, que sometida a la corriente eléctrica, dió un nuevo y notable metal, en pequeños glóbulos brillantes, como la plata, y que en contacto del aire o del agua deflagraban y se consumían. Era un nuevo elemento simple al que se llamó potasio. Por análogo procedimiento descubrió Davy el sodio, el calcio, el estroncio y el bario.

El descubrimiento del radio, en 1898 por Pedro Curie y su esposa, dió por resultado la teoría de que todo elemento químico está constituído por dos partículas, cargada una de ellas de electricidad positiva y denominada protón, y la otra llamada electrón, cargada de electricidad negativa. Según esa teoría, los átomos están formados de manera análoga al sistema solar, es decir, que en el centro de cada átomo existe un núcleo en torno al cual giran, aislados entre sí, los electrones, que son los que establecen contacto entre uno y otro átomo. El número y la disposición de tales electrones determinan las propiedades químicas de cada átomo.

Aplicada en nueva concepción de la estructura atómica a las modernas investigaciones, el procedimiento ha culminado en el descubrimiento del ilinio ese nuevo elemento simple, principal motivo de estas líneas.

La libra y el príncipe de Gales

Sabido es que el hijo del rey Jorge V no goza de gran fortuna cuando monta a caballo, y con frecuencia sus caídas, además de ser numerosas, son peligrosas. A propósito de esto, recientemente, M. Henry Chéron, cuya vena humorística es admirable, dijo en el seno de una comisión en el Senado:

"La libra sube, y lo hace mejor que el príncipe de Gales".

EL ENTIERRO

Llovía a cántaros. Próspero Lebidolec, sin paraguas, se refugió en un portal. Al cabo de un cuarto de hora se impacientó. Su novia, María Teresa, le esperaba a las tres y media en su casa, plaza Blanca, y se encontraba al otro extremo de París.

Cierto que no eran más que las dos de la tarde y tenía hora y media por delante; pero también era cierto que el cielo parecía dispuesto a llover durante cuarenta días y cuarenta noches.

Caminar al abrigo de los saledizos de las casas era llegar a la plaza Blanca hecho una sopa; un sueño esperar una clara. Cruzar los arroyos en busca del "Metro" o del autobús más cercano—unos quinientos metros de distancia—era una temeridad. En aquella calleja perdida de París los pocos "taxis" que pasaban iban alquilados.

Seguía indeciso cuando vió, a través de la espesa cortina de lluvia, avanzar un entierro. Detrás del coche fúnebre seguían dos ómnibus, ocupados por los parientes del difunto. No lloraba ninguno; creían que era superfluo derramar unas cuantas gotas en medio de aquel diluvio.

Cuando la fúnebre comitiva pasó frente al portal en que estaba resguardado Lebidolec, éste, que ya tenía formado su plan, abrió la puerta del último ómnibus, saltó al interior y se sentó, después de haber saludado cortesmente a las personas que ocupaban el vehículo.

Había pensado: "Este coche me llevará hasta una parada de "taxis", una bajada del "Metro" o una estación de autobuses, y entonces me apeo y corro a la plaza Blanca en busca de mi María Teresa".

Precisamente oyó en aquel momento que iban al cementerio de Montmartre y que estarían a las tres y cuarto en la avenida de Raquel.

—¡Magnífico!—siguió pensando.—Hasta las tres y media no tengo que estar en casa de María Teresa. Desde la avenida de Raquel a la plaza Blanca no hay más que un paso. Estaré a la hora en punto en su casa, y no necesito apearme ni gastar un céntimo.

Sacó de su bolsillo un periódico y se enfrascó en la lectura de la sección deportiva.

Conforme al horario previsto, el cortejo llegó a las dos y cincuenta y cinco a la plaza de Clichy. Al llegar a la avenida de Raquel había cesado la lluvia y hacía un sol espléndido.

Nuestro héroe se apeó con los demás acompañantes. Como había ido hasta allí y le quedaba un cuarto de hora, le pareció muy significativo separarse bruscamente de la comitiva, y para no llamar la atención llegó hasta el cementerio y acompañó hasta el último momento a aquel difunto desconocido que tan oportunamente le había facilitado un vehículo que le librase de la lluvia; asistió al entierro, echó su paletada de tierra en la sepultura y estrechó la mano de los que presidían el duelo.

Iba a retirarse cuando un empleado de la funeraria se acercó a él:

—Caballero — le dijo en voz baja. — ¿Quiere usted darme su nombre y dirección?

Lebidolec enrojeció hasta las orejas. Por lo visto se habían dado cuenta de todo. Pero no tardó en tranquilizarse al pensar que, en último término, nada deshonroso había hecho, y entregó su tarjeta al empleado.

Cuatro minutos después llamaba a la puerta de María Teresa.

Al cabo de un mes Próspero Lebidolec recibió un aviso para que se apersonase en casa de un notario, donde supo que el difunto Clodoveo Darricot (del que jamás había oído hablar) dejaba en su testamento dos mil francos a cada una de las personas que habían asistido a su entierro.

JEAN BASTIA.

EL TEATRO — CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

"LOS NUEVOS YERNOS", de Jacinto Benavente, en el ATENEO.

Aunque no sea ésta la primera vez que el ilustre dramaturgo español nos ofrece una primicia suya, cabe a la compañía de Camila Quiroga y, por de contado, a ella principalmente, el honor de haber merecido este estreno y la exclusividad de las representaciones de dicha obra en América. Bien ha hecho don Jacinto en entregar su obra a tan buenas manos, seguro de ser concienzudamente interpretada y con el cariño que merece.

En "Los nuevos yernos" nos presenta Benavente un aspecto matrimonial de la nueva sociedad. Contrariamente a los casamientos de la época precedente, en los que los yernos eran muchachitos sin fortuna ni porvenir que lograban mediante el dulce yugo la protección del suegro influyente en política o en negocios, ahora, los nuevos yernos, agitados por el violento dinamismo de las ambiciones industriales y mercantiles y por el impaciente afán de lujo de riqueza, son los que ofrecen protección a los antiguos suegros caídos y arrollados por su propia generosidad o por el ciego empuje de las fuerzas nuevas. Pero este viceversa certeramente registrado en su obra por el insigne maestro, no se equivale en sus términos, pues si los suegros de antaño daban su amparo sin más exigencia que el ingreso a la familia por la vía eclesiástica y del registro civil, los actuales yernos se arrogan poderes universales para organizar la familia sobre la base de un interés exclusivamente económico, dejando de lado las inquietudes y derechos del corazón.

La obra desarrolla esta tesis en la forma amena y galana en que sabe hacerlo el gran dramaturgo hispano. Hay en ella su gota de amargura, sus traviesas ironías, pero dentro de la placidez de esas comedias elegantes que tan bien realiza Benavente. No es, sin duda, de lo más afortunado del repertorio del autor, aunque puede afirmarse que es una bella comedia.

Camila Quiroga hizo una labor muy eficaz, encarnando un papel de no mucho relieve. Olarra muy bien caracterizado, muy expresivo y muy actor en el papel principal de la obra. Blanco compuso su papel sobria y acertadamente. Los demás bien y la escena puesta con un lujo y propiedad realmente insuperables.

"SANTA JUANA", en el LICEO

La famosa obra del escritor inglés Bernard Shaw, ha sido ofrecida en el Liceo por el conjunto que encabeza Blanca Podes;á, en una versión española de los señores J. Brouta y R. Díaz Azpeitía. Es tarea superior a la crónica ligera y superficial, ensayar el comentario de un trabajo de tan altos valores como "Santa Juana", que ha paseado por los escenarios de Europa provocando ardientes discusiones entre los críticos y gentes de pluma.

La heroína histórica que ha llevado a la escena el ilustre escritor inglés, aparece con perfiles psicológicos complicadísimos, al punto que no es posible establecer si se trata de una alucinada mística solamente o de una mujer extraordinariamente dotada de condiciones humanas de excepcin. La reacción de la doncella de Orleans ante el tribunal que la condena a prisión perpetua, es un movimiento de rebelión humana que choca con la mansa actitud de transfigurada con que aparece en la mayor parte de la obra. Sin duda, es una interpretación personal del autor la del tipo femenino en torno del cual se desarrolla esta crónica dramática, que ha suscitado en el viejo mundo tan apasionados comentarios. Pero prescindiendo de ello, hay que reconocer que el tema sirvió al autor para deslizar agudas ironías en muchos diálogos, que se acrecientan especialmente en el epílogo, de todo punto bellísimo. Personajes aparecen en "Santa Juana", como el Delfín, el capellán de Stogumberg, Cauchón y Warwick, que están admirablemente pintados y de los cuales se escuchan sabrosísimas frases, tanto en lo que se refiere al carácter inglés y al francés, como a la misión de la iglesia en el mundo.

Obra superior a la capacidad interpretativa de un conjunto nacional, cabe reconocer que la compañía del Liceo realizó un esfuerzo digno de aplauso y así lo entendió el público con las muestras de aprobación con que saludó los finales de acto y la última escena, particularmente.

"LAS AVENTURAS DE PANCHO TALERO", de Arturo Lauteri, en el SMART.—

En nuestro teatro se da, por excepcin, un curioso fenómeno contrario al que determina la producción en las demás ramas del saber y ello tal vez consiste en que el saber no tenga nada que ver con nuestro teatro, ya que no cabe duda de que siempre anda por las ramas. Nos referimos a la especialización cada día, diríamos, más molecular, que se observa en la labor intelectual, constreñida cada vez a círculos más reducidos, a campos de experimentación más limitados, en proporción al estudio más intensivo que tiene que disminuir necesariamente la extensión.

El teatro nacional no se ajusta a tales principios y en vez de surgir especialistas en dramas, comedias o sainetes, cada produccin involucra por lo común los tres géneros en un abigarrado conjunto de imposible discernimiento, dentro del cual la sensibilidad amorfa y rudimentaria del público pasa turbiamente de la carcajada grotesca a la lagrimita sentimental, sin que coincida siempre su emoción con el propósito escénico del autor. Más aún, no sólo se hace esta amalgama en las obras, sino que aparecen como cultores del teatro, más que los productores afines (poetas, novelistas, historiadores), personas que si no son ajenas a la vida teatral, no es uso que figuren ya como elemento creador dentro de la tendencia cada vez más profunda y sutil de la literatura escénica. Así estamos viendo que los cómicos estrenan y casi siempre con éxito y ahora se amplía el radio teatral más allá del límite literario, interviniendo como factores de producción, ora un empresario de compañía, ora un caricaturista. El teatro se ha hecho así accesible a todas las mentalidades y es de esperar que llegue un momento en que no forme parte de las bellas letras, sino que constituya un género de diversión que se organice como un partido de football o un campeonato de box.

"Las aventuras de don Pancho Talero" agradaron francamente al público del Smart, que rió en forma hilarante las travesuras cómicas de los hermanos Ratti, secundados discretamente por el resto de la compañía.

NUEVA OBRA DE DAVALOS Y SERRANO

Los autores de "La tierra en armas" han leído a la compañía de Blanca Podestá su nueva pieza, "El ataja-caminos", que será estrenada en el Liceo cuando caiga del cartel "Santa Juana".

UN JUGUETE COMICO EN EL MAYO

Antonio Paso y Ricardo González del Toro, autores de "Soltero y solo en la vida", recientemente estrenado en el Mayo por la compañía Juárez-Sanjuán, son escritores españoles familiarizados con la tarea de producir piezas de teatro, muchas de las cuales han sido largos éxitos cómicos.

Poseedores de gracia espontánea, flúida, les ocurre lo que a muchos autores cómicos: prescinden muchas veces de inventar una fábula interesante, confiando en que la pieza se impondrá por los diálogos festivos y las situaciones graciosas. Es lo que se advierte en este juguete cómico, que parece escrito "en automóvil", tratando de llegar cuanto antes al final. Ello no ha sido óbice para que la obrita cuente con chistes de ley, que dicen los personajes en el curso de tres actos un tanto largos y que, no obstante, no llegan a fatigar al auditorio.

En el Mayo, "Soltero y solo en la vida" tuvo una discretísima interpretación por parte de la actriz Albaroa y los actores Rogelio Juárez y Sanjuán, a cargo de los papeles de mayor responsabilidad.

CASAUX

En el momento en que escribimos estas líneas, no se ha fijado fecha al estreno de "La mujer de Chapelgorría", de Payá e Hicken, que debe suceder en el cartel a "Judío", de Ivo Pelay, que sin que nadie lo supusiera viene a ser la obra de éxito en lo que va de la temporada.

EL PODER DE LA ILUSION

Al regreso de cierta comisión olímpica, detúvose Mercurio a descansar en la isla de Nío. Era noche cerrada; y hallándose próximo el dios a una cabaña de pescadores, propúsose, conforme a su índole, atisbar el interior por una rendija.

Hilaban junto al fuego las tres hijas del pescador; y para divertirse, entrecontábanse sus ilusiones.

—Yo, dijo la primogénita que se llamaba Halia, la salada, y que lo era, en efecto, por su gracia picante, yo quisiera casarme con el gran sacerdote de Apolo. Y desbarató la excesiva pretensión en el cristal de una carcajada.

—Yo, repuso la segunda, cuyo nombre era Klymene, la famosa, y que lo merecía por sus magníficos cabellos, quisiera casarme con el joyero que tenga las mejores perlas en el imperio de Corinto. ¡Qué diadema me haría! Y evaporó el ensueño imposible en las alas de un suspiro.

En cuanto a la pequeña, llamada Phanión, claridad, por la luz de sus ojos azules, afirmó muy seriamente y sin vacilars

—Yo quisiera casarme con el hijo del rey.

Como las jóvenes eran hermosas, lo que ponía a Mercurio de buen humor, y como le era simpática la gente de las Cícladas, propúsose colmar, al cabo del año, los deseos de las tres ilusas.

Y cada una recibió la suerte que había esperado.

La mayor casó con el sacristán de Delos, en quien pensaba realmente aquella noche. La segunda, con el dependiente de un perlero, pues tal había sido su verdadera aspiración.

Pero Phanión, la pequeña, desposóse con el príncipe que naufragó al efecto en la costa, y que salvado por ella le pagó así la deuda de la vida—pues a la vida, en efecto, sólo puede pagársele con amor—porque en la perfección de su sinceridad había deseado ser realmente princesa.

LEOPOLDO LUGONES.

DEL BAZAR DEL AVENIDA

Continúa exhibiendo el escaparate del Avenida el bonitísimo "Muñeco" de Stoltz, que tanto por la gracia picaresca de su argumento como por sus excelentes comentarios musicales, es la mejor opereta dada a conocer hasta ahora por la compañía "Plus Ultra".

La Berutti y Urban, astros de la compañía, son cada vez más aplaudidos por el público que concurre en gran número. Se prepara el estreno de "La Teresina".

LA RESURRECCION DE MATEO

La afortunada pieza de Discépolo, "Mateo", que impuso su nombre como apodo común de todos los aurigas porteños, fué repuesta en el Apolo con ese éxito que siempre alcanzan las piezas bien construídas y dotadas de fecunda sustancia vital. Acompaña en el cartel a esta obra, la estrenada últimamente con el título de "Que no lo sepa la vieja", que pasó el primer cincuentenario con buena suerte, merced a la graciosa labor del popular dúo Arata-Morganti.

LAS DELICIAS DEL MAIPO

No es el título de la revista últimamente estrenada en esta sala un simple capricho nominativo. En efecto, de tanta gente como se reúne noche a noche en el teatro de la calle Esmeralda, resulta que "En el Maipo no hace frío". El éxito inicial se mantiene en todo su apogeo, juntamente con el de la otra revista actualmente en cartel "Lo que gusta a las mujeres", que pasó las 220 y sigue tan fresca a pesar de que en el Maipo no hace frío.

EL TRIBUTO A LA MODA

Seguramente el lector que resida en Buenos Aires habrá oído alguna vez un pasodoble del maestro Padilla, una de esas piezas que aún a los sordos les hace decir cuando las oyen: "Hombre, sí, esto me suena". Pues bien, ese famoso pasodoble del maestro Padilla es el titulado "Valencia", que a nosotros nos ha sintonizado en tal forma los tímpanos que nos dan los buenos días en el zaguán de casa o al entrar en la oficina y nos parece escuchar aquello de "el aroma de tus flores es perfume embriagador"...

Como no podía menos de suceder, porque estas cosas nunca llegan solas ni se van del todo, tenía que resonar un eco del susodicho pasodoble en el teatro que, como se dice, es espejo de costumbres y por lo visto también de tangos y pasodobles. No es de extrañar, por tanto, que los compases del "One Step" del día hayan repercutido ya en la comedia transformados en revistas del mismo nombre: "Valencia". Si no se ha estrenado ya, debe estar por estrenarse y en cualquiera de los casos será motivo de un comentario en nuestro número próximo.

REVISTA NUEVA

Las populares del San Martín siguen dándose con éxito. Constituye la novedad de este cartel el estreno de una nueva revista titulada "Si te perdés, chiflame", de Contursi, Alippi y el maestro Terés. En el momento de escribir estas líneas la nueva producción se encontraba "ad portas".

SARMIENTO

Se ha producido en este teatro un lío de telón adentro, consecuencia del cual ha dejado de pertenecer al conjunto la actriz Fanny Brena. Ello postergará el estreno de "El error del sabio", pieza de Folco Testena y González Castillo, que se pensaba llevar a efecto en la semana anterior, anunciándose en cambio el de "Jesusa", de José María Vázquez, tal vez ya realizado.

REAPARECIO PARRAVICINI

Repuesto de la dolencia que le sustrajo a la escena durante diez días, el celebrado bufo reapareció el viernes con "Aventuras y desventuras del indio Pilú-Pilú", la exitosa pieza que tradujo y adaptó a nuestra escena el propio Parravicini y que gusta mucho.

Para cuando deje de interesar al público, la compañía del Argentino prepara "Es necesario casar a papá", adaptacin de la obra francesa "Il faut marier papá", y para después una pieza de Pablo Magalhaes titulada: "Aventuras de un muchacho feo".

POR LA CATEDRAL

En la sala de Carcavallo, donde "La Porota", de Saldías, obtuvo en su reprise mejor éxito que cuando su estreno, se ofrecerán dos novedades: "Ya se acabaron los criollos", sainete de Vacarezza, y "Bandoneón", del autor citado anteriormente.

MUIÑO

El aplaudido actor del Buenos Aires prosigue desarrollando su temporada viento en popa. Una fortuna constante le acompaña en todos los estrenos. Hasta ahora no erró una. Todas las piezas gustaron y se repitieron muchas veces.

En momentos de escribir este suelto, Muiño ha estrenado una nueva obra de Julio Escobar: "Un escándalo en Mar del Plata", que comentaremos en otra edición.

GRAND SPLENDID

Mañana se estrenará una primicia del programa Max Glücksmann Extraordinario: la película "El trapero", donde actúa el pequeño gran actor Jackie Coogan, uno de los trabajos más completos del niño prodigio, que es esperado con mucho interés.

Frecuenta las funciones de esta grandiosa sala, lo mejor de nuestra sociedad.

CAPITOL

El programa de esta acreditada sala continúa ofreciendo las más bellas producciones de la cinematografía mundial. Después de "Romola", que obtuvo un largo éxito, la empresa ha exhibido otras películas notables, preparando para en breve novedades sensacionales.



De la Italia pintoresca. - Génova



Un detalle del paseo "Circonvallazione a Mare"



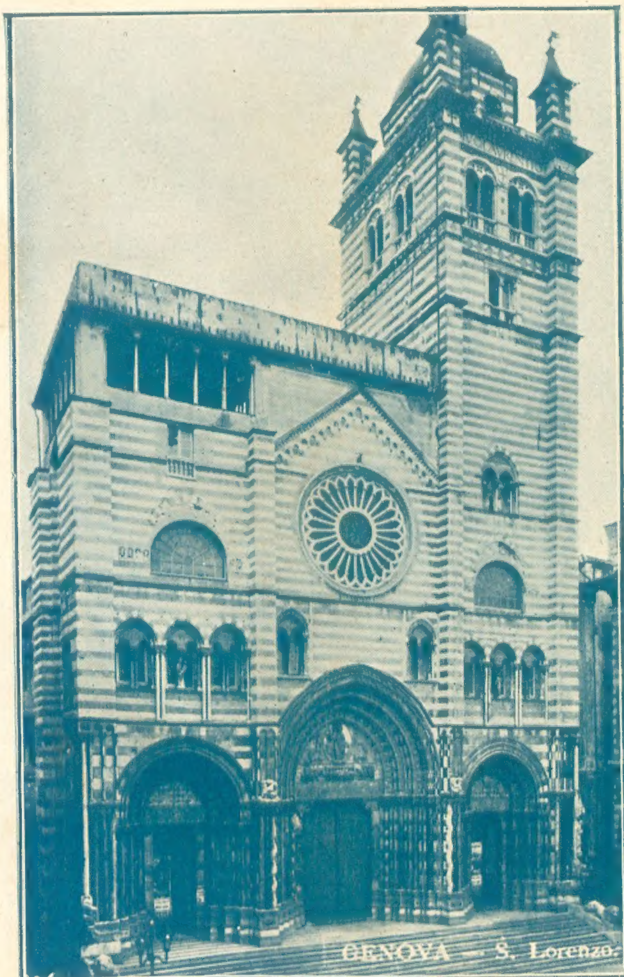
Notable castillo, de estilo gótico florentino, propiedad del señor Evan Mackenzie.







Vista panorámica de la ciudad. — En primer término: la plaza Cowetto.



La catedral de San Lorenzo



El puerto de Génova visto desde la cumbre "Giovine Italia".

Tall. Gráf. A. García y Cía.—Patagones 2490
INDUSTRIA ARGENTINA